

Los cuarenta de la cuarentena

Antología de cuentos

Liljana Arsovska y Sun Xintang
Editores

SRG. Serqull.
19/12/2012
DenMark

EL COLEGIO DE MÉXICO

LOS CUARENTA DE LA CUARENTENA
ANTOLOGÍA DE CUENTOS

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

LOS CUARENTA DE LA CUARENTENA ANTOLOGÍA DE CUENTOS

Liljana Arsovska y Sun Xintang
Editores



EL COLEGIO
DE MÉXICO



895.13608

C961

Los cuarenta de la cuarentena : antología de cuentos / Liljana Arsovska y Sun Xintang, editores. – 1ª ed. – Ciudad de México, México : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2022.

246 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-564-328-1

1. Cuentos chinos – Siglo XXI – Traducciones al español. 2. Cuentos chinos – Siglo XXI – Colecciones. I. Arsovska, Liljana, coord. II. Xintang, Sun, coord.

Los cuarenta de la cuarentena. Antología de cuentos
Liljana Arsovska y Sun Xintang, editores

Primera edición, 2022

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Carretera Picacho Ajusco núm. 20
Col. Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
C.P. 14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-564-328-1

Impreso y hecho en México

ÍNDICE GENERAL

Prólogo.....	13
Liljana Arsovska	
Un encuentro extraño.....	17
<i>Mo Yan</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	
Manos.....	21
<i>Wang Meng</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	
La piedra fea.....	25
<i>Jia Pingwa</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	
El mundo.....	29
<i>Tie Ning</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	
Cuerpos púrpura.....	33
<i>Bi Shumin</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	
Duelo de lenguas y oídos.....	37
<i>Lu Min</i>	
(Traducción: Liljana Arsovska)	

ÍNDICE

Chen “Manos pequeñas”	43
<i>Wang Zengqi</i> (Traducción: Sun Xintang)	
Su “Siete monedas”	47
<i>Feng Jicai</i> (Traducción: Sun Xintang)	
El campanario	51
<i>A Cheng</i> (Traducción: Sun Xintang)	
Unión eterna	55
<i>He Liwei</i> (Traducción: Sun Xintang)	
La navaja arqueada del Dragón Verde	59
<i>Han Shaogong</i> (Traducción: Sun Xintang)	
Los veranos de juventud	65
<i>Lu Yuan</i> (Traducción: Alejandro Maciel)	
La tormenta de arena	73
<i>Ji Zhongxian</i> (Traducción: Arqueles Estrada Cartagena)	
Miedo	79
<i>He Kaixuan</i> (Traducción: David Nazar Coutiño)	
La luna arqueada	85
<i>Yuan Bingfa</i> (Traducción: Iván González Arsovska)	

Vergüenza	89
<i>Chen Peng</i> (Traducción: Antonio Rodríguez Durán)	
La isla	99
<i>Fei Yu</i> (Traducción: Antonio Rodríguez Durán)	
Escape del desierto.	105
<i>Shen Hong</i> (Traducción: Antonio Rodríguez Durán)	
Mi abuelo el cristiano.	109
<i>Zheng Xiaolu</i> (Traducción: José Antonio Cervera)	
Bajo la luz de la luna.	117
<i>Dong Xiaqingqing</i> (Traducción: Liliana Marcos y Liljana Arsovska)	
El invierno anuncia la primavera.	123
<i>Xu Zechen</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
La pelea	131
<i>Ah Yi</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
El ave fénix	135
<i>Qiao Ye</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
Zhuangzi	141
<i>Nie Xinsen</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	

ÍNDICE

La campana de viento	147
<i>Liu Guofang</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
Memoria.	151
<i>Shen Ping</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
El saludo.	155
<i>Ouyang Ming</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
Cicatrices.	159
<i>Tao Chun</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
El gran pez.	163
<i>An Shiliu</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
La curva mágica	167
<i>Luruo Dijì</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
El viejo de Xinjiang	173
<i>Xue Mo</i> (Traducción: Liljana Arsovska)	
Invierno	181
<i>Yang Xiaomin</i> (Traducción: Mariana Escalante)	
Aquella soledad.	185
<i>Chen Yu</i> (Traducción: Radina Dimitrova)	

Ocho caracteres	189
<i>Hou Lei</i> (Traducción: Radina Dimitrova)	
Encuentro con una bella joven.....	197
<i>Yu Xiaowei</i> (Traducción: Yuridia Loaiza)	
Los descarrilados	203
<i>Yang Fan</i> (Traducción: Graciela Peña Estrada)	
Amor fraterno.....	209
<i>Xiong Miaojiang</i> (Traducción: Arturo Cantor)	
La Resurrección de los Tres Días.....	215
<i>Zhu Shanpo</i> (Traducción: Pablo Rodríguez Durán)	
Bote de basura.....	219
<i>Huang Tulu</i> (Traducción: Pablo Rodríguez Durán)	
El candado del corazón	223
<i>Hou Fashan</i> (Traducción: Pablo Rodríguez Durán)	
El carnicero	227
<i>Zhao Zhiming</i> (Traducción: Juan Pablo Jáuregui)	
Chicas doradas y serpientes	233
<i>Su Tong</i> (Traducción: Liliana Marcos)	

ÍNDICE

La pesadilla del Sr. Sang Mudan..... 241

A Lai

(Traducción: Liljana Arsovska)

PRÓLOGO

En los primeros días de 2020, en el cruce entre la segunda y la tercera década del siglo XXI, un minúsculo virus invisible, inaudible, intangible estremeció a la humanidad entera en medio de su tránsito por la época más próspera que había visto en su existir.

El mundo globalizado y altamente industrializado con cadenas de producción expandidas por todo el planeta, con comunicaciones G4 y G5 que permiten unir en segundos a socios y amigos desde cualquier esquina del planeta, con avanzados medios de transporte que literalmente reúnen a las personas y permiten comer cerezas en Beijing durante el Año Nuevo chino, de repente, cual sacudido por un terremoto, por un tsunami mundial, se vio amenazado, vulnerado y obligado a “detenerse y a reflexionar”.

En el último siglo, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial que comenzó en Europa y se extendió hasta abarcar casi el mundo entero, el dinero, el progreso y el bienestar, entendido como la acumulación desmedida de bienes y recursos, se convirtieron en valores globales, incluso por encima de la vida misma. Así, los seres humanos, guiados más por el instinto de dominación que de preservación, nos convertimos en amos y dueños del planeta, hogar nuestro y de tantos otros innumerables seres vivos.

Ese bicho, denominado SARS-CoV-2, de súbito le puso pausa a nuestro mundo, lo que nos obligó a parar, a replegarnos, a pensar. Las reacciones de los casi doscientos Estados del mundo y sus casi ocho mil millones de habitantes han sido muchas y muy variadas. La más común y compartida por

todos ha sido el miedo a la muerte, que, por fin, pone “la vida” por encima de los valores materiales.

La consecuencia de este miedo generalizado, como en cualquier vecindario, ha sido las reacciones viscerales donde los parientes se echan la culpa el uno al otro, donde los amigos se reprochan entre sí, hablan mal unos de otros, cierran sus puertas, se aíslan debido al pavor ante la incertidumbre.

Sin embargo, por fortuna, de entre el miedo compartido por la humanidad entera, han surgido también reacciones fundadas en la razón y no en el instinto, que llaman a la construcción de un destino compartido por la humanidad, basado en el respeto, la tolerancia y la solidaridad.

En medio de esta crisis sanitaria mundial, que con toda seguridad acarreará importantes consecuencias económicas a corto y mediano plazo, nuestro planeta sigue girando y nosotros, trabajando. Gracias a los avances de la tecnología informática, además de continuar desde casa con las labores docentes y de investigación, profesores, alumnos y exalumnos de El Colegio de México, así como colegas de otras instituciones académicas de México y de América Latina, nos dimos a la tarea de traducir relatos breves de escritores contemporáneos chinos. Este proyecto, que comenzó como un agradable pasatiempo y ejercicio de lectura y traducción para los estudiantes del área de China del Colmex, pronto, cual bola de nieve, creció y poco a poco adquirió la forma de una pequeña antología de relatos breves chinos contemporáneos, denominada *Los cuarenta de la cuarentena*.

Al inicio de este proceso recibimos la invaluable ayuda de una buena amiga china, Angela Tongxin Fan, quien realizó el enorme trabajo de recopilar los relatos cortos y conseguir los derechos correspondientes.

De repente, como el gran caudal del río Amarillo, comenzaron a fluir desde China cuentos de varios autores, todos ellos reconocidos y consagrados en la literatura.

Debemos subrayar que todos los escritores reunidos en esta antología, como Mo Yan (Premio Nobel de Literatura en 2012), Jia Pingwa, Wang Meng, Xu Zechen, Qiao Ye, Lu

Min, galardonados con muchos premios literarios dentro y fuera de China y traducidos a muchos idiomas, con gran entusiasmo y sin ningún interés económico, ofrecieron sus relatos para ser traducidos al español. Los estudiantes y los profesores del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, así como nuestros colegas chinos y mexicanos de otras instituciones académicas, encerrados en nuestras casas, para aprender y, de paso, alegrar nuestro tránsito por la cuarentena, nos dimos a la tarea de traducir.

Muy pronto, nuestra institución, El Colegio de México, generadora incansable de conocimiento en muchas ramas de las ciencias sociales y humanidades, que este año festeja su octogésimo aniversario, con el propósito de contribuir a la generación de información útil, amena y enriquecedora, incluyó en sus redes de difusión¹ cuarenta videos donde cada uno de los traductores leímos nuestros relatos traducidos.

No pasó mucho tiempo cuando, de repente, la Asociación de Escritores de China, el organismo que agrupa a todos los escritores chinos y trabaja en favor de la difusión de la literatura china en el mundo, decidió apoyar la publicación de *Los cuarenta de la cuarentena. Antología de cuentos contemporáneos chinos*, hecho que los iniciadores de este proyecto apreciamos, agradecemos y consideramos como una muestra tangible de la cooperación cultural entre nuestros dos países en tiempos complejos.

La antología *Los cuarenta de la cuarentena* pone su granito de arena para difundir la literatura contemporánea china en español y contribuir al tránsito de esta crisis mundial ofreciéndole al público relatos breves, bellos y amenos.

Liljana Arsovska

¹ https://www.youtube.com/watch?v=enhEAvpZwRM&list=PLhI-F5xewDHRzHgKPgJFt_cEQRA6jCzTDZ&index=1

UN ENCUENTRO EXTRAÑO

Autor: Mo Yan

Traducción: Liljana Arsovska

En el otoño de 1982, regresé desde la prefectura Baoding a mi aldea, que se ubica al noreste de la ciudad de Gaomi, para visitar a los míos. Como el tren llegó tarde, salí de la estación de Gaomi después de la nueve de la noche. Sólo había un autobús diario que unía la ciudad con la aldea y salía a las seis de la mañana. Mirando hacia el cielo, vi la mitad de la luna colgada en el firmamento. La frescura del aire me orilló a tomar la decisión de no pasar la noche en esta pequeña ciudad del condado. Aprovechando la luz de la luna, me animé a volver a casa caminando para ver más pronto a mis padres y, sobre todo, para respirar el aire fresco del campo.

En esta ocasión sólo cargaba un pequeño bolso, por lo que pude caminar más rápido. Después de cruzar el pasadizo debajo del puente del ferrocarril, no tomé la carretera de asfalto, porque el camino era mucho más largo. Caminé en diagonal y tomé el camino de tierra, abandonado hacía ya varios años. En ese camino, lleno de hoyos y baches, los transeúntes eran pocos, pero el pasto y las hierbas abundaban; sólo en el centro se divisaba una vereda hecha por pisadas. En ambos lados del camino había campos de cultivo: sorgo, maíz, camote... La luz plateada de la luna brillaba sobre las ramas y las hojas. Casi no había viento, por lo que las hojas inmóviles no susurraban, pero el fuerte y claro canto de los saltamontes que venía del campo penetraba en mis entrañas, en mis huesos; la luna se veía muy silenciosa ante la vigorosa melodía de los saltamontes.

Entre más avanzaba, entre más espesaban los sembradillos, menos se veían las luces de la pequeña ciudad. Veinte kilómetros separaban la ciudad de Gaomi de mi aldea. Aparte del canto de los saltamontes, ocasionalmente se oía uno que otro pájaro o animalito del campo. De repente, sentí algo frío en el cuello y escuché mis pasos más fuertes y pesados. Lamenté haber emprendido solo el camino de noche. Pensé que había innumerables secretos entre las matas del campo, que un sinfín de ojos me miraban desde ambos lados del camino, que algo me perseguía; de pronto, la luna se escondió detrás de una nube. Sin darme cuenta, mis pasos se aceleraron; entre más rápido caminaba más inseguro me sentía.

De pronto, miré hacia atrás sin querer. Por supuesto que no había nada.

—Sigue adelante —me regañaba a mí mismo mientras caminaba—: ¿Acaso no eres un oficial del Ejército Popular de Liberación? ¿Acaso no eres miembro del Partido Comunista? ¿Qué no eres maestro de marxismo-leninismo? Tú eres partidario del materialismo y los partidarios del materialismo no le tienen miedo a nada. Si los comunistas no le temen ni a la muerte, ¿qué los puede asustar? ¡Claro que nada! ¿Existen los fantasmas y demonios? Claro que no. ¿Hay bestias? ¡No, hombre! El mundo es simple, pero al hombre le gusta exagerar...

Y sin embargo, seguía tenso, mis dientes rechinaban. Recordé una tras otra las historias de fantasmas que me contaron cuando era niño en mi tierra natal. Un hombre caminaba solo por la calle cuando escuchó el crujido de una barra con dos canastas a los lados. Miró de cerca y sólo vio la barra encima de dos patas, la parte superior del cuerpo no estaba... Otro hombre caminaba solo en la noche y de repente oyó una suave sonrisa de mujer, “ji ji ji”. Al mirar de cerca, sólo vio una enorme boca roja. Era el fantasma “sin rostro”... Otro hombre que caminaba de noche vio de repente a un anciano de barba blanca comiendo pasto...

Más tarde me di cuenta de que un sudor frío había mojado toda mi espalda.

Canté en voz alta: —Adelante, avanzar, matar...

Claro que no había nada en el camino.

Cuando estaba por llegar a casa, ya era de madrugada. El sol rojo, desde el Este, apenas se disponía a iluminar el cielo; los gallos cacarearon y todo estaba en paz. Miré el camino detrás de mí, los sembradillos y los campos, y, al pensar en mi miedo de anoche, me sentí tonto y ridículo.

Cerca de la entrada del pueblo, vi a un anciano salir de la sombra de un árbol. Al observarlo de cerca, vi que era mi vecino, el viejo Zhaosan. Vistiendo un traje nuevo, estaba apenas a tres o cinco pasos de mí.

Le pregunté: —¡Abuelo!, ¿por qué tan temprano?

Él me respondió: —A quién madruga, Dios lo ayuda. Supe que regresarías y decidí esperarte aquí.

Hablamos un poco y le ofrecí un cigarrillo.

Encendió el cigarrillo y me dijo: —Hijo, aún le debo cinco yuanes a tu padre. Mi dinero ya no sirve. Te pido que le des esta boquilla para pipa a tu padre para saldar mi deuda con él.

—No es necesario, abuelo —le dije.

—¡Vete a casa, tu padre y tu madre te están esperando! —respondió.

Tomé la helada boquilla de ámbar, me despedí y me apresuré a casa.

Una vez en casa, mis padres me miraron y me preguntaron muchas cosas. Me regañaron por haber caminado solo de noche. —¿Y qué tal si te pasa algo? —exclamó mi madre.

—“Ja ja ja”, yo quisiera toparme con fantasmas, pero se me esconden.

—Hijo, no blasfemes —dijo mi madre.

Mi padre se puso a fumar y yo saqué del bolsillo aquella boquilla: —Papá, acabo de encontrarme con el viejo Zhaosan en la entrada de la aldea. Dijo que te debía cinco yuanes y me pidió que te diera esta boquilla para saldar su deuda.

—¿A quién viste? —preguntó mi padre sorprendido.

—Al viejo Zhaosan —le respondí.

—Seguro te confundiste —dijo papá.

—Claro que no, hablamos durante un buen tiempo. De hecho, le ofrecí un cigarrillo; además, aquí está la boquilla

de ámbar —dije mientras le entregaba la boquilla a mi padre, quien se resistía a tomarla.

—¡El viejo Zhaosan murió anteayer! —exclamó mi madre.

Al fin, y sin querer, vi un fantasma y ni siquiera me di cuenta. Resulta que los fantasmas no son tan terribles como los pintan en los cuentos. Son afables, bondadosos y no les hacen daño a las personas. Quien le hace daño a un humano es otro humano. ¡Los seres de carne y hueso sí que son de temer!

SOBRE EL AUTOR:

Mo Yan, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2012, nació en 1955, en Gaomi, provincia de Shandong, es uno de los escritores chinos más prolíferos conocido ampliamente dentro y fuera de su país gracias a las innumerables traducciones de sus obras a muchos idiomas. Entre su producción literaria destacan: *Sorgo rojo*, *Las baladas del ajo*, *Rana*, *La vida y la muerte me están desgastando*, *El suplicio del aroma del sándalo*.

MANOS

Autor: Wang Meng

Traducción: Liljana Arsovska

Cuando se está demasiado ocupado, la amistad se convierte en un lujo. Hay un compañero de primaria, cuyo nombre aún recuerdo, al que le gusta charlar sobre los camotes tatemados que solíamos comer mientras paseábamos por diferentes callejones, sobre los apodos de los maestros y sobre la chica con la que compartía el pupitre, quien siempre ponía mala cara. Hay otro viejo colega que comió muchos dátiles en su boda, y en esa misma noche, mientras trabajaba, su revolver se disparó inexplicablemente... Charlar sobre el pasado es como una olla mongola: muy sabrosa, pero hay que tener tiempo para degustarla; por eso no la he aceptado.

Después de retirarme, de seguro comeré olla mongola de verduras todos los días y tomaré agua ardiente "*Dong Lang*". Por cierto, ya es hora de abolir el sistema de funcionarios a perpetuidad.

A pesar de los obstáculos, mi secretaria logró concertarle una cita conmigo. Su esposo murió hace diez días. El difunto era un personaje insignificante, subordinado del subordinado del subordinado... Pero después de su muerte, adquirió relevancia. Su esposa dijo que tenía algo importante que decirme.

Entre lágrimas, la mujer hizo una reverencia solemne. A sus cincuenta años, su cabello era casi completamente blanco y respiraba con dificultad.

Me sobresalté. En mi juventud, la gente solía respetar a los cuados. Ahora yo soy funcionario y me toca acostumbrarme a las quejas constantes; si no se burlan en mi cara, me sofocan con enredos sin fin.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo la camarada con voz ronca, seguramente de tanto llorar—. Mi esposo, en sus últimos instantes, me habló de usted.

¿Qué? ¿Habló de mí? ¿Por qué me mencionaría? Me sorprendí. Los muertos son siempre muy problemáticos. Y sin velorio, todo se complica más; se tiene que resolver todo antes de deshacerse del cadáver. En el obituario hay que poner muchos adjetivos, aumentar los años de servicio al partido, expurgar todo lo vergonzoso del expediente y, encima, arreglar el registro urbano de familiares. El camino a la cremación está lleno de baches.

La camarada, entre lágrimas pero con mucho orgullo, continuó: —Mi esposo siempre decía que no hizo nada en la vida, que siempre fue muy común y corriente, pero usted se preocupó por él, lo trató bien. Usted fue el único funcionario que lo trató bien. A pesar de su alto puesto y gran prestigio, usted lo procuró y logró que un hombre insignificante recibiera apoyo en sus últimos instantes de vida. ¡Gracias! El difunto se lo agradece, le sonríe desde el más allá. Sus deudos también le agradecemos... Perdóneme, le hice perder mucho tiempo. Adiós, me despido...

“¡Deténgase, por favor! ¿Qué está pasando? Nunca lo conocí ni tengo idea de quién era, pero vinieron a expresarme una gratitud ilimitada. ¿Qué mérito hice para recibir esta gratitud?”. Pensé en decirle todo eso, pero ¡anda!, ¿cómo decirle eso a una esposa que no conoces, ni a ella ni a su difunto?, ¿cómo decirle que su gratitud te aturde, que no tienes idea de por qué te agradece...?

Pero sólo me limité a decir: —Oiga... Por favor, cuídese. Le doy mi pésame. Si tiene cualquier dificultad, hágamelo saber... Por favor, deje su dirección y nombre...

Al ver las lágrimas en los ojos de la camarada, mis ojos también se humedecieron.

Cinco días después, cuando mi automóvil pasó por una calle llena de baches, recordé que dos años atrás, cuando aún era jefe de área, en el camino a una reunión del comité provincial del partido, el carro se averió. El chofer dijo que en media hora llegaría otro carro. Sin más remedio, entré a un edificio cercano, donde vivía un empleado mío desahuciado, subordinado de otro subordinado. Fui a visitarlo. Ese hombre, pálido y descuidado, mostró una leve sonrisa a mi llegada. Jamás olvidaré aquellas manos delgadas, amarillentas y sudorosas que se asomaron por debajo de la colcha.

La fuerza de su apretón superaba por mucho la fuerza de mi mano fina y sana. Después de regresar a casa, me lavé tres veces las manos. No mencioné el asunto de la avería. No supe cuánto más aquel hombre iba a vivir.

No supe si debía sentir culpa o consuelo. ¿Se vale exhibir una terca y desgastada honestidad y, a costa de lastimar a personas nobles y gratas, rechazar su inmerecida gratitud? ¿O simplemente recibes la gratitud de un moribundo desconocido y ya?

Miré mi mano y en la palma ardiente sentí muchas manos estiradas suplicando ayuda.

SOBRE EL AUTOR:

Wang Meng es un conocido escritor chino contemporáneo y exministro de Cultura de China. Es autor de muchas novelas y cuentos, como: *Viva la juventud*, *La actividad cambia la forma del hombre*, *Bendición*, *Mariposa*, *Encuentro difícil*, *Un joven recién llegado al departamento de la organización*, entre otros, y ganador de múltiples premios literarios, entre los que destaca el Premio Mao Dun de Literatura.

LA PIEDRA FEA

Autor: Jia Pingwa

Traducción: Liljana Arsovska

A menudo lamentaba la existencia de aquella horrible piedra en frente de mi casa: yacía allí, negra, como una vaca; nadie sabía cuándo había llegado aquí y a nadie le importaba. Sólo durante la cosecha del trigo, al extenderlo al sol delante de la puerta, la abuela siempre decía: —Esta piedra fea ocupa demasiado espacio; hay que quitarla de allí.

Un día mi tío decidió construir su casa y quiso usarla en una pared. Desgraciadamente, la piedra era demasiado irregular, ni esquinada ni plana, y romperla con un cincel implicaba un esfuerzo innecesario, ya que el banco del río no estaba muy lejos y cualquier piedra sacada de allí servía mejor. Construyeron la casa y mi tío ni siquiera la quiso para las escaleras. En una ocasión, llegó a casa un maestro cincelador para hacer un molino de piedra. Mi abuela dijo: —Usa esta piedra fea para no tener que traer otra desde lejos. —El maestro la miró y sacudió la cabeza diciendo que no servía, pues era demasiado frágil para ese propósito.

No era tan fina como el mármol blanco que permite grabar letras encima, ni era tan pulida como la piedra caliza que se usa para lavar la ropa. Postrada allí, ni la sombra de la acacia la cubría ni las flores crecían a su alrededor. La maleza desbocada, en cambio, crecía, se extendía y poco a poco llenó la piedra de musgo verde y manchas negras. Incluso nosotros, los niños, la odiábamos, pero al no tener suficientes fuerzas para moverla, sin más remedio nos limitamos a maldecirla. El

único consuelo era aquel pequeño hoyo donde, en días de lluvia, se acumulaba agua, que permanecía allí incluso después de tres días, cuando todo el suelo ya se había secado, y las gallinas venían a beber. Los días quince de cada mes, nos subíamos en aquella piedra fea para esperar la luna llena. La abuela siempre nos regañaba, temiendo que nos cayéramos. Efectivamente, un día me caí y me raspé la rodilla.

Todos culparon a la piedra fea, muy fea, feísima.

Un día, un astrónomo llegó, pasó frente a mi casa y de repente divisó la piedra fea. Sus ojos no pudieron dejar de mirarla, por lo que se instaló en el pueblo. Después, llegaron muchas personas y nos dijeron que aquella piedra fea era un meteorito que había caído del cielo hacía más de trescientos años. Dijeron que era una piedra extraordinaria. Unos días después llegó un camión y, con mucho cuidado, se la llevó.

Todos nos asombramos. Esa piedra, extraña y fea, resultó ser un objeto celestial. Había sido parte del cielo, se sobrecalentaba y brillaba; nuestros antepasados la admiraron, les dio luz, esperanza, anhelo, y luego cayó a la tierra, entre la hierba, y durante cientos de años yació allí.

La abuela dijo: —¡No parecía tan extraordinaria! Pero ¿por qué ni siquiera sirvió para tapar la pared o hacer un escalón?

—Es muy fea —dijeron los astrónomos.

—Sí, es demasiado fea.

—¡Pero justó allí radica su belleza! —exclamaron los astrónomos—. La belleza de lo feo.

—¿En lo feo está su belleza? —preguntó mi abuela.

—Sí, cuando lo feo llega a su extremo, regresa por su camino y transita hacia la belleza. Al no ser una piedra ordinaria, por supuesto que no podía servir para hacer paredes ni escalones, para ser tallada o para lavar ropa. Todo lo que no tiene utilidad inmediata suele ser ridiculizado por la gente.

La abuela se sonrojó y yo también.

Sentí que la grandeza de aquella piedra fea era del mismo tamaño que mi propia vergüenza. Por un instante incluso la oí, por haber soportado en silencio tantos años de desdén.

Pero de inmediato sentí de nuevo la grandeza inquebrantable del existir solitario en medio del desdén.

SOBRE EL AUTOR:

Jia Pingwa nació en 1952 en la aldea Dihua de la provincia de Shaanxi. Entre su prolífera obra destacan varias novelas y cuentos, tales como: *La impetuosidad*, *La Capital desierta*, *La flor suprema*, *Noche blanca*, *Anhelando a los lobos*, *El erudito Laoshang*, *La ópera Qin*. Ganadora de diversos premios literarios, su obra ha sido traducida a varios idiomas.

EL MUNDO

Autora: Tie Ning

Traducción: Liljana Arsovska

Incluso en su sueño, la joven madre sabía que se aproximaba el Año Nuevo.

Incluso en su sueño, la joven madre sabía lo que debía poner en su bolso de viaje, las cosas apropiadas para pasar esta festividad, para reunirse con los suyos en su tierra natal.

Con su bebé en brazos, subió al autobús y colocó su abultado bolso en el portaequipaje sobre su asiento. El autobús salió de la ciudad para llevar a todos los pasajeros hacia la vasta llanura. La madre había olvidado que el autobús podía correr tan rápido que ella y su bebé en brazos casi volarían. Ignoró la extraordinaria velocidad y el cielo de plomo fuera de la ventana y, sólo de vez en cuando, miraba el portaequipaje donde yacía su bolso lleno de buenas intenciones: un suéter que tejió para su madre, un calentador eléctrico que compró para su padre, un abrigo rojo que había seleccionado cuidadosamente para su hermana, unas botas de cuero “*Cruiser*” que sabía que le iban a gustar a su hermano, algo de ropa y los pañales de su bebé.

El autobús con la madre y su bebé seguía volando como si jamás pretendiera detenerse.

La ciudad quedó atrás, pero el pueblo aún no aparecía. El cielo plomizo de pronto sofocó la tierra y se tragó el autobús. Cuando todo se tornó gris, aterrorizada, quería gritar, como presagiando una catástrofe, un desastre. Miró a su alrededor y vio el desconcierto del resto de los pasajeros. Gritó, pero no

oyó su voz. Se pellizó el dorso de la mano con fuerza y sintió dolor, pero ¿a dónde se fue su voz? Miró al bebé en sus brazos y el bebé le sonrió.

La sonrisa del bebé la calmó un poco, cuando de repente sintió un temblor estremecedor. Sus ojos se nublaron, su cabeza se estrelló contra el cristal de la ventana, el cristal se hizo añicos y la madre junto con su bebé cayó al precipicio.

La madre gritaba en una infinita oscuridad sin poder escuchar su voz ni mover sus pies. Sabía que gritaba “¡mi bebé!” y, al sentirlo en sus brazos, lo abrazó con fuerza. Quería saber qué le sucedió al mundo, dónde estaban ella y su hijo. Cuando un relámpago atravesó el cielo, la madre vio la tierra quebrarse en silencio. Una grieta feroz se había tragado al camión y a todos sus pasajeros. ¿Acaso era el fin del mundo? La madre bajó la cabeza y, con la ayuda de un relámpago, vio a su bebé sonreír.

Sólo los bebés pueden sonreír en esos momentos, ¿no es así? Sólo la sonrisa de un bebé puede darle a la madre un valor extraordinario. Ella comenzó a luchar para mover sus pies y dejó de gritar. La sonrisa del bebé le devolvió la cordura; sabía que tenía que guardar todas sus fuerzas. Finalmente trepó casi de milagro desde la grieta y subió al suelo firme. El cielo comenzó a brillar sobre los pies ensangrentados de la madre que no sentía dolor, porque el bebé en sus brazos le sonrió.

La joven madre con su bebé en brazos corrió por la tierra agrietada sin nadie alrededor. El suelo todavía temblaba. El cielo ora se oscurecía, ora brillaba y la madre no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Parecía que el tiempo ya no existía en el mundo y su único recuerdo era una esfera blanca en su reloj de pulsera. Esta esfera le provocó llanto, la hizo sentir que ya no tenía el poder de salvar al bebé y a sí misma, y que ya no podía confiar en este mundo, que estaba a punto de desaparecer en medio de un temblor lento y constante. La madre levantó la vista y, al ver que nada bajo el cielo le pertenecía, enterró su cabeza en el bebé y comenzó a llorar en silencio.

El bebé aún sonreía en sus brazos. Su sonrisa, casi constante, le sorprendió cuando sintió que una de sus pequeñas manos sostenía su camisa con fuerza y confianza, como si sostuviera al mundo entero. El bebé sí sostenía al mundo y este mundo era su madre, por eso podía sonreír en los brazos de ese mundo siempre cálido y perfecto. La manita y la sonrisa del bebé una vez más conquistaron a la madre y una vez más irguieron su espíritu ya colapsado. Por primera vez entendió que el mundo jamás perecería con ella en él. Ella era el mundo. Comprendió que lo tenía todo: respiración llena de vida, brazos muy fuertes, lágrimas calientes y leche dulce. Ella tenía que salvar al mundo para poder regalarle su perfecta belleza y vigor a su bebé.

La madre caminó sobre la tierra desquiciada con el bebé en brazos. A pesar del viento helado, a pesar del polvo desbordado, ella abrió su camisa para amamantar a su bebé.

La madre caminó en este mundo cambiante con su bebé en brazos y, a pesar de su apariencia lamentable, de su cabello negro cubierto de nieve, de su ropa desgarrada, corría hacia esa aldea donde estaba su madre, donde estaba el Año Nuevo.

Durante mucho tiempo no bebió agua, por lo que tragaba bocanadas de copos de nieve; no había comido, por lo que, con las manos en forma de pala, desenterró zanahorias y rábanos olvidados por los granjeros. La leche de copos de nieve mezclados con rábano era dulce y el bebé seguía sonriendo en sus brazos.

Después de dos anocheceres y amaneceres, finalmente vio el pueblo de su madre, un pueblo en ruinas. Entre los escombros silenciosos, divisó una mano vieja extendida hacia el cielo. Aunque estaba rígida, de inmediato reconoció la mano de su madre. Ella no logró aferrarse a este mundo; su bebé, en cambio, así su camisa de algodón y aún sonreía.

La madre, paralizada entre los escombros, se puso de pie y la fe de la esperanza volvió a surgir en medio de la desolación. Ella llevaría a su bebé lejos de estas ruinas y, aunque tuviera que caminar miles de kilómetros, regresaría a su ciudad, donde la esperaba su hogar y su esposo. La madre recor-

dó a su esposo y emprendió el camino de vuelta con su bebé en brazos. El hielo y la nieve se derretían en instantes, ni agua ni comida. Sus senos se secaron. Entonces, ella rasgó sus ropas y comenzó a masticar el algodón. Un chorrito de leche brotó de sus senos y el bebé le sonrió de nuevo.

...

La joven madre se despertó de su sueño y su esposo le ofreció un vaso de leche caliente. La madre, sin tomar la leche, saltó de la cama para saludar a su bebé, que le sonreía acostado en su cuna azul claro. En el piso, estaba su bolso empacado.

La madre miró a su esposo y le preguntó: —¿Sabes dónde está el mundo?

El esposo la miró sin comprender.

—El mundo está aquí —dijo ella mientras señalaba a su bebé sonriente en la cuna.

La madre volvió a preguntarle a su esposo: —¿Sabes quién es el mundo?

El esposo seguía sin comprender nada.

La madre caminó hacia la ventana bañada de sol y le dijo a la nieve cristalina fuera de la ventana: —¡El mundo soy yo!

Su marido sonrió, ¿será que su mujer aún estaba soñando?

La joven madre, en un silencio total, sentía un profundo agradecimiento, porque de súbito descubrió que los sueños son parte de la realidad. Sin esa pesadilla, ¿cómo habrían tenido ella y su bebé aquel trágico pero persistente viaje? Sin esa pesadilla, ¿cómo podrían ella y su bebé adquirir la fuerza para sostener el mundo entre sus brazos?

SOBRE LA AUTORA:

Tie Ning nació en Beijing en 1957. Desde 2006 ha sido la presidenta de la Asociación de Escritores de China. Entre sus obras galardonadas con muchos premios literarios destacan: *Ah, La nieve perfumada*, *La camisa roja sin botones*, *La temática de junio*, *Ramillete de algodón*, *La vereda del pueblo me lleva a casa*, *El portón de la rosa*, *¿Qué tan eterna es la eternidad?*, *La bañista*.

CUERPOS PÚRPURA

Autora: Bi Shumin

Traducción: Liljana Arsovska

En ese tiempo trabajaba en el laboratorio de un hospital rural. Un día fui al almacén por una lona para mi escritorio. La anciana a cargo del almacén miró por todos lados y luego me dijo que ese tipo de lona hacía tiempo que no se usaba y que no quedaba ni una pieza en el almacén.

Decepcionada, estaba a punto de salir cuando, de repente, entre viejos cachivaches, encontré una. Estaba doblada en cuatro y pude ver que era de color verde en una esquina.

Gratamente sorprendida le dije: —¡Ésta es perfecta, me la llevo!

La anciana, sin dudarle ni siquiera por un instante, respondió: —No se puede.

—¿Alguien ya lo pidió?

Como si hubiera recordado muchas cosas, dijo pensativa: —No... no pensé que la fueras a encontrar... La cepillé a conciencia, era difícil limpiarla...

La interrumpí; incluso si alguien la había usado, no me importaba. De todos modos, la iba a usar para cubrir mi mesa de trabajo. Como no tenía agujeros, me servía muy bien.

Entonces me dijo: —Muchacha, no tengas prisa. Si después de contarte la historia de esta lona, aún la quieres usar, te la regalaré. Tenía aproximadamente la misma edad que tú tienes ahora cuando yo trabajaba como enfermera. Todos elogiaban mi actitud y mi habilidad. Un día, vinieron dos pacientes con quemaduras graves, un hombre y una mujer. Eran

esposos; para ser precisos, recién casados. Habían pasado por muchas experiencias agridulces durante la larga espera de la llegada del día más feliz de sus vidas. Inesperadamente, en la noche de bodas, algún malvado encendió los aleros de su casa y todos ardieron como coque. Me enviaron a cuidarlos. Un cuarto, dos camas, un hombre acostado en una y una mujer en la otra. Sus pieles negras supuraban líquidos, como si su sangre horneada entre las llamas se hubiera convertido en agua. El médico decidió dejarlos desnudos y cubrirlos con aceite de consuelda espeso, el mejor remedio para tratar quemaduras en ese momento. A pesar de todos los cuidados, los fluidos corporales brotaban y las sábanas recién cambiadas se empapaban en minutos. Cada vez que movía los oscuros cuerpos para cambiar las sábanas, era evidente que los pacientes sufrían. El médico, sin más remedio, decidió ponerles una lona. Usaba algodón para limpiar los líquidos morados de la lona y tratar de mantenerlos secos. —¡Pobre de ti!, —me dijo una colega—, cuidarlos y limpiarlos de día debe ser de por sí muy cansado, pero eso no es lo peor. Sus aullidos y sus gemidos nocturnos, cual gritos provenientes de una chimenea, deben ser espantosos —añadió.

Le dije que ya estaba acostumbrada a ver sus cuerpos negros y morados, y que los pobres jamás se quejaban.

La otra, sorprendida, dijo que, si estando en una condición tan crítica no gimen, es porque sus cuerdas vocales se quemaron.

Algo molesta repliqué que sus cuerdas vocales, cual besadas por lo divino, estaban intactas.

La otra insistió: —Si no se quejan, ¿cómo sabes que no están quemadas?

—¡Cantan! —le dije—. Cuando cae la noche, entre ellos se cantan canciones que no entendemos.

Una noche, el cuerpo del hombre empapado en líquidos casi estaba a punto de flotar. Le puse una nueva lona, justo la que acabas de desdoblar. Aunque lo moví con mucha suavidad, el hombre gimió. Era un sonido muy leve y, después de cambiarle la lona, dejó de quejarse.

Su mujer suspiró y preguntó: —¿Se desmayó?

—Sí —le respondí.

—Nuestros cuellos, rígidos como tubos, no pueden sostenernos la cabeza. Aunque las camas están tan cerca, no puedo ver cuándo se duerme o cuándo despierta. Para no molestar al otro, nunca nos quejamos. Ahora gimíó y eso indica que vamos a morir. Le agradezco todos sus cuidados y lo único que quiero pedirle es que me ayude a moverme a su cama. Quiero estar a su lado. —La voz de la mujer era muy agradable, parecía una flauta que toca para el cielo.

—No —le dije—, la cama es muy estrecha; no caben dos personas. —Ella sonrió y me dijo—: Así de chamuscados nuestros cuerpos ocupan muy poco espacio—. Lenta y suavemente levanté a la mujer púrpura, liviana como ceniza...

—Ya terminé de contar la historia, —dijo la anciana—, ¿aún quieres la lona?

Cuidadosamente la extendí, como cuando aprecias un gran timbre conmemorativo. Por los años, la lona estaba algo pegajosa, pero pude extenderla por completo.

En el centro de la limpia lona verde se distinguía una mancha púrpura; parecían dos cuerpos acurrucados.

SOBRE LA AUTORA:

Bi Shumin nació en Wendeng, Shandong. Durante 11 años se desempeñó como soldado del ejército de China en Tíbet. Esta prolífera escritora, médico de profesión y vicepresidente de la Asociación de Escritores de Beijing, posee una vasta colección de relatos cortos y medianos agrupados en varias colecciones y antologías de cuentos. Muchos de sus cuentos forman parte de libros de texto de escuelas primarias y secundarias. Ha ganado el Premio Cien Flores de Literatura, el Premio Literario del Ejército Popular de Liberación y el Premio *Taiwan United News* de Literatura.

DUELO DE LENGUAS Y OÍDOS

Autora: Lu Min

Traducción: Liljana Arsovska

1. ELLOS

Para las personas incapaces de observar e imaginar, ellos son sólo una pareja ordinaria en un hospital. Un hombre sentado en una silla de ruedas cuyo rostro refleja aburrimiento y frialdad, típico de los enfermos; una mujer que empuja la silla y cuya postura tosca y rígida refleja su falta de experiencia en esta labor de cuidadora, tan demandante y crucial.

En realidad, el hombre no estaba enfermo. Había sufrido un accidente automovilístico; tenía tres costillas y un fémur rotos, un tímpano perforado, pérdida de audición y estaba esperando atención médica. Durante la caminata, solían toparse con otras sillas de ruedas: extremidades amputadas, desprendimiento de retina, tumor en el cerebro, hemiplejía por accidente cerebrovascular... Las sillas de ruedas se cruzaban en los pasillos e intercambiaban miradas de cortesía mientras sopesaban y comparaban su desgracia con las ajenas.

La gente, sin embargo, pudo notar que aquellos dos eran ligeramente diferentes a los demás: ella no dejaba de hablarle. Su voz, ni alta ni baja; el ritmo, ni lento ni rápido, sin melodía, sin emoción, sin anuncios. Ni los giros en las esquinas ni las piedras en las que tropezaban detenían a aquella mujer que parecía una caja de música que jamás dejaba de sonar.

“¡Ah, ya veo!”, adivinaban algunos pacientes a sus espaldas, “esta pobre mujer debe estar tratando de estimular los

tímpanos de su esposo. Sí, debe pensar que entre más habla, más acelerará la recuperación de su oído. ¡Quién quita y sí!”.

2. ÉL

Abrí de nuevo los ojos y vi a los médicos de pie mirándome como si fuera un cadáver.

¿Qué pasó? Puedo mover las manos y los pies, ¿acaso no todo está en su lugar? Un silencio sepulcral, cual cortina pesada, cubría el rededor y el mundo entero estaba detrás de la cortina.

Ella se acercó. Sus labios apachurrados anunciaban llanto. Otros labios se movían mientras trataban de alejarla.

Luego vinieron otros que, también mirándome cual si fuera un cadáver, jalaban mis manos, sacudían mis hombros y al final se iban en silencio, como cucarachas en el piso de la cocina por la noche, como bacterias con forma humana que se veían por microscopio en las películas mudas de los años veinte.

Vi su boca acercarse a mí, se cerraba y se abría; su delicada lengua se movía hacia arriba y hacia abajo, y su rostro enrojecía poco a poco. ¿Estará gritando o tendrá un orgasmo? Creo que es la primera vez que me fijo en sus labios; ni grandes, ni llenos, ni carmesí, sino labios ordinarios de una mujer de edad mediana. Cuando se juntan, aparecen líneas tristes en las esquinas; cuando se abren, parecen un círculo defectuoso que esconde un mundo profundo y encantador: dientes que se esconden y aparecen, lengua que se enrolla y se estira, garganta larga y húmeda. Hace muchos años, durante nuestra luna de miel, ¡ah, cuánto placer me trajo esa boca...!

De pronto alejó su rostro, aunque sus labios aún se cerraban y se abrían alternando diferentes muecas. No era fácil adivinar la expresión de su rostro; no era tristeza ni ansiedad ni ira, más bien, no tenía ninguna expresión. Lo único que hacía era “hablar” como cuando masticas un chicle. Incliné la cabeza y miré su mandíbula, los músculos occipitales y algu-

nas manchas de sangre azul que se cernían alrededor de su cuello.

¡Qué ridícula! ¿Qué tanto estará diciendo? Bien sabe que no puedo oírla, ¿por qué no para de hablar?

3. ELLA

Lo importante es que lo dije, aunque sé que no puede oírme. Le dije algo que jamás le había dicho.

No lo amo en absoluto y ni siquiera me importa. Por supuesto, creo que debo haberlo amado antes, como cualquier mujer ama a cualquier hombre. Sin embargo, ¡qué pena!, eso ya se acabó.

No teníamos tiempo para hablar por la mañana, jamás nos llamábamos al trabajo y, por la noche, siempre era lo mismo: el niño hacía la tarea, yo limpiaba y él, cual avestruz, con la cabeza metida en el periódico revisaba la bolsa de valores. De lejos, parecía un hombre sin cabeza.

A veces yo hablaba mientras hacía algo, pero a ninguno de los dos nos importaba si me oía o no. Mis palabras eran como cubetadas de agua en el desierto que se pierden sin dejar rastro alguno. ¡Increíble! Yo le decía “¡joye, cariño!” u “¡joye, cabrón!”. Daba lo mismo, él jamás respondía. No nos hemos besado en mucho tiempo; entre su lengua y la mía había la misma distancia que entre el *yin* y el *yang*. Y ni qué decir de los abrazos. Nuestros cuerpos, cual polos iguales de un imán, se repelían con el mero intento de juntarse. ¡Oh, cuántos años sin orgasmo!

Fantaseo con tener una aventura. Por ejemplo, el chico que siempre me arregla el cabello se ve muy macho, aunque sus manos son muy suaves. Cuando me restriega el cabello, mis piernas se cierran involuntariamente. O el señor amable de mi empresa, que tal vez en la cama sea un león enjaulado: sueño con una casa pequeña donde corremos las cortinas durante el día y nos acariciamos en medio del ajetreo y el bulli-cio de la ciudad.

Por supuesto, sé que no tendré una aventura en esta vida. Sin embargo, decirlo y, sobre todo, decírselo con palabras sucias sin ninguna expresión en el rostro le debe de resultar insoportable. Aunque no oye, comenzará a especular, a hacer conjeturas; sentirá confusión y eso a mí me provoca una inmensa felicidad.

4. ÉL

¡Mira, mira, me está tomando el pelo! Es pecado burlarse de un sordo, y más cuando éste es tu esposo. Sin embargo, muchas veces, la inteligencia de alguien que perdió la audición a menudo excede la imaginación de la gente común.

¡Creo que sé lo que está diciendo!

Fueron tantos años. ¡Vaya que la conozco! La conozco como conozco mis huevos. Es tímida, aburrida; tiene cabello corto, calzones desgastados, uñas chatas; le da hipo después de la cena. Este aburrimiento no es por malicia; todos los hombres mayores de cuarenta me comprenden, te cansas de las vacaciones, de la llovizna interminable, de lavarte los dientes todos los días, de sentir pena por los extraños.

Estoy en contra de la monogamia, tan contraria a la naturaleza humana. Pero este mundo no valora la naturaleza humana, así que no queda más que arreglártelas solo a escondidas.

Por fuera, me acosté con una estudiante universitaria (tal vez apócrifa, pero sabía fingir timidez). Cuando salía de viaje de negocios, estuve algunas veces con una chica local. En realidad sólo fueron dos veces, así que el registro de infidelidades de este cuarentón es casi impecable. Éste es mi secreto. Todos deberían tener un secreto, pues las personas con secretos están más cerca de la felicidad. Los secretos de una persona reflejan su encanto. Incluso me habría gustado que ella tuviera sus secretos. Realmente lamento su fidelidad.

Mira, ¿qué puede decir una mujer que ni siquiera tiene un secreto? Aunque sus labios vuelan hacia arriba y hacia abajo, puedes escuchar incluso sin oídos, puesto que lo mismo que

dice ahora, lo dijo antes y lo dirá después; no es más que un montón de basura como la que se junta todos los días en casa. Cajas de jugos, sobras de comida, papel de baño lleno de mierda, cáscaras de vegetales, moco, cabello, tubos vacíos de pasta de dientes, calcetines rotos, ¿qué más va a decir!

Estoy muy feliz. ¡Qué bueno que estoy sordo! A lo largo de los años, esta basura obstruyó mis canales auditivos, acabó con mi libido, llenó de cera mis oídos, acrecentó mis migrañas y dolores de muelas. Todo esto está relacionado con los oídos. ¡Pobres oídos míos! Quizá debería darles unas largas vacaciones. Aunque el mundo del silencio es algo desierto, al menos no cansa.

5. ELLOS

Por reusarse a seguir con el tratamiento para reestablecer la audición, pronto se convirtieron en objeto de chismes en el ala de hospitalización.

Muchos bienintencionados les aconsejaron: “La reparación de tímpano es una operación muy común; por supuesto, hay que reconstruir la concha, pero los beneficios y los riesgos son proporcionales. ¡La probabilidad de éxito es superior al 80%!”.

Obviamente se lo decían a la mujer, pues el hombre no podía oír. La mujer apuntaba, buscaba información en Internet y, cual empleada ejemplar, la imprimía en hojas tamaño A4 y se la entregaba al marido. Él la revisaba página por página, como si estuviera revisando un contrato a punto de firmar. Pero nunca firmó, sólo sacudió la cabeza... se la pasó sacudiéndola casi con alegría.

La terquedad del sordo producía impotencia; todas aquellas bocas sabias no tenían dónde echar raíces; innumerables lenguas tuvieron que detener su aletear para secarse con el aire.

La mujer, famosa por su bondad, pronto se puso del lado del hombre y le pidió que firmara una declaración donde renunciaba *motu proprio* a cualquier tratamiento.

Lo dieron de alta poco después. Ambos cruzaron aquel pasillo del hospital y desaparecieron en algún departamento de algún edificio de algún vecindario.

Los demás pacientes, unos murieron, otros se fueron, y ellos pronto fueron olvidados o se extraviaron entre las lenguas y los oídos de la gente. Después de todo, en el hospital, unos mueren, otros nacen y aquellos dos no le importan a nadie.

SOBRE LA AUTORA:

Lu Min, vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Jiangsu y miembro de la Asociación de Escritores de China, posee una vasta colección de cuentos cortos y medianos, así como novelas. Entre las obras de esta escritora galardonada con muchos premios literarios, destacan: *El día no comprende la oscuridad de la noche*, *Besa al mundo entero*, *Hermanas en el espejo*, *Los hombres son agua*, *las mujeres son aceite*.

CHEN “MANOS PEQUEÑAS”

Autor: Wang Zengqi

Traducción: Sun Xintang

Donde vivíamos en los viejos tiempos, rara vez había un obstetra profesional. La mayoría de las personas contrataba parteras cuando llegaba el momento del alumbramiento y cada familia empleaba a la misma partera para recibir a sus retoños. Todos los “pequeños señores” y “señoritas” nacidos de la primera nuera, de la segunda, de la tercera y de muchas otras que pertenecían a la familia habían sido traídos al mundo por la misma partera. Nunca era bueno tener a un extraño en casa en momentos tan especiales. La partera habitual conocía bien a la familia y a las viejas sirvientas que podían ayudarla sin necesidad de salir corriendo a buscar ayuda cuando llegaba el momento. Y no sólo eso, la mayoría de la gente tenía la supersticiosa creencia de que todo estaría bien mientras su partera de la suerte estuviera presente. Y dado que estas parteras ofrecían oraciones a la patrona de los hijos y quemaban incienso todos los días, ¿qué familia respetable pensaría en pedirle a un médico que les ayudara a nacer a sus bebés?

Los médicos de nuestra región eran todos hombres, a excepción de la hija de Li “Cara de viruela”. Ella había reemplazado a su padre y era la única doctora de la ciudad. Sin embargo, su especialidad era la medicina interna y no estaba entrenada en la atención de partos. Además, era una solterona. Y ciertamente ningún hombre que estudiara medicina y se respetara a sí mismo escogería ser obstetra, porque se con-

sideraba que era una especialización vergonzosa y sin futuro. Eso no quiere decir que no existieran excepciones.

Chen “Manos pequeñas” era un reconocido obstetra. Su reputación se debía a que sus manos eran muy pequeñas, incluso más chicas, suaves y delicadas que las de una mujer. Su especialidad eran los partos difíciles y era experto en partos laterales y de nalgas para los que naturalmente contaba con medicinas y dispositivos médicos. La gente comentaba que sus manos eran tan pequeñas y sus movimientos tan precisos que aliviaba mucho los dolores de las parturientas.

Sin embargo, y a pesar de su reputación, ninguna familia de clase alta consideraba conveniente recurrir a sus servicios, salvo en circunstancias muy extremas. En cambio, las familias de clase media y baja tenían menos aprensiones y, cada vez que una de sus mujeres se encontraba en un parto complicado, la partera reconocía sus limitaciones y decía: “Será mejor que vayan a buscar a ‘Manos pequeñas’”. Naturalmente Chen tenía un nombre de pila, pero nadie lo usaba.

En la atención de un parto no podía haber demoras, ya que dos vidas pendían de un hilo. Chen “Manos pequeñas” tenía un corcel blanco como la nieve que había nacido para correr. Los conocedores de caballos decían que el corcel exhibía el paso alto conocido como “faisán sauce”: rápido, firme y recto. Mi tierra tenía muchos lagos y ríos, pero los caballos eran una rareza. Cada vez que los ejércitos pasaban a caballo por la zona, toda la gente acudía a las orillas de los canales para contemplar el maravilloso espectáculo de la caballería.

Y como a menudo se veía a Chen montado en su caballo camino a la atención de un parto, la gente comenzó a unirlos a él y a su caballo: El caballo blanco de Chen “Manos pequeñas”, decía.

Los otros médicos despreciaban a Chen; decían que no era un médico de verdad, sino nada más un partero. Pero eso no le molestaba a Chen, quien montaba su caballo blanco y corría como el viento cada vez que alguien solicitaba sus servicios. Una parturienta dejaba de gemir en el mismo momento en que escuchaba el sonido de las campanas de la brida de

su caballo. Desmontaba y de inmediato ingresaba a la pieza del parto. Transcurría un rato corto, algunas veces más largo, y luego el llanto de un recién nacido indicaba el fin de otro parto exitoso. “Manos pequeñas”, con el rostro bañado en sudor, salía de la habitación y saludaba respetuosamente al jefe de familia: “¡Felicitaciones! Madre e hijo están bien”. El padre, con el rostro sonriente, entregaba el sobre rojo en el que había colocado los honorarios del médico. Chen guardaba el sobre sin mirar en su interior. “Espero no haberlo ofendido”, decía antes de salir a la calle, montar en su caballo y partir con los cascabeles tintineando alegremente.

Mucha gente le debía su existencia a Chen “Manos pequeñas”.

Durante varios años nuestra región fue el escenario de la guerra entre el Ejército Nacional Revolucionario, al que llamábamos Fuerzas del Gobierno, y las tropas al mando de Sun Chuanfang, quien se refería a sí mismo como el comandante de las Fuerzas Aliadas de las Cinco Provincias.

Un año llegaron las Fuerzas Aliadas al pueblo e hicieron su cuartel general en el monasterio budista local. Todo un regimiento se albergó en ese lugar. La mujer del comandante, que podía ser su esposa real o su concubina, estaba de parto sin que el bebé por nacer se decidiera a llegar. Varias parteras fueron convocadas, pero ninguna pudo ayudar a la mujer que gritaba como un cerdo en el matadero. Luego de unas horas, el comandante decidió llamar a Chen.

Cuando “Manos pequeñas” entró en el monasterio, el comandante caminaba de un lado a otro frente a la sala de parto. Le dio la bienvenida diciendo:

—Pongo ambas vidas en sus manos, señor. ¡Si no salva a mi mujer y a mi hijo, le cortaré la cabeza!

La mujer era muy gorda y eso dificultó enormemente el trabajo de Chen, pero sus esfuerzos dieron frutos y nació el bebé. Y a pesar de que el nacimiento del hijo de la gorda lo había dejado agotado, salió de la sala y saludó respetuosamente al militar.

—¡Felicitaciones, comandante! Es niño. Usted tiene un hijo.

—Gracias —dijo el comandante con una amplia sonrisa en el rostro—. Ahora vaya al comedor, por favor.

Al médico se le había preparado un banquete. El ayudante del comandante servía de anfitrión y, después de que Chen bebiera dos copas de vino, apareció el comandante y le entregó veinte monedas de oro.

—Son para usted. Espero que no sean muy poco.

—Usted es excesivamente generoso.

Tras beber el vino y guardar las veinte monedas de oro en su chaqueta, Chen se levantó para despedirse.

—Espero no haberlo ofendido —le dijo al comandante.

Chen “Manos pequeñas” salió del monasterio y montó su caballo. El comandante, parado detrás de él, sacó su pistola y lo mató a tiros.

—No puedo dejar que se vaya el hombre que puso sus manos sobre mi mujer. Su cuerpo pertenece a un solo hombre y ése soy yo. ¿Quién se creía que era ese médico? ¡Que se joda!

El comandante se sentía agraviado en verdad.

SOBRE EL AUTOR:

Wang Zengqi (1920-1997) nació en Gaoyou, provincia de Jiangsu. Escritor, dramaturgo y ensayista chino, es uno de los exponentes más destacados de la Escuela de Escritores de Beijing. Estudió en la Universidad Nacional Asociada del Suroeste y trabajó como profesor de colegio, docente de museo y editor. Entre sus obras destacan: *Historia de un monje joven*, *Crónicas del Gran Pantano*, *Aguas corriendo*, *Antología del atardecer*.

SU “SIETE MONEDAS”

Autor: Feng Jicai

Traducción: Sun Xintang

El Dr. Su, cuyo nombre completo era Su Jinsan, en los primeros años de la República de China,¹ abrió un consultorio médico en el barrio Edificios Blancos. Como era el mejor huesero de toda la ciudad de Tianjin, incluso jinetes extranjeros siempre acudían a él cuando se rompían los brazos o las piernas.

Alto y ataviado con una túnica larga, tenía manos delgadas y fuertes, labios rojos, dientes blancos, ojos brillantes y una barba de chivo siempre aceitada y brillante. La voz de este hombre que rondaba los 50 años cuando hablaba, estuviera lejos o cerca, salía de su ronco pecho retumbando con la fuerza que sólo emana del vientre. Si se hubiese animado a tomar clases de ópera, seguramente habría sido un gran adversario de la estrella Jin Shaoshan. Sus impecables técnicas médicas eran “limpias y rápidas”. Cuando alguien venía con un músculo desgarrado o un hueso roto, ¿qué solía hacer él? Con el toque de un solo dedo, separaba la carne de la piel y al instante lo turbio en el interior se aclaraba. Sus manos, cual par de pájaros blancos, con la destreza y velocidad de un rayo, se movían en todas direcciones y, después de un “krr, clik, krr”, antes de que el paciente sintiera dolor alguno, los huesos dislocados regresaban a su sitio. Ponía yeso en la férula y el

¹ La República de China se fundó en 1912, tras derrocar a la dinastía Qing, última dinastía imperial.

paciente, ya curado, regresaba a casa. Casi nunca volvían y, si lo hacían, era sólo para inclinarse ante él o regalarle una enorme placa con inscripciones de gratitud infinita.

Los que gozan de fama tienen también un temperamento muy particular. El Dr. Su tenía una regla de oro: todo el que viniera a tratarse, sin importar si era rico o pobre, antes de siquiera mirarlo, debía dejar siete monedas de plata sobre la mesa. De lo contrario, los enfermos no merecían ni siquiera una mirada. ¿Y qué regla era esa? ¡Pues era su regla! La gente lo criticaba por mirar primero el dinero y luego a las personas. Como su habilidad valía siete monedas de plata, pronto lo llamaron Su “Siete monedas”. Claro que decían eso a sus espaldas, porque cuando lo necesitaban era el Dr. Su y ya nadie recordaba su nombre completo: Su Jinsan.

Al Dr. Su le gustaban las cartas. Un día de ocio llegaron dos amigos a jugar. Eran tres y faltaba uno, así que invitaron al Dr. Hua, un dentista de la misma calle, a unirse a la mesa. Justo cuando el juego estaba en su apogeo, Zhang Si, tirador de *rickshaw*, irrumpió de repente. Recargado en la puerta, con el codo izquierdo en la mano derecha, sudaba a chorros y el trapo que le colgaba del cuello estaba completamente empapado. Era evidente que tenía el brazo roto y se doblaba del dolor. Pero ¿cuándo un tirador de *rickshaw*, que apenas ganaba la comida del día, iba a tener siete monedas de plata? Dijo que le quedaría debiendo, pero con seguridad, pronto le pagaría. Se quejaba de dolor mientras hablaba. ¿Quién iba a pensar que el Dr. Su, como si no lo viera ni lo oyera, robaba cartas, las soltaba, se alegraba, se enojaba, lucía sorprendido, preocupado? En pocas palabras, su mente estaba en el juego. Uno de los amigos de la mesa, sin poder aguantar más, señaló la puerta con la mano, pero la mirada del Dr. Su estaba clavada en las cartas. El apodo “Siete monedas” vaya que le dio al clavo.

El dentista Hua, conocido por su amabilidad, dejó la mesa de juego con el pretexto de ir al baño, caminó hacia el patio trasero, salió por la puerta de atrás, caminó hacia la calle principal, de lejos llamó al tirador, le dio siete monedas de

plata y, antes de que Zhang Si le agradeciera, se dio la vuelta, retomó sus pasos, entró de nuevo a la habitación, se sentó en la mesa de juego y, como si nada, continuó jugando a las cartas.

Después de un rato, Zhang Si entró tambaleándose en la habitación y arrojó las siete monedas de plata sobre la mesa. Ni el timbre lo hubiese hecho levantarse con más prisa; el Dr. Su, ya parado frente a Zhang Si, se arremangó, puso el brazo de éste sobre la mesa, zarandeó el hueso, hizo movimientos de izquierda a derecha y presionó hacia abajo. Justo cuando Zhang Si encogía los hombros y el cuello, cerraba los ojos y mostraba los dientes, preparándose para recibir golpes fuertes, el Dr. Su dijo: —Ya quedó. —Aplicó un ungüento, apretó la férula y le dio a Zhang Si algunos sobres de medicina para la circulación sanguínea y el alivio del dolor. Zhang Si dijo que no tenía dinero para pagar las medicinas, a lo que el Dr. Su replicó: —Te las regalo —y regresó a la mesa de juego.

En el juego de ese día unos perdieron y otros ganaron y, sólo cuando encendieron las luces y sintieron hambre, abandonaron la mesa. Antes de salir de la casa, el Dr. Su detuvo al Dr. Hua con el pretexto de que tenía algo que decirle. Cuando los otros dos se fueron, sacó siete monedas de plata del montón que yacía en la mesa, las puso en la palma del asombrado Dr. Hua y dijo:

—Tengo que hablar contigo. No creas que soy una persona de mal corazón, pero las reglas que tengo establecidas no se pueden romper.

El Dr. Hua se llevó esas palabras a casa, las pensó durante tres días y tres noches y, aunque no logró comprenderlas de todo, desde el fondo de su corazón comenzó a admirar al Dr. Su: el hombre, sus palabras y sus actos.

SOBRE EL AUTOR:

Feng Jicai (1942, Tianjin), escritor, calígrafo, pintor, promotor y defensor del patrimonio cultural inmaterial, es autor de *La encrucijada de las flores*, *La pipa tallada*, *Los diez años de cien personas*, *Caras en la multitud*, *Cuentos cortos de Feng*

FENG JICAI

Jicai, El catalejo, etc. Ha ganado el Premio Nacional de Cuento, Premio Nacional de Novela, el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato, el Premio Lu Xun de Literatura, el Premio Cien Flores de Literatura, el Premio Octubre de Literatura, entre otros.

EL CAMPANARIO

Autor: A Cheng

Traducción: Sun Xintang

En Novosibirsk, me hospedé en un hotel llamado “Estrella” frente a la estación de tren.

Las instalaciones del hotel no estaban mal. Además de sus adornos de hadas y unicornios, tenía supermercado, bar, cafetería y la oficina de correos vendía una gran variedad de estampillas conmemorativas antiguas, muy baratas y bien surtidas. También había un amplio salón de baile.

Puesto que no tenía nada que hacer por las noches, solía deambular entre las diversas instalaciones del hotel.

Afuera, desde el comienzo del invierno no había dejado de nevar y, al parecer, la nieve no iba a cesar. La nieve era el sello de esa ciudad fría y, de repente, comprendí por qué a los rusos les gusta usar botas largas de cuero. En esa temporada, los amigos rusos suelen ir a esquiar a las montañas cercanas y, como azores, deslizarse en el vacío o ir de caza a los bosques. Pero ¿y qué hacen de noche? ¿Acaso leen las fábulas de Krylov sentados frente a la chimenea o cuentan historias de monstruos y fantasmas?

Van a bailar al salón del hotel “Estrella”.

Aquí sólo hablaré de pequeñas cosas que me incumben, pues al parecer no estoy calificado para hablar de las grandes cosas de la vida. Éstas están tan lejos de mí como lo está el desolado desierto de Taklimakan y, aunque yo fuera viento, no podría soplar hasta allá. Por ello, sólo contaré mi historia.

De pie frente a la ventana cubierta de escarcha plateada, fumaba cigarrillos rusos de olor algo extraño. Los cigarrillos rusos son dulces y se parecen un poco al tabaco de nicotina que venden los comerciantes en las calles de Turfán.

Veía a los rusos que venían a bailar. Uno tras otro guardaba su abrigo en el guardarropa y, antes de entrar al salón, le compraban una rosa a una anciana que vendía flores. Claro que las mujeres no compraban flores, es más, vestidas de astronautas o a la última moda, ni siquiera volteaban a verla.

Me dediqué a observar aquella escena.

Mientras gruesos copos de nieve caían fuera de la ventana, las campanas de la iglesia doblaban y doblaban rompiendo las cortinas de nieve. Dios suspiraba por la humanidad.

Inspirado por la melodiosa campana, quise comprar una flor...

¿Pero a quién se la iba a regalar?

Los campanazos, grandes y pequeños, sonaban sobre las zonas residenciales de Novosibirsk para limpiar las almas de los pecadores.

Repetí el acto de comprar flores más de una docena de veces en mi mente: pago y, con rosa en mano, entro al salón de baile mientras la gente se dispersa, ¡Qué patética tragedia!

Los campanazos se detuvieron y gradualmente su eco desapareció.

El baile apenas comenzaba y en la cesta de la anciana sólo quedaba una rosa.

La anciana suspiró y decidió recoger el puesto.

Entonces, me acerqué, pagué la rosa y se la regalé. Era al parecer una tártara, de unos 70 u 80 años.

Con un gesto tímido, la puse en su mano.

La anciana tomó la rosa y, brillando de alegría, sonrió. Los copos de nieve, cual plumas de ganso fuera de la ventana, se parecían a los de las Navidades: toda Rusia la estaba bendiciendo.

Con la rosa en la mano, dijo algo, seguramente agradable, y luego se puso a bailar como una niña.

Yo, de pie a un lado, le aplaudía.

SOBRE EL AUTOR:

A Cheng (1948, Boping), miembro de la Asociación de Escritores Chinos y vicepresidente de la Asociación de Escritores de Heilongjiang, es autor de más de 40 colecciones de novelas, tales como *Las seis rapsodias del Año Nuevo*, *La buena puta* y *Tumba vacía*. Ha ganado el Premio Nacional de Cuento y el Premio Lu Xun de Literatura. Sus obras han sido traducidas al francés, inglés, alemán, japonés, ruso y otros idiomas.

UNIÓN ETERNA

Autor: He Liwei

Traducción: Sun Xintang

Un hombre soñó con una mujer, no sólo hermosa sino también de buen corazón. Él y ella se conocieron en la Plaza de los Sueños.

La luna grande brillaba sobre su cabeza. Soñó que había corrido un largo trecho y jadeaba de cansancio. Ella vestía una falda larga de gasa blanca y llevaba en el pelo una corona de flores desconocidas pero muy fragantes. Él experimentó comodidad, pues la mujer que quería conocer en la vida justo era ella.

Luego se le acercó. Ambos dijeron palabras poco lógicas pero muy poéticas y la distancia entre ellos se esfumó. El hombre sintió una emoción que nunca había experimentado. Sintió que sus manos y sus palabras temblaban como la sombra de un árbol bajo la luz de la luna. También sintió que, a partir de este momento, una vida desconocida pero muy interesante, como un libro nuevo, se abría ante sus ojos. Ellos leerían desde ese instante historias asombrosas sobre ellos mismos en ese nuevo libro. No recordaba el pasar del tiempo a su alrededor ni cómo dejaron de ser un par de extraños para convertirse en una pareja. Sólo recordó que la mujer bajó las cejas y dijo: —Mañana nos vemos, ¡hasta mañana! —Y entonces, despertó.

No es difícil imaginar su indescriptible melancolía, tristeza e incluso dolor al despertar. Cuando tienes sueños como ése, sin lugar a duda te conviertes en el rebelde más firme

ante la fea realidad y aborreces por completo a las esposas vulgares. Ahora, para esta persona desesperada, sólo había una cosa esperanzadora: esperar la oscuridad, esperar a que la primera estrella, como una profecía, se eleve entre los rascacielos de esa aburrida ciudad.

Esa noche, por supuesto, ella llegó como había prometido y revoloteó hasta la Plaza de los Sueños. La luz de la luna en la plaza era como el agua, y el canto del ruiseñor y la fragancia de las lilas emanaban del azul profundo. Sentados en un banco de piedra, seguían vertiendo palabras, aún ilógicas pero muy, muy poéticas, como si hubieran estado en silencio durante siglos y ahora derramar esas palabras dulces era la única clave de la supervivencia. Las palabras brillaban intensamente e, igual que los meteoros en el cielo, desaparecían después de atravesar el firmamento, sin volver jamás y sin dejar ninguna huella, pero también sin arrepentimiento, ya que nuevos meteoros aparecerían sin cesar, convirtiendo el cielo de esa noche en un festín de fuegos artificiales. La mujer sostenía un tulipán negro en la mano. Él, desde el corazón de la flor, succionaba la fragancia más secreta de la vida de ella y, cuando él quiso abrazarla y besar sus labios, ella le dijo: —¡Mañana, nos vemos mañana! —Y él de nuevo despertó.

Así, ese hombre esperaba todos los días el caer de la noche para entrar en el fascinante país de los sueños. Un día, al ya no poder esperar más, tomó un frasco entero de pastillas para dormir. Era un mediodía brillante. Todos los cristales de la ciudad cantaban con la luz del sol. Se acostó en la cama y murmuró: —Quiero estar contigo por siempre. —Se quedó con ella y dejó atrás este mediodía brillante, la ciudad y a todos nosotros.

Nunca nadie supo el secreto de su muerte. Tenía una esposa hermosa, un niño de siete años y una riqueza envidiable.

SOBRE EL AUTOR:

He Liwei (1954, Changsha), miembro del Comité Nacional de la Asociación de Escritores de China y vicepresidente de la Asociación de Escritores de Hunan, ha publicado relatos

como *Las pequeñas ciudades no tienen historias*, *Lluvia en la montaña*, *La trompeta llama al pueblo* y *Como el sol a las ocho de la mañana*, y ha ganado varios premios literarios.

LA NAVAJA ARQUEADA DEL DRAGÓN VERDE

Autor: Han Shaogong

Traducción: Sun Xintang

El maestro He, que afeitó cabezas durante décadas, era un conocido peluquero. Cada vez había menos cabezas que afeitar en el pueblo, muchas habían salido a trabajar fuera, otras simplemente habían abandonado la montaña y otras yacían ya debajo de la tierra. Hizo cuentas, pues ya no era fácil mantener el sustento diario. Decía que necesitaba al menos 900 cabezas para garantizar el ingreso mínimo, y eso sin contar las cabezas rojas y verdes. No le interesaba la moda:

—¿Qué es eso de pintarse el pelo de colores? —decía—. ¡Lo perros no parecen perros, ni los gatos, gatos! ¿Y éstos a qué se parecen?

Sabía teñir el cabello, pero no le gustaba. Jamás practicaba cosas que su maestro no le hubiera enseñado. Muchos jóvenes se asomaban y, al darse cuenta de que allí ni teñían ni ponían tratamientos, y ni qué decir de terapias de iones negativos o rizados explosivos, iban en busca de estos servicios a la ciudad cercana.

El negocio de He iba de mal en peor. Cuando fui a verlo para un corte, lo busqué en varias habitaciones y finalmente lo encontré durmiendo en una cama de bambú.

—Hoy es el octavo día del mes lunar, supuse que ibas a venir. —Alegre, encendió la estufa, llenó una olla de agua caliente y con mucha ceremonia comenzó con el primer acto: lavado de cara y de cabeza.

—Esta cabeza se irá al extranjero. Por favor, tenle algo de piedad —le recordé.

—¡No te preocupes, hombre! El chaval Jian se va de cocinero a los Emiratos Árabes Unidos, también extranjero, ¿verdad? Yo lo afeité recién.

Cuando terminó de lavarme la cara, se fue la luz, pero eso no importaba porque sus instrumentos a la antigua no usaban electricidad, lo cual justificaba por completo su desprecio y desdén por los nuevos estilos de peluquería.

—¿Es el hombre o la electricidad la que afeita hoy en día? —preguntó—. Enchufas una rasuradora eléctrica, una secadora y en dos meses abres una peluquería. ¿Acaso a eso se le puede llamar peluquería? Aún más divertido es que hoy en día incluso las mujeres afeitan cabezas de hombres. Las dan para acá, las voltean para allá, ni son pelotas, ni son juguetes. ¿Qué estilos son esos? La cabeza del hombre y la cintura de la mujer son para verse, no para tocarse. ¿Acaso no recuerdan este viejo dicho?

Me reí de él por ser demasiado anticuado y le aconsejé no ser tan terco.

—Está bien, está bien —dijo—. Pensemos que las mujeres pueden jugar con las cabezas de los hombres, pero ¿cómo cortas el pelo sin una navaja?

Complacido y complaciente, dijo que la clave de afeitar está en el cuchillo: —¿Por qué todos los peluqueros de antaño adoraban al general Guan Yu?¹ Pues porque era el Maestro de los Cuchillos. Atravesó cinco pasadizos, degolló a seis generales, mató a Yan Liang y a Wen Chou y, como si sacara cualquier bolso, entre mil soldados hurtó la cabeza del general contrario. Si los peluqueros no tenemos aunque sea una navaja en las manos, no hay manera de lograr un afeitado perfecto al ras y las 36 técnicas de uso de la navaja no servirían de nada.

¹ Guan Yu fue un general y uno de los mejores guerreros del período de los Tres Reinos (184-280), héroe muy querido por el pueblo y convertido más tarde en una figura importante en la religión tradicional china y en el taoísmo chino.

He experimentado en mi propia cabeza su técnica de cuchilla arqueada Dragón Verde. El primer paso es “Guan Gong arrastra el cuchillo”: la parte posterior de la navaja se arrastra por la nuca y el cuello del cliente durante un buen rato, lo que provoca a la vez temor y una sensación muy agradable. Luego viene el “tamborileo de Zhang Fei”:² con el filo de la navaja hace estallar un ramillete de flores sobre el cuello mientras el cliente se relaja y disfruta. Después viene “par de dragones saltan del agua”, que es otra técnica donde las hojas se deslizan ligeramente en ambos lados de la nariz del cliente. “Robar melocotones de la luna” es también, por supuesto, otro arte de la navaja, donde la hoja acaricia suavemente los párpados del cliente. Nadie puede perderse la técnica de “Nezha³ explorando los mares”, donde, con la punta de la navaja, hace suaves cosquillas en la cuenca de la oreja del cliente que ora siente algo, ora nada; ora algo se quiebra, ora sale y se esfuma. Esa técnica no sólo ayuda a limpiar la mugre, sino que también, en medio de la comezón, aparece una sensación de grata frescura y toda la oreja se abre de repente, el rostro se ilumina, y el aire penetra y fluye por todos los orificios. Cuando los canales de sangre y energía han sido permeados y el flujo ha sido reestablecido, el maestro guarda su navaja mientras que el cliente, por medio de un fuerte estornudo, elimina toda la energía turbia escondida en los cinco órganos y las seis vísceras.⁴

El maestro He ha repasado innumerables cabezas con su cuchilla arqueada Dragón Verde. Ha abierto, cerrado, limpiado y deslizado la navaja con la sola ayuda de su muñeca y dos que tres dedos. Ha creado flores deslumbrantes en los crá-

² Zhang Fei fue otro general del reino de período de los Tres Reinos de la antigua China.

³ Nezha es un dios protector de la mitología china y una deidad en el taoísmo.

⁴ La medicina tradicional china considera la existencia de cinco órganos (pulmón, corazón, hígado, bazo y riñón) y seis vísceras (estómago, intestino grueso, intestino delgado, vejiga, vesícula biliar y triple calentador) en el cuerpo humano.

neos con un par de hojas de una navaja que gira libremente en cualquier esquina, que disipa todas las complicaciones; una navaja invencible que no encuentra enemigos ni obstáculos ni arriba, ni abajo, ni a la derecha, ni a la izquierda ni adentro, ni afuera y, por si fuera poco, incluso puede entrar en batalla con los ojos cerrados, sin siquiera mirar por el rabillo.

Y después de exhibir su acto lleno de arte clásico, sólo cobra tres yuanes.

A pesar de lo barato, a pesar de lo clásico, sus clientes disminuían día con día. A veces, podía dormir todo un día sin que una sola cabeza se asomara en el negocio. De vez en cuando solía llamar al vagabundo mendigo en la calle para charlar, ponerle las manos encima y ofrecerle servicio gratuito. Pero eso sí, por nada del mundo iba a teñir cabellos o poner tratamientos. Prefería ser derrotado en Maicheng⁵ por los Wei que traicionaron a la dinastía Han. Probablemente dormía mucho durante el día, por lo que en las noches no podía conciliar el sueño. A menudo llevaba al mendigo a ver la televisión en casa de algún vecino o visitaba a un viejo amigo. Desde “Un charco de luz de la luna ante el lecho” de los versos de Li Bai hasta “Esta desesperación cuándo se desvanecerá” de la poesía de Bai Juyi, cuando le venía la inspiración, podía recitar muchos poemas antiguos.

El anciano Sanming sólo tuvo un peinado en toda su vida: cabeza completamente rapada. Cada vez que el maestro He le afeitaba el cráneo, quitaba las puntas negras, luego grises y luego azulosas que se asomaban, hasta dejar la cabeza brillante y resbaladiza. Esa era la cabeza más familiar, amable y fiel durante muchos años. Aunque no sabía leer, el anciano Sanming era también el mejor oyente de las recitaciones de He. Como esta cabeza no se había asomado ya en varios días, el maestro He hizo cuentas y comenzó a sentir preocupación. Recorrió dos crestas para visitar a su viejo amigo, quien tenía ya mucho tiempo en cama, enfermo y moribundo.

⁵ En el año 219 se libró una batalla en Maicheng, en la que el general Guan Yu fue vencido y muerto.

Con lágrimas en los ojos, regresó a casa y tomó todos sus instrumentos, alistándose para poner en práctica todo su arte por última vez en la cabeza de su amigo. El anciano Sanming, postrado en la cama, soltó un largo suspiro, lleno de consuelo y alivio:

—¡Qué suerte de puta madre! Hermano, en esta vida me entendía con la cal y con la arena, mis manos sufrieron, mis pies sufrieron, incluso mi estómago pasó hambre, pero, gracias a ti, mi cabeza vio buenos tiempos. Por ello, hermano, mi cabeza en otra vida... seguirá siendo tuya.

—No te preocupes, no te angusties —dijo el maestro He.

Una sonrisa se asomó en la cabeza rapada de Sanming y, como si se hubiera quedado dormido, sus párpados lentamente se cerraron.

Entonces el maestro He una vez más aplicó el arte del “tamborileo de Zhang Fei”: la hoja se deslizó por el brillante cráneo y un ramillete de flores apareció, primero potentes y luego tiernas, acompañadas con el canto de la navaja. Cuando ejecutó el último acto, vio que los párpados de Sanming trepidaron ligeramente, seguramente como muestra del último placer en la vida.

SOBRE EL AUTOR:

Han Shaogong (1953, Changsha) fue presidente en funciones y actualmente ostenta el cargo de presidente honorario de la Federación de Círculos Literarios y Artísticos de Hainan. También fungió como presidente de la Asociación de Escritores de Hainan. Entre sus obras destacan *Pa*, *Diccionario de Maqiao*, *Las insinuaciones*, *El libro de los días y las noches*, *Voces del alma*, *El sur de las montañas y el norte de los ríos*, *Delirios de un noctámbulo*, *Posdata de la revolución*. Ha ganado numerosos premios literarios, como la Orden de las Artes y las Letras de Francia, varios Premios Lu Xun de Literatura, el Premio Xiao Hong, el Premio Cien Flores de Literatura, el Premio Nacional de Cuento, entre otros. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, español, italiano, holandés, polaco, sueco, coreano, vietnamita, entre otros idiomas.

LOS VERANOS DE JUVENTUD

Autor: Lu Yuan

Traducción: Alejandro Maciel

Mi padre no podía distinguir el límite del alba, sentía como si caminara en el mapa militar que el abuelo trazó en su juventud para el comandante del cuartel. Todo sin excepción estaba señalado en el mapa de escala 1:50,000: casas, puentes, zanjas, incluso algún árbol solitario.

El verano solía atraer a la gente a la orilla del río. Musgo verde y tupido crecía sobre el adoquín. Antoceros negros yacían en el fondo del agua. Río abajo, unos focos se iluminaban como fósforos y raudo llegaba el sonido de tambores lejanos. En ese momento, las ramas se pudrían, las hojas se marchitaban, los huesos se descomponían; uno tras otro se convertía en polvo y se mezclaba con el cielo infinito de este mundo sombrío.

Sobre la arena, la inmensa luminosidad de las luciérnagas, parecida a una antorcha ebria, se dirigía atolondrada hacia el lejano firmamento para unirse con la Luna y resucitar...

En la noche tranquila, caía una llovizna ligera mientras mi padre cruzaba el río nadando. Sus brazos de un niño de diez años y medio aún eran muy delgados. Las estrellas, parecidas a dulces confitados que brillan e iluminan cada rincón del cielo, otorgaban las claves del templo celeste, incomprensibles para los hombres. La cabeza de mi padre, como una calabaza, ora se hundía ora flotaba. Él sentía que las estrellas de esa noche eran particularmente densas, mucho más que en la ciudad; como las bayas silvestres que colman los valles, tem-

blaban entre las nubes y se estrellaban con suavidad en un fluido plateado.

Las fogatas de la orilla cercana ondeaban y formaban imágenes que permanecían en la superficie del río, luego se escondían en las profundidades del bosque de bambú e inadvertidamente iluminaban las pestañas de aquellas noches veraniegas formando círculos que embelesaban a los niños. Las gotas de lluvia y la luz se dispersaban como el aliento de una bestia, como un reflejo divino, mientras la luna parecía una fundidora abandonada... Pasado el festival, las luces de la aldea de Xinlong se opacaban y, cuando terminaban las vacaciones de verano, mi padre regresaba a la ciudad para continuar sus estudios y sus juegos en callejones polvorientos.

Mi padre se amarró un extremo de una soga a la cadera y el otro a una llanta abandonada. Luego jaló la cuerda, sujetó la llanta con firmeza, se montó, ajustó su postura y se dejó llevar por la corriente unos minutos. Se quedó recostado boca arriba sobre el caucho mojado, resbaloso y cálido; entonces, siguiendo los secretos del oficio transmitidos por mi tío-abuelo Lu Xianzhang (el séptimo de los hijos), se concentró en ejercitar su oído. Primero, eliminó el sonido de los insectos y del agua para escuchar los árboles mecerse y el viento soplar; después, eliminó estos últimos sonidos para escuchar al unísono los susurros de miles de cosas que había entre el cielo y la tierra. En ese entonces, aún no era capaz de ir más lejos y escuchar la resonancia de las estrellas y la turbulencia de la luz de luna... Agarrado a esa vieja llanta fiel y estable, miró el vasto cielo sobre el río. Una nube de lluvia se alejó y una gasa negra que cubría la enorme masa de luz apareció en su campo de visión; pensó que tenía una relación estrecha con esa masa de luz, que esa masa de luz soñaba. Así era la noche y así era el río, parte de una verdadera infancia. En ese momento, con el sueño en la orilla izquierda y la muerte en la derecha, el agua arrastró lentamente a mi padre hacia un nuevo día. ¿A dónde iría?, ¿con quién se reuniría?, ¿qué haría? Quizá sólo el río lo sabía.

Al romper el día, mi padre abrió y cerró sus labios; se sentía completamente exhausto. El chiquero y el corral, que estaban afuera del patio, aún permanecían en silencio y oscuridad; sólo algunos rugidos esporádicos de animales interrumpían esta paz.

—Aning —le decían—, ¡cómo has crecido!

En aquella época, la esposa del hermano mayor de mi abuelo, apenas se mudó a casa de los suegros, tenía que ir temprano todos los días al río para acarrear agua. Cuando se mudó la esposa del segundo hermano de mi abuelo, fue su turno de acarrear agua. Cuando mi abuelo desposó a mi abuela, era ella quien debía acarrear agua. A partir de entonces, mi abuela tuvo que acarrear agua todos los días, puesto que ya no llegaría ninguna nuera nueva. Cuando mi padre tenía dos años, su padre se los llevó a él y a su esposa a la capital de la provincia. Todos los días, mi abuela abrazaba a mi padre para dormir hasta que llegaba la mañana.

—Aning —decían los viejos de la aldea—, te crece vello en las orejas. Es símbolo de riqueza.

Sin embargo, mi padre no pudo conservar este símbolo de riqueza hasta la madurez. En la víspera del examen para la universidad perdió por completo el vello amarillo que le crecía en las orejas y nunca más lo vio volver a crecer.

En una ocasión, mi padre terminó su tarea del día, por lo que el abuelo le dio permiso de salir de casa y pasear por los alrededores. El tío abuelo le advirtió que no se comportara como loco. Mi padre podía inferir si llovería sólo con observar el humo, la niebla y la escarcha de la mañana; además, sabía si era sólo un chubasco o si llovería todo el día. En ese día, la ligera bruma era un indicio obvio de viento frío y húmedo. Al acercarse al límite del pueblo, mi padre observó las nubes matutinas de la montaña que parecían formar una bella mujer recostada sobre el enorme acantilado. Quería señalarla para que los demás también la vieran; sin embargo, a los muchachos del pueblo no les agradaba hacerle caso a un niño ciudadano que iba de vacaciones al campo; casi todos lo evitaban.

Otro día, mi padre se encontró con un hombre extraño a quien unos días antes, mientras caminaba por el sendero de la montaña, una serpiente ratonera le cayó desde el aire, por lo que gritó y saltó como loco; acto seguido, juró que mataría a ese animal. Así, la siguió por siete días y siete noches seguidos, sin dormir ni descansar, pero no logró atrapar a esa serpiente negra.

—¡Tengo que atraparla! Aunque mudes de piel, de cualquier manera, te reconoceré...

Luego de decir estas palabras, el hombre extraño le dio a mi padre un palo con tres ramas y nueve hojas, y le dijo: —Esto repara la vitalidad y aumenta el vigor sexual.

Al darle la vuelta a un huerto, mi padre vio a un anciano que agarraba flores de algodón para darle de comer a un cerdo. Llevaba muchas de estas flores de pétalos rojos, pistilos amarillos y semillas grandes en un recogedor ancho y hondo; también llevaba algunas mazorcas y hojas de camote. El cerdo gordo comía muy contento y en su hocico atestado se formaba una pasta líquida que salpicaba por todos lados. “Come, come. Al final del año, no escaparás del cuchillo,” pensaba mi padre en sus adentros. La manteca se debe usar con cuidado, pues se puede usar hasta julio; de otra forma, uno termina por tener que pedir prestada a parientes y amigos.

Por la tarde, una fuerte lluvia limpió las aldeas y los pueblos del condado de Fuxi. Los campos, las aldeas, los bosques, todo sin excepción estaba cabizbajo. Una vecina metió de prisa a la habitación principal unas cestas de chiles rojos secados al sol. Luego, se descubrió el pecho e introdujo su gran pezón de color caramelo a la pequeña boca de su bebé. A causa del chile, el bebé comenzó a llorar con tal fuerza que su llanto atravesó la cortina de lluvia; el pánico, la ira y el agravio de esta pequeña vida se propagó incluso hasta los lugares más lejanos.

Las ranas salieron de sus nidos para celebrar sin restricción. Mi padre, sentado en cuclillas al lado de la puerta, estaba aburrido. Atong, su primo, jugaba con una especie rara de mantis. Mi tío-abuelo Lu Xiangzhang estaba sentado en una

esquina fumando su pipa de agua. En ese instante, un extraño silbido del viento cruzó la vastedad de bosques húmedos e hizo que mi padre sintiera que ese día sería apacible y tranquilo.

Sólo al anoecer se despejó, pero el sol, ya sin fuerza, no podía extender su enorme sombrilla cálida. El sol, como un ágata de seda roja, era gélido; ya sólo quedaba el lánguido brillo del crepúsculo que llenaba los altiplanos y los valles de sombras nocturnas. La escasa luz del sol aún se filtraba por las hojas viejas de los árboles, ésas eran las monedas de juego de mi padre. Finalmente, cuando también la débil ola de fuego se desvanecía poco a poco, Atong salió corriendo al patio para llamar a su primo dos años menor que él.

—Aning, —ese niño cabezón y mi padre se llevaban muy bien. Su hambriento estómago rugía mientras agitaba sus cansados brazos—. Regresemos a comer...

En otra ocasión, Atong sufrió una golpiza por parte de mi tía-abuela por culpa de mi padre. Cuando terminaban las vacaciones, mi padre regresaba a la capital de la provincia; el abuelo casi siempre lo acompañaba hasta la estación de tren. Se levantaban a las cuatro de la madrugada, desayunaban rápidamente y recorrían unos 35 kilómetros de caminos rurales para alcanzar el tren que paraba en el condado de Fuxi a la una de la tarde. Cuando salían del pueblo, el abuelo se ponía en cuclillas para que mi padre se trepara en su espalda...

En esa ocasión, el abuelo estaba muy ocupado y no podía ir; por lo que le pidió prestado a su vecino dos caballos para que Atong y Aning cabalgaran hasta la estación de tren. A mi tío Atong le encantaba jugar pesado, así que, a medio camino, decidió dar rienda suelta y apretar el paso, por lo que la yegua sobre la que cabalgaba mi padre también salió volando; incluso el pueblo que estaba al lado del camino pasó volando. —Primo, primo —era la primera vez que mi padre cabalgaba y estaba muy asustado; en su desesperación se agarraba con fuerza de las riendas—. ¡Me voy a caer! —Atong le dijo—: No tengas miedo. No tengas miedo. —Le ordenó a mi padre que

inclinara el cuerpo, se aferrara a la silla con las piernas y mantuviera la vista al frente. Como pudo, se mantuvo en su sitio hasta que llegaron a la estación de tren de la capital del condado. Mi padre se bajó del caballo, sacó dinero para comprar el boleto, entró a la plataforma y descubrió que su entepierna se sentía resbalosa y se veía oscura. Extendió la mano y la palma de la mano se le había empapado de sangre fresca: el muslo se le había excoriado. Cuando mi tía-abuela se enteró de esto, en su ira golpeó a Atong mientras le gritaba: —¿Crees que son muchos? Pequeño demonio, ¿crees que son muchos? —Lo que ella quería decir era: “Tus primos no son muchos, sólo es uno; es muypreciado”.

Por la noche, las nubes, rojas como llamas, teñían el cielo azul en capas. Las efímeras, que nacen por la mañana y mueren en la noche, volaban ininterrumpidamente desde los charcos y estanques hacia el lejano bosque, donde recibían a la muerte. Estos insectos presurosos habían terminado su misión; sólo existían para amar. Sus vientres son burbujas.

Mi padre comió medio tazón de arroz más que los dos días anteriores. Sentía que el día no tenía fin; su cuerpo aún albergaba una depresión abrasiva; se sumergía en una dimensión imaginativa. Esa noche no necesitaba estudiar más, así que se fue al pueblo con sus amigos a atrapar bichos. El sonido de las ranas, las cigarras y los grillos, incluso el del viento y de los pájaros entre los arrozales purificaban como lluvia la audición de cada uno; de la misma manera en que la niebla no permite ver las sombras durante el día, pero se sabe que están ahí. Las sandalias se pegaban al pisar el suelo mojado y rechinaban, pero mi padre guardaba un silencio total y se esforzaba en distinguir los diferentes sonidos que se mezclaban en medio de este gran silencio.

El estómago lleno le provocó sueño. Mi padre se puso a reflexionar sobre el final del año y las vacaciones de invierno, cuando la gente del pueblo rodea un pedazo de tierra para hacer una hoguera, quema ahí un gran tronco, se encoge de hombros y se frota las manos; así pasaban los ratos de ocio en

el campo... Sin darse cuenta, los años de juventud se convertían en un sueño, uno que se formaba de los restos de su propio cuerpo, sueño propio del invierno, no del verano. Mi padre observaba a viejos y jóvenes alrededor de la fogata contando chistes e historias mientras asaban papas, camotes y maíz. Un muchacho inquieto tomó unas mazorcas y una a una las aventó al fuego, donde los granos se abrían, reventaban y salían disparados hacia los demás. El espeso humo de la fogata se dirigió hacia aquel niño y, por alguna extraña razón, todos aseguraron que ese niño se orinaba en la cama. Uno tras otro, los hombres apilaban la leña en la fogata. Sin duda, miles de veces habían oído a los viejos hablar sobre rarezas inmortales, miles de veces habían soportado el cansancio, miles de veces se habían levantado para regresar a casa, acostarse y dormir; luego, cuando despertaban al final de la noche, su alma regresaba a su lugar; de nuevo retomaban por milésima vez las preocupaciones y los anhelos cotidianos. En suma, miles de veces experimentaron las mismas festividades cíclicas hasta el día en que se reunían en ese lugar. Bajo el reflejo de las llamas, los hombres de pocas palabras se emocionaban cada vez más, no soportaban la interrupción de otros, mucho menos quedarse callados. Esos pares de ojos brillantes intoxicaban al hablante, competían por la curiosidad, el interés y la veneración de los oyentes, lo que se convertía en veneración y admiración para sí mismos. Los cuentos de los viejos permanecían en la mente de los niños y su rastro nunca se desvanecía. En esa época, mi padre también se sumergía en estas pláticas extrañas sin poder precisar su propia experiencia. Se imaginaba que tenía una mano grande que se extendía continuamente hacia el cielo nocturno, como si quisiera agarrar algo inmaterial, pero resultaba inútil y no le quedaba más que regresar a la tierra...

En el cementerio al lado del pueblo brillaban fuegos; risas, pláticas e ilusiones dulces se entretejían entre ellos. Mi padre logró ver a la distancia los fuegos fantasmales de los hombres como si fueran estrellas, unas brillantes y otras sombrías, de varios colores, suspendidas entre el inconmensurable tiempo

y la nebulosa luz. Nuevamente, los muchos fuegos que parpadeaban al unísono convertían la tierra en un cielo estrellado que atraía un sinnúmero de luciérnagas.

Esa noche, mi padre soñó que un caballo blanco corría a lo largo de la orilla del río. Pasada la medianoche, unas nubes oscuras flotaban a poca altura en el horizonte y una tormenta se abalanzaba sobre los picos de la cordillera.

SOBRE EL AUTOR:

Lu Yuan es un reconocido escritor chino que radica actualmente en Beijing. Nació en 1980 en la ciudad de Nanning, Guangxi. Graduado de la Universidad Renmin de China, es autor, traductor y editor. Sus obras incluyen: *El amor de los antepasados*, *El verano fantástico en el lago de Fanhu*, *El animal de la niñez*, así como las colecciones de relatos breves *El flujo de conciencia de los bolos* y *La luna y él*.

LA TORMENTA DE ARENA

Autor: Ji Zhongxian

Traducción: Arqueles Estrada Cartagena

Mi tío y mi abuelo maternos rara vez se hablaban. No me refiero a ese tipo de conversación familiar donde todos hablan al mismo tiempo, sino a una conversación directa entre los dos.

Un día, después del almuerzo, mientras la televisión aún estaba encendida y los parientes iban y venían, mi abuelo le dijo a mi tío:

—¿Dormiste bien anoche? Veo tu rostro y ya no puedes seguir así. ¿Hay algo que te angustia? No lo cargues solo; decirlo te ayudará para aligerarlo. No te avergüences, cuéntame lo poco a poco, dime a qué le tienes miedo.

Otro día, mi tío me contó la siguiente historia.

En 2015 en Zhengzhou, unos meses antes de la reunión de negociaciones para la Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), las remodelaciones de la ciudad todavía no estaban terminadas y ésta se encontraba cubierta por un polvo amarillo. La gente paseaba por la calle con una capa de tierra sobre sus zapatos de cuero, por lo que se formaba y colocaba un pie a la vez en unas máquinas boleadoras colocadas frente a la entrada de tiendas y restaurantes. Éstas frotaban con fuerza los zapatos el tiempo suficiente, pero si las personas tenían alguna cita y no podían esperar, simplemente ponían el pie detrás de la pantorrilla y frotaban el zapato con el pantalón hasta dejarlo reluciente.

Fuera de casa, la gente se encogía de hombros y hundía su cabeza en la niebla demoníaca. Mientras hablaban, escupían.

Algunos tenían un esputo atorado en sus gargantas y, en medio del pánico, sus compañeros los ayudaban a buscar un bote de basura. Los que no aguantaban, expectoraban en la calle escupitajos viscosos de color amarillo brillante que rodaban, se sumergían en la arcilla triturada y se endurecían. Justo en medio de aquel polvo insoportable, durante más de diez días a lo largo de seis distritos y cinco ciudades en Zhengzhou, mi tío hizo uso de su labia para promover una inversión en un edificio de estacionamiento, completamente inadecuado para esa zona.

Un día, invitó a comer a su socio local para contarle que, durante casi medio mes en Zhengzhou, estaba tan ocupado que ni siquiera había tenido tiempo de visitar la casa Kaifeng, el monasterio de Shaolin ni las grutas de Longmen (todos, por cierto, cerca de la ciudad).

Su amigo le sugirió quedarse unos días más. Podía tomar prestado su Dodge Coolway para ir a donde quisiera, salir temprano todos los días para visitar algún sitio y regresar de noche al hotel. Puesto que todas las atracciones estaban cerca de la ciudad de Zhengzhou, ésa era la mejor manera.

Mi tío lo pensó y le dijo:

—No es mala idea. Zhengzhou no está lejos de Shandong, así que invitaré a mis padres. El tren de alta velocidad tarda unas tres o cuatro horas. Tal vez jamás tomarían la decisión de venir a pasear por su cuenta, pero ahora que estoy aquí, con un automóvil a mi disposición, será más cómodo. A los ancianos del norte les gustan los sitios antiguos. Ojalá quieran venir.

Su amigo dijo algunas palabras más y partió. A la mañana siguiente, llevó su carro al taller para darle mantenimiento y evitarle así inconvenientes a mi tío. El taller de mantenimiento tenía lavado de autos, por lo que salió limpio; sin embargo, después de un embotellamiento en la carretera y 40 minutos en la rampa de pago, una fina capa de tierra cubrió el blanco inmaculado. De la nada comenzó a llover y la lluvia convirtió la tierra en lodo. Cuando la lluvia paró, el tráfico aún estaba detenido. El amigo salió del auto, tomo una botella de agua

mineral de la cajuela, un cepillo de dientes de la guantera y, en lugar de perder el tiempo, se puso a lavar el coche para entregárselo limpio a mi tío.

Al entregarle el coche a mi tío, le dijo: —Esta noche habrá una tormenta de arena. La ciudad ya emitió una alerta naranja. Guárdalo en el estacionamiento subterráneo, cierra las ventanas y no salgas hoy por la noche.

Mi tío habló con la recepción del hotel para extender su estancia. Por desgracia, su habitación ya estaba reservada para otros huéspedes, pero el recepcionista le dijo que había una suite disponible en el piso superior. Le explicó que siempre estaba ocupada, pero, por suerte, ahora estaba vacante. Su precio era más alto, pero dijo que estaba dispuesto a negociarlo con el gerente. Según la experiencia de mi tío, en esa situación, cualquier gerente aceptaría un trato con tal de tener mayor ocupación. A veces se preguntaba si en verdad había algún gerente escondido por allí, esperando esas llamadas.

—Después de todo, no es fácil alquilar este tipo de habitaciones —dijo el recepcionista sin prisa por hacer aquella llamada—. El huésped anterior, que era casi permanente, tuvo una mala racha.

—Está bien —dijo mi tío—, siempre y cuando no sea la escena de un crimen. —Su hablar aún reflejaba el vino de la noche anterior.

—No, eso no, pero esa persona sí mató a alguien. Hace muchos años, en su casa, mató a su padre o a su madre. Luego huyó y no pudieron atraparlo durante muchos años. Finalmente, lo denunciaron y cayó en manos de las autoridades.

Mi tío le dijo: —Por supuesto su hotel ganó fama por denunciarlo.

—No, hombre. Por poco nos clausuran. En ese tiempo no teníamos equipo de reconocimiento facial. Él había falsificado sus documentos y no los revisamos con cuidado.

—El asesino vivía en una suite. ¡Qué extravagante!

—¿Cómo crees! Su casa estaba justo al otro lado de la carretera y sólo podía divisar la sala de su casa, el sitio donde años atrás mató a su madre o a su padre, desde la ventana de

esa suite. Cuando lo arrestaron, despotricaba diciendo que él no era el asesino, que había alquilado esa suite para esconderse y esperar la aparición del verdadero asesino.

Esa noche el viento aullaba desde las llanuras del norte de China. Si escuchabas con atención, podías oír el sonido fino y crujiente de cada grano de arena golpear el vidrio de la ventana. En la suite, las ventanas y las cortinas estaban bien cerradas. Mi tío se quedó dormido y poco a poco fue cayendo en diferentes capas de sueño. En uno de sus sueños, se vio escupir tierra amarilla que le corroía el estómago y los intestinos. La cantidad de tierra escupida era tanta que pronto lo sepultó. Pensó en un ataúd y de inmediato un ataúd brotó en su imaginación.

Asustado, seguía escupiendo tierra amarilla como queriendo llenar con ella el ataúd. Poco a poco su respiración se volvió pesada y el aire comenzó a oler a podrido. En el sueño pasaron muchos años y luego la línea del tiempo volvió a la normalidad. Escuchó un fino crujido. Arqueólogos con cepillos sacudían la tierra de las grietas del ataúd, lo abrieron y con sumo cuidado comenzaron a cepillar el cadáver sellado por la tierra amarilla. Sintió el asombro y la precaución que merecía una reliquia invaluable. Tuvo miedo de moverse y decepcionar a aquellos cepillos esmerados. Cuanto más se acercaban a su cuerpo, mayor atención ponían, como si temieran dáñale un pelo por accidente y restarle así valor a aquel descubrimiento.

Al final, el cepillo más experimentado decidió exponer sus pies, esa parte no tan importante del cuerpo, al oxígeno del aire... Justo en ese momento, mi tío despertó en medio del cuarto oscuro. Alguien parado al pie de su cama acomodaba el edredón. El frío de las plantas de sus pies poco a poco se extendió a todo su cuerpo. Sacudió el cuello y gritó:

—¿Quién está allí?

Su padre, sorprendido por el tono de esa pregunta, le dijo:

—¡Soy yo! Mírate, quiero acomodarte tu colcha para cobijarte y tú me respondes así.

—¿Y por qué estás aquí, papá? ¿Cuándo llegaste?

—¿No nos pediste venir a tu madre y a mí? En cuanto colgamos el teléfono, tomamos un tren y llegamos esta noche.

El viento fuera de la ventana se extinguió cual fuego y la habitación se llenó de un penetrante olor a bosque quemado. Mi tío se recuperó un poco de la impresión y oyó un sutil jadeo parecido a los ronquidos de su madre o de cualquier otra madre del mundo.

—No puedes seguir así. Si has tenido dificultades recientemente —le dijo el que se hacía llamar su padre—, no las cargues solo. Tu madre y yo podemos ayudarte. Si te da pena, cuéntamelo sólo a mí. ¿A qué le tienes miedo?

“Te tengo miedo a ti, padre,” pensó mi tío para sus adentros, pues el ambiente era tan oscuro y silencioso que ni siquiera se atrevió a pensar en voz alta.

SOBRE EL AUTOR:

Ji Zhongxian nació en Shandong en 1978 y actualmente reside en Shanghái. Se graduó de la Universidad de Shandong y del Departamento de Sociología de la Universidad de Ciencia y Tecnología de China Oriental. Desde 2003 se desempeña como trabajador social de tiempo completo en Pudong, Shanghái, al tiempo que se dedica a la escritura de novelas y cuentos.

MIEDO

Autor: He Kaixuan

Traducción: David Nazar Coutiño

—Esta vez yo sí que tengo miedo.

Siguieron la vereda de la montaña.

—Siempre dices tener un poco de miedo justo en este lugar.

El camino de la montaña estaba entre un pinar y la cuesta de la colina.

—Siempre he sentido que hay algo aquí. —Señaló ella los pinos oscuros con los dedos—. Siento que aquella cosa puede asomarse de repente —dijo, bajó la mano y abrazó la cintura de su compañero.

—No me quieras asustar. —Sus ojos comenzaron a virar entre la colina y el pinar. La luna se escabulló entre las nubes e iluminó las ramas de la cima de la montaña—. Pronto pasará.

—¿Cómo haremos que pase? Sólo sabes robar perros o vacas... ¡Es lo único que sabes hacer!

Bajo el pinar había un claro donde soplaba la briza de la montaña y alcanzaba los árboles y los arbustos del monte resonando en ellos cual arena en movimiento.

—Esta vez sí que tengo miedo —dijo ella.

Llegaron a la mitad de la vereda entre el bosque de pinos y la colina.

—No me abrases así; me aprietas —dijo él.

La oscuridad de la vereda superaba por mucho la negrura de la noche.

—No tengo el valor de mirar la cima de la montaña.

Él, sin querer, miró el pico del monte.

—¡No! —Ella metió su cabeza en el regazo de él.

—De esta forma harás que me tropiece —dijo él—. Por lo general no eres tan miedosa.

—Pero hoy tengo mucho miedo —su boca emitía sonidos ahogados entre su ropa—. Le tengo pavor a lo que pueda asomarse de repente.

—Siempre dices que hay cosas y luego resulta que no hay nada.

—Esta vez no es igual.

—¿Por qué no es igual? Levántala cabeza. Si no lo haces, no podré seguir caminando. —Él enderezó la cabeza de ella.

—¡No! —gritó ella resistiéndose, como si verdaderamente viera algo.

Aquel grito lo alarmó.

—¡Ay! —Ella abrió los ojos y al instante comenzó a gritar.

—¡Ay! —Él gritó también.

Como era de esperarse, algo saltó desde el pinar, se detuvo a mitad del camino y los miró; un brillo rojizo brotó de sus ojos y se escurrió montaña arriba. Los arbustos susurraron a su paso, “bsssss”.

Él detuvo su andar y sintió escalofríos; la sangre se le subió a la cabeza. “Shhhhh”, vio un brillo azul ante sus ojos.

—No iremos. —Ella se estremeció.

—¡Vamos! —dijo él—. ¡Vamos! —repitió.

—Tengo miedo —dijo ella—. Tengo miedo, como la vez pasada, cuando vinimos a robar.

—La vez pasada no dijiste que tenías miedo.

—La vez pasada justo caminamos hasta aquí —dijo ella y se detuvo abruptamente—. Aquí hay algo.

—¿Qué hay?

—Sale un “bsssss” desde el pinar.

—¿Por qué no lo dijiste la vez pasada?

—Porque sí. Simplemente no te lo dije.

—¡Bueno pues!

Salieron del pinar. Ella no tuvo el valor suficiente para girar la cabeza y echar un vistazo. La clara planicie no la con-

soló como la vez pasada; sólo recordaba la oscuridad del pinar que dejó atrás, donde había algo silencioso que la había estado siguiendo. El silencio era peor que los susurros.

—Regresemos, ¿sí? —insistió. Estaban a unos 200 metros de una choza iluminada.

—¿Qué te pasa hoy! —Él, ya recuperado de la agitación, bajó del hombro el bolso de yute y sacó una enorme red de pesca y otra más pequeña.

—Regresemos, ¿sí?

—Agáchate aquí —como de costumbre, le dio instrucciones a ella, tomó la red de pescar y atravesó el carrizo. Ella divisó brillos en las olas de la presa cercana.

—¡No! —Ella no se agachó.

—¿Por qué! —Él volteó y la miró.

—¡Regresemos! —La luz de la luna caía sobre su rostro e iluminaba con claridad los contornos de todas sus facciones—. Ahora estoy asustada en verdad —dijo implorante.

Se detuvieron un poco. Él ya no le hacía caso; se dio la vuelta y caminó hacia el carrizal mientras la muchacha se colgó de la red.

—Suéltala —dijo él.

—¡Regresemos! Esta vez tengo mucho miedo.

Se oyó ruido de peces saltando del agua.

—¡Joder! —Rápidamente se puso los pantalones para pescar. Al arrastrar la red, arrastró también a la muchacha colgada. Ella no se puso de pie, sino que gateó con la cabeza sumida en el pasto. El olor de carrizo y hierbas, como fresco sople de roció, penetraba en sus fosas nasales.

—¡Regresemos, por favor! —Al respirar aire fresco, ella escuchó los latidos de su corazón, “ding-ding”, y luego, “¡bang!”. Como era de esperarse, sonó un disparo.

—¡Ah! —gritó ella.

—Los he cazado durante varios días —dijo alguien que apareció frente a ellos mientras los iluminaba con dos linternas.

—No es fácil correr con estos pantalones de pesca —añadió otro.

Unos más llegaron corriendo y tambaleándose desde la otra orilla.

—¡Rápido! —Él asomó su cabeza desde el pasto—. ¡Rápido, rápido! —Su pierna atorada y la red de pesca lo arrastraban hacia atrás.

—¡Ah! —Ella estrechó su mano; juntos arrastraron la red y corrieron.

—¡Cómo que no hay nadie! —dijo alguien—. ¡Sal! —Agitaba su linterna—. ¡Miren! —Había huellas de sangre encima del carrizal—. ¿Los perseguimos? —dijeron ellos—. ¡Sí! —Y comenzaron la cacería.

—¡Rápido, corre! —Ahora era ella quien lo arrastraba.

—Tírala . —Él aún arrastraba la red de pesca.

—¡Rápido, corre!

—¡No!

—¡Agáchate! —Él la tumbó en la yerba.

La luz de dos linternas y muchas pisadas cruzaron frente a ellos.

—¡No te muevas!

Él no permitió que ella se moviera.

La luz de las linternas y muchos pasos apresurados regresaron hacia ellos.

—¡Sal!

Su cuerpo entero temblaba.

—¡Sal!

Él presionó su cabeza para que no la levantara.

La luz de linternas iba y venía delante de ellos.

—Te dejaremos vivir para que puedas recordar. La próxima vez... ¡acabaremos contigo! Los perseguidores pasaron gritando frente a ellos y finalmente desistieron.

—¿Duele? —le preguntó ella. Él se arrastraba desde la zanja. El horizonte comenzó a aclararse, un abejaruco cantaba “priurr, riup” encima de las ramas.

—No pasa nada. —Él rechinó los dientes. Esta vez, el rifle le dio en el trasero. La vez pasada le había dado en la pierna.

—Hay mucha sangre. —Ella le quitó el pantalón y vio sangre brotar desde el agujero de la bala.

—Saca las esquiras por favor.

—No tengo con qué. Necesitamos un médico.

—Usa una ramita.

—¡No se puede!

—¡No tengo miedo! Apúrate, empieza ya.

Ella sollozaba, “bujuu”, mientras buscaba una ramita en los alrededores.

—¡Otra vez estás llorando!

—¡No estoy llorando! —Las lágrimas brotaban de sus ojos mientras usaba una varita para drenar la herida de él—. Eso se va a infectar.

—No hay problema. Ponle unas gotas de yodo a la herida y con eso mejorará. —Él abrió la boca y apretó unas yerbas de la zanja entre sus dientes.

—¿Dónde está el yodo!

—¡Si no hay, ponle entonces un poco de tierra!

—¡Ya no vengas! —Ella tomó un puñado de tierra—. Si regresas, ¡te van a matar!

—¡Peces! —Él se tragó la yerba que tenía en la boca.

—¿Cuáles peces! —preguntó ella con tierra en las manos.

—¡Allí! ¡Hay peces en la red! —Había dos pececitos en la red que colgaba de un árbol; dos carpas de un cuarto de kilo se retorcían en de la red—. ¡Mira! —dijo él empapado de sudor—. Mira —repitió mientras respiraba a bocanadas el aire fresco y señalaba los peces con sus brillantes ojos bien abiertos.

SOBRE EL AUTOR:

He Kaixuan vive actualmente en Harbin y ha publicado tres novelas, una colección de cuentos y más de 50 cuentos en varias revistas literarias. También ha publicado cuatro dramas. Obtuvo el Premio Bienal Dayi de Literatura en 2020 por su obra *El lago Xingkai*.

LA LUNA ARQUEADA

Autor: Yuan Bingfa

Traducción: Iván González Arsovska

Estrella cursaba su primer año en la primaria; su maestra acababa de graduarse de la Escuela Normal. Era una señorita joven y hermosa, muy querida por Estrella y sus compañeros.

Un día, la maestra les preguntó a sus alumnos: —¿A qué se parece la luna arqueada?

Los estudiantes respondieron casi al unísono: —¡Se parece a una canoa!

Después de escuchar la respuesta uniforme, la joven maestra dijo alegremente: —¡Así es, bravo!

En ese instante, Estrella alzó la mano desde la primera fila.

La maestra le preguntó: —Estrella, ¿tienes algo que decir?

La niña se puso de pie y sus ojos resplandecientes parpadearon: —Maestra, yo creo que la luna arqueada se parece a una vaina de chícharos.

Después de escuchar a Estrella, la maestra no estaba muy complacida. —Tu respuesta es incorrecta. Todos tus compañeros dicen que la luna encorvada es como una canoa. ¿Por qué dices que se asemeja a una vaina de chícharos? ¿Acaso te consideras especial?

Sus compañeros se rieron por un buen rato y, desde entonces, esa joven y bella maestra dejó de ser del agrado de Estrella.

De regreso a casa, Estrella le contó lo sucedido a su abuela, quien también había sido maestra de primaria. Ésta le res-

pondió: —Estrella, la crítica de la profesora es acertada. Todos los estudiantes a quienes enseñé durante años respondían de igual forma: la luna arqueada se asemeja a una canoa.

Al escuchar las palabras de su abuela, los ojos de Estrella se llenaron de lágrimas.

Después de ese incidente, Estrella comenzó a ahorrarse sus comentarios y no se atrevió a hacerles más “preguntas especiales” a los maestros durante las clases.

Pasaron los años y Estrella fue admitida en la Escuela Normal. Al cabo de unos años, se graduó y regresó a su ciudad natal para ejercer como maestra de primaria.

En su primera clase, la maestra, vestida de manera simple y pulcra, les preguntó a sus alumnos: —Antes de iniciar, les haré una pregunta: ¿A qué se parece la luna arqueada?

Después de un instante de silencio, los estudiantes respondieron casi al unísono: —¡Se parece a una canoa!

La maestra, sin comentar la respuesta de sus alumnos, con sus hermosos ojos resplandecientes recorrió las caras de sus estudiantes.

—¿Alguien tiene otra respuesta? —preguntó.

Una estudiante llamada Flor alzó la mano y respondió: —Maestra, mi respuesta es diferente a la del resto de mis compañeros. Para mí, la luna arqueada se parece a una vaina de chícharos.

Después de escuchar aquella respuesta, Estrella dijo muy complacida: —La respuesta de Flor es correcta. Por supuesto, la respuesta de los otros estudiantes también es acertada. Simplemente quise inspirarlos a explorar su imaginación con valentía. Por ejemplo, además de parecerse a una canoa o una vaina de chícharos, puede asemejarse a una hoz, o incluso a un arco, ¿no es así?

Mientras la escuchaban, sus estudiantes aplaudieron con fervor. Las mejillas de la maestra Estrella reflejaron una sonrisa llena de satisfacción.

Después de muchos años, Estrella, ya jubilada, recibió la primera novela escrita por su alumna Flor, titulada *La luna arqueada*.

Estrella rápidamente abrió el libro. En la primera página bajo el título decía:

*“Para Estrella, la mejor maestra:
¡Gracias por no ahogar la imaginación de mi infancia!
Su estudiante, Flor”*

Después de leer esas palabras, aquella sonrisa de antaño, llena de satisfacción, volvió a relucir en el rostro de Estrella.

SOBRE EL AUTOR:

Yuan Bingfa, miembro de la Asociación de Escritores de China, ha publicado muchas novelas y cuentos cortos, tales como *Cuentos cortos de Yuan Bingfa*, *Luna arqueada*, *En búsqueda de la manzana roja*, entre otros. Algunos cuentos han sido incluidos en libros de texto para universidades en los Estados Unidos y Japón. *El hombre detrás* ganó el Premio Nacional de Novela, el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato en su quinta edición y el Premio de Promoción de Novelas Cortas.

VERGÜENZA

Autor: Chen Peng

Traducción: Antonio Rodríguez Durán

Tres partidos. Por tres partidos consecutivos Pengxiang dio un espectáculo horroroso. La pelota se le escapaba de las manos, se le colaba por entre las piernas, un desastre total. El equipo contrario metía un gol tras otro. Con los once que nos metieron en los tres últimos partidos, instalamos el récord en partidos perdidos en la historia del fútbol callejero amateur de Kunming. Lo único que podría haber salvado al portero de treinta y siete años era o empatar o superar el marcador, pero les juro que ni jugándome la puta vida habría podido meter once goles.

—¡Nos hiciste quedar en ridículo, a nosotros y a todo Huien! —lo insulté.

Él dejó caer la cabeza, como un perro con la cola entre las patas. Ya eran diez años. Diez años desde que él había llegado lleno de vigor y entusiasmo. Diez años de parecer torpedo que ahuyenta cualquier amenaza y ataque a la portería. Diez años de resguardar la portería de Huien.

El siguiente fin de semana metí dos goles en el primer tiempo, pero en el segundo, el contraataque de unos jóvenes que no habíamos visto antes nos dejó empatados. Los dos goles dejaron a Pengxiang mudo, uno fue una patada rastrera y el otro apenas rozó el travesaño. Se veía que el equipo contrario venía preparado; el control que ejercían sobre el medio-campo era férreo. Quince minutos después, le di un pase largo al mediocampista Sun y metió el tercero, pero pronto el

otro equipo empató. Tres a tres. Todavía había tiempo, esto no iba a ser una masacre como el partido anterior. Pero los últimos cinco minutos fueron espeluznantes. Apreté los dientes y una vez tras otra me catapulté hacia el área enemiga, pero fui demasiado lento y logré poco o nada. Sí, así es, adivinaron: Pengxiang hizo otra grandísima cagada. Les tocaba a ellos tiro de esquina. Un niño medio retrasado se había quedado plantado en su posición cuando la pelota se estrelló contra su cabezota y entró silbando en nuestra portería. Pengxiang, que debería haberse quedado quieto y pegado a la línea del arco, salió disparado al área.

Mierda.

Con expresión circunspecta, salió de la cancha y tiró los guantes al piso. Ya ni me quedaban ganas de mentarle la madre.

—Lo siento...

—¿Se puede saber qué mierda te pasa?

Pengxiang no dijo nada.

—Habla pues, los muchachos no te dejarán solo.

Nada.

Había algo, minúsculo como un cabello, que se había roto sin aviso. El Pengxiang de hace diez años era un *crack*, un chico de Hunan lleno de tenacidad y brío que, recién llegado a Kunming, entraba a la cancha y hacía mearse del susto a los delanteros con los gritos que pegaba. Pasaron diez años. Diez años. No hay muchos equipos que aguanten tanto tiempo. Lo digo en serio.

Me saqué el uniforme empapado en sudor y lo tiré al césped. Una aguzanieves saltaba de acá para allá al lado de la línea de banda, dio un par de pasos, revoloteó un poco y después se alzó en vuelo. —No voy a venir la próxima semana, me voy a ausentar por un tiempo.

Nadie dijo nada. No era como que pudiéramos decir: “Vale, no vengas pues. Es más, no vuelvas nunca”. Bao, el mediocampista, reviró:

—Seguro que la próxima semana la rompes. Además, a esta edad, ¿a quién le importa perder o ganar? Carajo, sólo Asesino Li juega como si estuviera en la Liga Europea.

“Obvio,” pensé, “sólo yo juego al nivel de la Liga Europea. ¿Y qué?, ¿es mi culpa?”. Pero no dije nada. No tenía ganas de abrir la boca.

Pengxiang prácticamente desertó. Ninguno de nosotros sabía a dónde se había ido.

Shuiyang lo suplió temporalmente como portero. Y si no podíamos decir que su desempeño en la cancha fuera mejor que el Pengxiang, tampoco sería justo decir que fuera peor. Le ganamos los siguientes tres partidos al otro equipo. La muchachada estaba contenta, pero sentíamos que faltaba algo. Sospechábamos a dónde se había ido, lo raro era que nadie lo sabía a ciencia cierta.

—Cambió de trabajo; se fue a una compañía de seguros —dijo el defensa Jiang.

—Es una compañía de bienes raíces —reviró el carnal Guizi.

—Es de contaduría. Él es contador. Cuando vino a Kunming ya trabajaba en eso —dijo el delantero Benjie.

Esto nos hizo caer en cuenta de lo poco que sabíamos de Pengxiang. Aquel año en el que llegó a Kunming desde Yueyang, Pengxiang en efecto era contador, pero después parece que hizo de todo. Todavía me acuerdo de que había cambiado el pequeño auto Alto, de por sí muy barato, por un Xiali; y luego vendió el Xiali y se compró una moto eléctrica. Después se limitó a usar el transporte público y, cuando no, manejaba desenfrenadamente una motocicleta de segunda mano hasta cualquiera de las canchas, una en Haigeng y la otra por el distrito Hongta. Teníamos la vaga idea de que vivía por la estación de trenes, pero nadie sabía exactamente dónde. Sabíamos muy por encima que ese chico venido de Hunan no tenía familiares en Kunming y nadie le había visto con un amigo. La versión de Bao era la más novedosa. Dijo que Pengxiang había llegado a Kunming porque su novia se había suicidado saltando de un edificio.

—¿Saltó de un edificio? ¿Y por qué no saltó de un edificio en Yueyang y sí en Kunming? —preguntaron.

—Será que la novia era de Kunming —dijo Bao.

—¿Y por qué saltó? —Nadie sabía. Yo no me creía ni una palabra de toda esa sarta de estupideces. Prefería creer que, cuando terminó la universidad, Pengxiang salió a descubrir el mundo y terminó en Kunming, y que su hoja de vida estaba tan limpia como la cancha número cuatro de Hongta.

Casi dos meses después, Pengxiang volvió.

Cabizbajo, entró a la cancha resoplando y jadeando con su mochila azul de siempre al hombro. Lo observamos de arriba a abajo como quien mira un toro. En realidad, lo vimos desde lejos, pues se había afeitado la cabeza, igual a Benjie. Su cráneo pelado relucía bajo la luz del sol.

—Putra madre —escupió Benjie—. No me digas que supiste cómo regresar tú solito.

—Ya estábamos pensando en llamar a la policía —dijo Guizi.

Pengxiang nos contó entre risas que había vuelto a su terruño por un tiempo. Mientras hablaba, caímos en cuenta de que tenía moretones en la cara. También tenía la frente y los pómulos cosidos de cicatrices. Le preguntamos qué había ocurrido sin decirle claramente que no podía entrar a la cancha. Siendo honestos, no podíamos dejarlo jugar con semejante cara. Sentí que se me cerraba la garganta. Era la primera vez que teníamos que lidiar con una situación así en Huien.

—¿Te peleaste con alguien? Carajo, obviamente que te peleaste con alguien —lo increpé. Él no dijo nada.

—O me dices o te vas a la puta mierda.

Pengxiang sacó los guantes y los estrujó entre ambas manos.

—Carajo, ¿qué tiene de raro pelearse con alguien, ah? Sé claro.

—Fue su esposo. Fui a ayudar.

—¿Su esposo?

—Exacto.

—¿El esposo de quién?

Pengxiang entrecerró los ojos. La cancha estaba vacía, el otro equipo no había llegado aún. —Putra vida...

—¡Habla pues!

—Putísima vida.

—¿Quieres que vayamos a buscarlo?

—Por poco y no regreso. Pensé en quedarme en Yueyang y ya.

—¡Que si vamos por él! ¡Contesta!

Pengxiang negó con su refulgente cabeza.

No hablamos por mucho rato. Se podía oír el viento que acariciaba el césped. El cielo estaba de un azul penetrante y las nubes eran tan grandes que asemejaban mundos paralelos. Cuando estuvieron completos los del otro equipo, entraron de dos en dos a la cancha. Pengxiang se obstinó en jugar y no hubo quién pudiera frenarlo. Se paró en la línea de meta y de su garganta brotó un grito que me dejó los oídos zumbando.

Ganamos. Esta vez Pengxiang se consagró en primera y no se dejó hacer ni un gol.

Después volvió a desaparecer, nadie podía contactarlo. Los chicos estaban furiosos. “No aprecias a tus compas, ¿crees que tus compas te van a apreciar a ti?”. Pero parecían decirlo de dientes para afuera, porque cada vez que llegábamos a la cancha, preguntaban si se tenían noticias tuyas. “No, no hay noticias”. Yo estaba profundamente convencido de que volvería. En diez años no había habido un compa que se hubiera ido de Huien para no volver. Ni uno. Semana tras semana lo esperamos, abrazados a una especie de fe, esperamos. Iba a volver. Tenía que. Esperen y verán como vuelve.

Recibí la llamada de Pengxiang una noche de octubre.

Dijo que siempre había tenido mi número. Yo le pregunté dónde mierdas se había metido. Por toda respuesta me dijo que fuera a verlo, que llamara a Sun y a Jiang también. Me dio su dirección en las afueras de Kunming, hacia el norte. Colgué y me quedé inmóvil por diez minutos, de pie y pensando en qué hacer. No llamé ni a Sun ni a Jiang, era inútil. Me apresuré en manejar hasta su casa. Pengxiang me esperaba afuera, la luz de un farol distante se derramaba por la calle.

—¿Sólo viniste tú? —preguntó.

—No me vengas con tu mierda —me limité a contestarle. Después me ofreció un cigarrillo que rechacé.

El lugar era muy apartado, estábamos parados al lado de la entrada de un edificio sin terminar. Justo enfrente nuestro había lo que parecía un conjunto residencial de gente adinerada. Muy pocas de las ventanas en esas casas de tres pisos y peculiar arquitectura estaban iluminadas, exagerando serían cuatro de cada diez. El aire estaba teñido de un ligero regusto amargo. —Fue justo acá, aquella noche —dijo a la vez que apuntaba con un dedo a un negro recodo al que la luz apenas llegaba, orillado a la izquierda.

La acera apenas sobresalía del pavimento.

Las tiendas sembradas a lo largo de la brecha que era la calle eran nuevas.

Ni siquiera había perros.

No me salían las palabras.

—Sale de trabajar a las diez —dijo Pengxiang.

—¿Quién? —pregunté.

—Él.

—¡Ah! —dije—, ¿y ella?

—Volvió a las seis.

No dije nada por un rato. —Deberías haber llamado a Sun y a Jiang —repetió él. Lancé una mirada a la oscuridad y escupí en el piso.

—¿A quién quieres joderle la vida?

Pero Pengxiang no respondió a mi pregunta.

—Dame un cigarrillo.

Me lo alcanzó y después lo prendió. El fuego del encendedor le arrancó un destello tenue a su calva cabeza. Aunque sus heridas ya casi habían cicatrizado por completo, su cara era de una fealdad jurásica. Mierda.

Nos pusimos a hablar de un partidazo de vida o muerte que tuvimos hace años en la cancha número cinco de Hai-geng. Creo que yo lo traje a colación, sí, pienso que tuve que ser yo.

—Metiste tres goles en una sentada y la rescataste tres veces. Pero en el segundo tiempo nos hicieron cuatro. Allí lle-

gaste tú, Asesino Li, al último minuto a zanjar de un tajo el partido. Cuatro a cuatro. Mierda. Eso sí que es tener el corazón en la boca del estómago.

Sentí un brusco coletazo de emoción que descarté, no sin esfuerzo, al tirar la colilla del cigarrillo.

—Y cuando nos fuimos a penales..., mierda... Tú tapaste dos.

—Tres, fueron tres.

—¿Tres?

—¡Tres! —repentinamente, Pengxiang parecía agitado—. El diez, el diecinueve y el veintisiete: tres. Me acuerdo perfectamente.

—Sí, claro, entraron dos.

—El primero fue una pelota rastrera, no me tuve ni que mover para atajarla. La segunda la mandó a la izquierda, yo me la jugué y también me lancé a la izquierda. La tercera fue suerte. Apenas la elevó ..., ¡y otra vez a la izquierda, carajo! Volé y apenas la rocé con los dedos para que el palo se encargara de sacarla.

—Los muchachos y yo nos enloquecimos, nos lanzamos a abrazarte y te aplastamos contra el césped.

—Es verdad, terminé con la cara embadurnada con las babas apestosas de Jiang.

—Todavía recuerdo que esa mañana el aire de Haigeng estaba impregnado de olor a tierra, también olía a pasto, a rocío, a eucalipto.

Claro que todos nos acordábamos. ¿Cómo olvidarse? Pengxiang y yo soltamos una risotada.

La oscuridad engullía los alrededores. Sólo se avizoraba una lucecilla que se filtraba por la caseta de la portería. Estaba vacía. Diez años del grito de guerra del clásico en Huien. Ya eran diez años, casi exactos. Vencimos al adversario en los penales, lo que nos hizo ascender al cuarto puesto del abierto dominical metropolitano. El partido era más impresionante que el de Camp Nou de Barcelona. —¿No pensaste en algún momento que podíamos perder?

Pengxiang negó con la cabeza.

—Yo estaba putamente seguro de que tú ibas a empatarlo. Solté una breve carcajada.

—Cuando atajaste el penal fue un espectáculo.

—No me sentía presionado, ni un poquito.

—Cuando no metieron el primero yo tampoco estaba demasiado preocupado, sabía que podíamos ganar.

—Así mismo. Yo me sabía capaz de atajarla. Dos, tres veces... las que hiciera falta.

—Y la última que atajaste, ¿Estás seguro de que era el veintisiete?

—Sí, segurísimo.

En ese instante vimos a un hombre que venía por la intersección. No era muy alto y su contextura robusta contrastaba con sus hombros encogidos. Vestía de traje y zapatos de cuero cuyas suelas resonaban en toda la calle.

Nos dedicamos a observarlo sin decir palabra.

El hombre pasó de largo y entró al conjunto de casas. Invisibilizados por la penumbra, por supuesto que no reparó en nosotros. Pengxiang limpió sus zapatos contra el pavimento, de la misma manera en la que lo hacía antes de lanzarse por la pelota en la cancha. Oímos a un perro ladrar en la lejanía. La luz en la ventana de alguna casa se encendió.

Separé mi mano de la suya y entonces me di cuenta de que su apretón era fuerte.

—Eres el mejor portero de toda Kunming —le dije—. Y lo serás por siempre, carajo.

—¿De veras lo crees? —Su voz de repente se tornó rasposa, parecía atragantada por el llanto y al mismo tiempo no. Era toda una alucinación mía, yo creo. Nunca nos habíamos reunido tan tarde en la noche, menos los dos solos.

—¿Vienes el próximo sábado?

Pengxiang no dijo nada.

—El sábado es una batalla importante. Ven, hermanito. Por fin dijo:

—¿En Haigeng o en Hongta?

—Cancha número diez, en Hongta.

—Por los próximos diez años —dijo Pengxiang.

—Sí, claro que sí. Por los próximos diez años. Yo te acompaño.

Fijamos los ojos en la luz amarillenta y no musitamos palabra por un largo rato. —¿Vamos? —Pengxiang frotó la cicatriz desleída de su frente y dijo:

—Sí, vámonos ya.

SOBRE EL AUTOR:

Chen Peng (1993) nació en la provincia septentrional de Heilongjiang. Es miembro e investigador del Instituto Literario Lu Xun No. 17. Empezó a escribir novelas a los diecisiete años y recientemente ha publicado en diversas revistas literarias del porte de *Octubre* y *Literatura de Beijing*. Ha publicado cuentos y novelas. Fue galardonado con el Premio Octubre de Literatura.

LA ISLA

Autora: Fei Yu

Traducción: Antonio Rodríguez Durán

Una isla. En definitiva, eso era una isla desierta.

El infrecuente intruso que había llegado a pisar la isla seguramente habría visto la serpiente, no más ancha que el borde de un tazón de arroz, colgando de un árbol con su larga lengua bífida asomada entre los colmillos. Estaban además los animales salvajes.

Min aborrecía aquella ciudad y sus extravagantes maneras de ocultar los hechos y tergiversar la realidad. Aborrecía a esa gente que, con siniestras intenciones, empleaba cada instante de sus días en valorar la utilidad de otros sólo para ser también valorada por esos mismos otros, y con las mismas diabólicas y deplorables intenciones. Albergando un impulso suicida se embarcó en dirección a aquella isla desierta, dispuesto a que lo devorara la serpiente y que las bestias royeran sus huesos. “Después de todo”, pensó, “morir es mejor que este tormento que no me deja vivir tranquilo, pero tampoco morir en paz”.

Cuando Min llegó a la isla y vio los bosques reverdecidos, los arroyos cristalinos, los pájaros que trinaban y las bestias que corrían libres, sintió una alegría salvaje asentarse en su corazón.

Pasaron tres meses cuando un día Min empezó a sentirse solo. A pesar de llevar una relación amigable y armoniosa con los animales y pájaros de la isla, les era imposible comunicarse a través de una lengua mutuamente inteligible, y a Min le

hormigueaba el corazón de ganas de hablar con alguien que lo entendiera. Así, dejó su isla y convenció a una mujer para que regresara con él a la isla desierta. La vida en pareja prometía infinidad de cosas de las que hablar y muchas otras que merecían un oído atento.

No aguantaron mucho. La infinidad de cosas se volvió finita y repetitiva, y el oído dejó de prestar atención, consumido por el aburrimiento. ¿Cómo sobrellevar la monotonía sin tener un hijo? Así, tuvieron un hijo varón, un niño fuerte y sano como un pequeño jaguar.

Cada día su hijo estaba más grande. Correteaba desnudo por entre los árboles del bosque, rápido como una ráfaga de viento y ágil como un simio trepaba ramas y troncos. La mujer de Min temía que el niño se convirtiera en un salvaje. Pero, ¿cómo impedirlo?, se preguntaba. A este niño hay que civilizarlo.

Para hacerse cargo de la educación del infante, llegó un profesor a la isla invitado por Min y su mujer. El profesor se dedicó con esmero y paciencia a hacer del niño un ser civilizado, competente y sensible al conocimiento y a los buenos modales. El primogénito de Min fue perdiendo gradualmente el vigor para corretear hasta que devino en un chico cultivado y refinado. Al cumplir dieciocho años, el hijo de Min advirtió que debía casarse, él también quería en su vida el gozo del amor.

La quinta persona en llegar a la isla fue una bella muchacha de buen corazón que se convirtió en la esposa del hijo de Min. Trajo consigo a sus padres y a su hermano menor. Min y su esposa se juntaban a comer con sus consuegros y con ellos pasaban las horas conversando o bien hablando sobre sus respectivos hijos.

Los esporádicos conflictos que surgían usualmente venían de parte del profesor. El hijo pequeño de los consuegros de Min le había faltado el respeto y, como si no le bastara, también había fabricado desagradables habladurías que lo calumniaban. Esto llevó a una tarde de acaloradas discusiones entre Min y sus consuegros en la que nadie le hizo caso a na-

die. Puesto que, con excepción del profesor, no había un tercero que fuera lo suficientemente imparcial para zanjar el asunto, pasaron todos varios días sin dirigirse la palabra y lanzándose miradas asesinas.

Min creía impostergable establecer su autoridad en la isla, por lo que el noveno ciudadano fue un abogado judicial que no sólo ayudó a Min a zanjar sus diferencias con los consuegros, sino que elaboró un tratado de convivencia que lo convertía en el regente de la isla entera, confiriéndole la más alta autoridad entre todos los habitantes. Los encargados de supervisar la justa ejecución del tratado fueron dos procuradores y tres soldados, cuya labor consistía en garantizar que los procuradores hicieran su trabajo. Min sabía que no se puede contar con unos sin tener a los otros.

Después de que el tratado entrara en vigor, se hicieron evidentes y numerosas sus muchas imperfecciones. En el proceso de subsanarlas afloraron nuevas profesiones. El hijo de Min era el candidato ideal para hacerse responsable de transportar a los ciudadanos hasta la isla. Su esposa, ahora convertida en secretaria, lo ayudaba a registrar qué empleos se hacían necesarios cada día y a cuántas personas era necesario emplear para suplir la demanda de los isleños. Cocineros, nodrizas, chamanes, detectives, psiquiatras, agentes de finanzas, choferes, obreros, fabricantes, mendigos, banqueros... cada dos horas surgía la necesidad de una nueva profesión.

Min fue testigo de cómo cada vez más y más personas llegaban bajo su ala, como día con día lo reverenciaban por las mañanas. Saberlos dóciles y con oídos abiertos a sus enseñanzas lo embargaba de felicidad y satisfacción.

El hijo de Min monopolizó toda la economía de la isla. La gente lo veía ahora como un magnate que no era ni siquiera capaz de contar todo su dinero, mucho menos iba a saber en qué gastarlo. A decir verdad, lo único que sabía hacer el hijo de Min con el dinero era ganar más. Su padre era el regente de la isla, era apenas lógico que fuera él quien administrara los recursos económicos. Pero el hijo era incapaz de tolerar que otros saquearan su capital, por lo que levantó prostíbulos, casas

de apuestas, salones de belleza y negocios de vestir. Seguro así todos los que se habían llenado las manos con sus ganancias volverían, bien portaditos a devolverle lo que le habían quitado.

Cada día, Min contemplaba, el pecho henchido de orgullo, los cambios y variaciones de la isla desde su punto más alto, el tejado de la casa de gobierno. Todo esto era fruto de su trabajo y esfuerzo. Él era el fundador de esta isla, su rey supremo.

El bosque ya había sido talado prácticamente en su totalidad. Había que producir papel. Había que construir todo tipo de viviendas que necesitaban madera. Cuando no hubo más bosque, Min ordenó que se plantara pasto. Cuando la caza mermó la población de pájaros y bestias, Min ordenó la apresurada construcción de un zoológico para cuidar de los animales que aún no habían escapado.

El golpe de estado pareció hervir de la noche a la mañana. La gente decía que Min estaba viejo, que tenía que abdicar, que su hijo era un perezoso, un vividor y un libertino, un despojo de ser humano que, sabiéndose inmune a cualquier consecuencia, se había dado a la tarea de tiranizar con mano de hierro la isla y de sumir la economía en un caos extremo.

A pesar de que se sofocó a tiempo, el fallido golpe de estado estragó la tranquilidad de Min. Desconocía el paradero de aquellos que envidiaban a escondidas su poder y codiciaban el dinero de su hijo. Se devanaba los sesos pensando en cuándo llegaría el momento en el que volverían a intentar derrocarlo, o incluso a asesinarlo a él y a su familia, o a secuestrar a sus nietos. La ansiedad de Min sólo recrudeció con el tiempo, plagando sus días de desconfianzas, paranoias y preocupaciones de toda índole. El doctor de mayor prestigio en la isla aseveró que Min sufría de depresión clínica y que debía irse a un lugar tranquilo para aquietar su corazón por tres meses. De lo contrario, posiblemente no le quedaría mucho más que un año de vida.

Min siguió el consejo del doctor y dejó un documento que investía de poder y autoridad absoluta a su hijo, quien se hizo cargo de todos los asuntos en la isla.

Min abordó una pequeña barca y dejó la isla de madrugada. Sus subordinados habían ya hallado una isla donde cuidaría de su salud, en soledad.

Cuando la barca estuvo bien lejos de la orilla, Min volteó la vista atrás y vio eso, que alguna vez fue una isla desierta, ahora era toda una bella y moderna ciudad.

SOBRE LA AUTORA:

Fei Yu (1973) es una escritora oriunda de la provincia de Henan. Su cuento *La Isla* recibió el Premio al mejor microrrelato a nivel nacional en el 2006. Ha sido nominada en diversas ocasiones al Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato. Obtuvo el primer premio de dicho concurso en su cuarta edición.

ESCAPE DEL DESIERTO

Autor: Shen Hong

Traducción: Antonio Rodríguez Durán

Los cuatro tenían un brillo siniestro en los ojos y su mirada estaba siempre clavada en la cantimplora que me colgaba del pecho. Por ello mantenía aferrada con firmeza la correa de la cantimplora; temía que, si llegaba a relajar los dedos, me la arrebatarían a la fuerza.

Este desierto dominado por un silencio sepulcral nos confrontaba unos a otros. La primera confrontación se había dado hoy por la tarde.

Sus rostros apegaminados y sus labios cuarteados me embargaban de una desesperación que me orillaba a querer entregarles la cantimplora y luego... Pero no, no podía dárseles bajo ninguna circunstancia.

Quince días atrás habíamos llevado a cabo una investigación *in situ* de las costumbres y tradiciones de los pueblos de la Ruta de la Seda bajo la guía del profesor Zhao. Sin embargo, al séptimo día, sin saber cómo nos habíamos perdido, no nos quedó de otra que continuar nuestro errar por aquel desolado desierto que se extendía ante nuestros ojos. Aquellas dunas, sofocantes y abrasadoras, habían consumido todas nuestras fuerzas. Agotadas las provisiones, a lo que en realidad le teníamos pavor era a deshidratarnos. ¿Quién no sabe que sin agua en un desierto sólo nos queda esperar a desplomarnos, muertos?

Antes de perder el norte, cada uno tenía una cantimplora rebosante de agua y, una vez que nos supimos extraviados, el

profesor Zhao recaudó todas las cantimploras para así dosificar el consumo de agua. Pero ayer por la noche, el profesor había fallecido.

Antes de morir, se descolgó del cuello la última cantimplora que quedaba y me la entregó.

—Sus vidas depende de esta cantimplora —me dijo—. Si quieren salir con vida, tienen que resistir hasta que sea absolutamente necesario beber de ella. No la abras por ningún motivo. Aguanten, confío en que podrán salir.

Ellos fijaban su mirada ausente en la cantimplora que reposaba contra mi pecho.

No tenía idea de cuándo saldríamos del desierto. La cantimplora era nuestra última esperanza. Resolví no dejarla desatendida ni por un segundo. Pero ¿y si me la quitaban por la fuerza? Viendo el desaliento que doraba su semblante sentí el pavor apoderarse de mi corazón. Haciendo un esfuerzo inhumano por mantener la calma quise preguntarles:

—¿Ustedes...?

—¡Sólo un sorbo! —Meng Hai, cuyo rostro estaba ya tapiado de una tupida barba, me interrumpió con impaciencia—. ¡Danos la cantimplora de una buena vez! —dijo esto y empezó a aproximármeme; atrás de él había tres más.

Ya estaba, se iban a matar por la cantimplora..., no me atrevía a imaginar qué estaba por ocurrir una vez que me la arrebataran. Sin pensarlo, me tiré de rodillas.

—¡Les ruego no hagan esto! ¡Piensen en las palabras del profesor Zhao!

Se detuvieron y uno a uno bajaron la cabeza.

Continué con mi perorata:

—Ninguno de nosotros sabe cuándo podremos salir de aquí y el agua de esta cantimplora es toda la que nos queda. Sólo en una situación de vida o muerte debemos abrirla. Está por anochecer, quedarán dos horas de sol. Yo digo que hagamos un esfuerzo y apretemos el paso. Confíen en mí, apenas anochezca les dejaré beber a cada uno un poco.

Lentamente encaramos el tortuoso camino que teníamos por delante. El día se había acabado y se nos venía encima el

ocaso. Y después del ocaso, la profunda noche. Mañana tal vez..., maldición, sólo nos queda rendirnos a nuestra suerte.

El interminable desierto se asemejaba a la palma extendida del Buda. No importaba cuánto caminaras, nunca podías avistar su final. Ganamos una duna idéntica a las anteriores y al otro lado nos esperaba el atardecer.

Meng Hai, que iba hasta el frente, paró en seco y dio media vuelta, muy lentamente. El atardecer que colgaba del cielo poco a poco extendía sus carmesíes y bermejos de herida sangrante. Era un espectáculo sublime. Bajo el rojo ocaso me confrontaron nuevamente y esta vez se trataba de un enfrentamiento de vida o muerte. Supe que no había escapatoria, no tenía de otra que entregársela. Sentí una desesperación total electrizar me el corazón, pero, cuando ya me estaba descolgando la cantimplora, escuché un ligero murmullo a la distancia.

—¡Escuchen! ¿No oyen eso?

Todos concentraron lo que les quedaba de energías en oír con la mayor atención posible. Parecía que aquel murmullo venía de atrás de una duna a nuestra izquierda. Sonaba el correr de agua. Me remeció la emoción.

—Puede que sea un oasis, ¡vamos!

Y efectivamente, tras la duna, había un oasis. Mis compañeros se precipitaron, delirantes, hacia el ojo de agua.

El sol se ocultó por el Oeste. A la otra orilla del agua había un palmeral de rebosantes verdes y perfumadas florecitas lo vadeaban a lo largo de la ribera. Meng Hai y los demás se tumbaron en medio de los matorrales, una sonrisa de alivio pintada en la cara. Quizás ya se había olvidado de la cantimplora que me colgaba del cuello. Sentí que la desolación me invadía. Los congregué a mi alrededor y les dije:

—Tengo algo que confesar. ¿Saben por qué me empeciné en no dejarles beber de la cantimplora? Porque está vacía, no tiene una gota de agua. Está rellena de arena —Me la descolgué, desenrosqué la tapa, le di la vuelta y dejé que un hilo de fina arena corriera por mis dedos.

Mis compañeros estaban pasmados.

Les dediqué una mirada severa.

—Desde ayer por la tarde nos quedamos sin agua. Pero el profesor Zhao no quiso decírnoslo, pues temía que perdiéramos las fuerzas para seguir. Así que se colgó una cantimplora y nos hizo creer que aún quedaba algo de agua. Para que no advirtiéramos que estaba vacía, la rellenó de arena a hurtadillas. Cómo sabía que estaba pronto a morir (hacía días que no bebía nada), el profesor decidió repartir su ración personal de agua con nosotros. Me lo confesó antes de morir y me hizo prometerle que no les diría nada, que usaría la cantimplora rellena de arena como incentivo moral para poder salir con vida de aquí. “En caso de que yo no pueda continuar, tú tendrás que guiar al resto fuera del desierto...”

No pude seguir hablando, todos se habían abandonado a un llanto descontrolado. Cuando volteamos la vista y fijamos la mirada en aquel prolongado camino que se extendía más allá del silencio de las dunas, supimos cómo salir de aquel maldito desierto...

SOBRE EL AUTOR:

Shen Hong (1959) es el jefe editor del *Huzhou Vespertino*. Ha publicado la colección de relatos *Impresiones de un primer amor*. Le fue otorgado el Premio Literario al Mejor Microrrelato en 1990 por *Salir del desierto*.

MI ABUELO EL CRISTIANO

Autor: Zheng Xiaolü

Traducción: José Antonio Cervera

Todavía recuerdo al abuelo aquel año en que llegó a la aldea, con una mano apoyada en el bastón que había comprado unos años antes cuando fue a quemar incienso en la montaña Nan-yue y una boquilla para cigarrillos en la otra. Llevaba un gorro de fieltro y una larga barba de chivo. Era realmente una buena barba, tan blanca que parecía amarilla; cuando se enojaba, temblaba y entonces las emociones brotaban de su cara. Mi tío cargaba la gran mochila de cuero falso del abuelo, llena de castañas, tabaco, un estuche para gafas, algunas prendas de ropa gastada y, en el lugar más visible, una vieja Biblia. Aquel año mis padres habían salido de la aldea para trabajar y mi abuelo llegó para cuidarme.

No comía sangre de cerdo y se negaba a matar, diciendo que esa era la voluntad de Dios. Rezaba todos los días antes y después de comer y de dormir. Delante de Dios, recordaba el nombre de cada miembro de la familia, rezaba a los santos, les daba la paz. “¡Amén, gracias a Dios!” entonaba al final, prolongando el cántico. Toda la familia odiaba esas prácticas. Esos campesinos no habían oído hablar de Cristo en su vida. Se sentían confundidos ante las repentinas creencias religiosas del abuelo; muchas veces lo molestaban y se mofaban de él. No tenían ni idea de dónde está Jerusalén, ni conocían la historia de cómo Dios creó el mundo. Creen en los chamanes, el Señor de la Tierra, el Inmortal Lugong, el Emperador de Jade,

la Guanyin;¹ todos estos seres forman parte de sus creencias espirituales. Para ellos, un bodhisattva eficaz es aquel que cumple todas tus peticiones y a quien puedes rezarle para pedir riqueza y seguridad. Ese Jesús, ¿qué clase de espíritu es?

El abuelo predijo que en 1999 llegaría el fin del mundo. En ese tiempo, el cielo se desplomaría en lluvias torrenciales, todo el planeta quedaría inundado, Dios sólo salvaría a las personas que creían en Él, todos los demás morirían ahogados en el diluvio. Compadeciéndose de los hombres, movía la cabeza repetidamente, suspirando por nuestra actitud obstinada. El año 1999 terminó sosegadamente. Cuando llegó el primer amanecer del nuevo siglo, la profecía del abuelo se convirtió en una gran broma en boca de todos.

Después de que el abuelo se convirtió a Cristo, quemó *El romance de la dinastía Tang*, *El romance de los tres reinos*, *Viaje al Oeste* y otros libros.² Nunca volvió a leer ese tipo de obras, ni siquiera las mencionaba, no hacía más que hablar de Jehová todo el día. “Si alguien te golpea en la mejilla izquierda, preséntale también la derecha”. Tan pronto como te sentabas a su lado, comenzaba con su sermón. Yo no sabía de qué hablaba, pero tampoco sus hijos entendían nada. Pensaban que probablemente el abuelo se había dañado el cerebro al leer aquel libro. Nadie sabe qué día ocurrió. En una feria, alguien le regaló una Biblia, alguien que quizá había dejado de creer en Cristo. Después de leerla, se obsesionó. Desde aquel momento cambió radicalmente.

Desde que empezó a creer en Cristo, el abuelo dejó de ofrecer incienso y ofrendas a los antepasados; ya no quemaba papel los días 1 y 15 de cada mes. “El espíritu más grande de este mundo es Dios, yo sólo creo en Dios, ya no creo en ningún otro”. Era muy terco. Sus hijos se enojaron, porque actuar así significaba que tampoco reconocía a la abuela, quien había muerto hacía muchos años. Le escondieron su Biblia, que

¹ Deidades o personajes míticos presentes en el budismo, el taoísmo o las religiones populares chinas.

² Obras clásicas de la literatura china.

para él era un tesoro. Cuando rezaba, hacían ruido a propósito. Los miembros de la familia se turnaban para hacer un trabajo ideológico, porque para ellos lo principal era que dejara de creer, cualquier otra cosa era secundaria. El abuelo pronto se sintió acosado, como en un asedio, luchando solo. Todo a su alrededor eran quejas y acusaciones. El abuelo soportaba todo esto en silencio, manteniéndose en sus ideas sin importarle los demás. Cada día rezaba piadosamente antes de comer y de dormir, pedía a Dios por su ingrata familia, rogaba a Dios que perdonara sus pecados.

Habló con la persona de mayor edad de la aldea sobre Dios y sobre cuestiones relacionadas con la Biblia. Todos los ancianos se burlaban en su cara. No refutaban sus argumentos, se limitaban a interrumpirlo hablando de cuestiones tales como la República de China, la Reforma Agraria, la Revolución... Ellos pensaban que de esos temas sí se podía hablar. El abuelo se reunía con ellos con alegría, pero al volver se quedaba en silencio. Lo intentó varias veces, hasta que ya no quiso volver a platicar con sus amigos. “Ellos no entienden, no son parte del pueblo de Dios, cuando se mueran no irán al Cielo”, así hablaba de la gente.

Un anochecer de finales de primavera anunció su ayuno. A la hora de la cena dijo: —Voy a ayunar durante tres días.

Yo no creí que fuera a dejar de comer durante tres días enteros. Durante el primer día, por supuesto, cumplió su promesa; en el segundo día, aún se mantuvo en su propósito; el tercer día... ¡todavía aguantó! Aún puedo recordar aquellos tres largos días. Hizo sus pasos lo más cortos que pudo. El primer día no necesitó apoyarse en ningún objeto. Al día siguiente, al caminar tenía que apoyarse en una mesa, un taburete, la pared... Sus pasos eran suaves, como si en cualquier momento fuera a flotar hacia el cielo. Su rostro estaba cada vez más gris, como si no llegara ni rastro de sangre a la cara. Llegué a estar realmente preocupado de que pudiera morir en cualquier momento. Cociné una sopa de arroz y le pregunté si se la comería. Delicadamente sacudió la mano. Insoportablemente hambriento, se limitó a beber agua. Con una gran

cuchara, la sorbió gorgoteando. Después se sentó en silencio y rezó. Al llegar el tercer día, ya no podía caminar. Estaba allí sentado, como un bodhisattva, totalmente inmóvil. Rezaba todo el tiempo. Estaba inmerso en otro mundo, su voz se oía cada vez menos, como el zumbido de un mosquito. Lavé una manzana y le pregunté si quería. Levantó su mirada hacia mí como con un poco de culpa. Por la noche se despertó hambriento, yo lo escuché caminar vacilante hasta la sala para beber agua. Se inclinaba y se acariciaba el estómago con la mano. Aquella noche no volvió a quedarse dormido, no hacía más que dar vueltas en la cama. Fuera de la casa, ya cercano el amanecer, el zumbido de los insectos se iba deteniendo, el perro negro dejó de ladrar, sólo el ratón de la viga seguía royendo la madera. Había bebido demasiada agua, su estómago a ratos hacía ruidos. Por la mañana me desperté escuchando sus oraciones. Toda su cara tenía un color ceniciento. Las cuencas de sus ojos estaban profundamente hundidas. Pero su espíritu estaba mucho mejor.

—¿Hoy puedes comer? —le pregunté.

—Hiérveme un poco de sopa de arroz —me dijo débilmente.

En el invierno de aquel año, mis padres volvieron a casa. El abuelo había terminado el propósito que lo había llevado allí: cuidarme. No pasó el Año Nuevo con nosotros y regresó a su pueblo. Pasaron tres o cuatro años. El abuelo nunca volvió a mi casa. Durante ese tiempo casi nada cambió en el mundo. Todas sus predicciones fallaban, convirtiéndose para todos en un chiste a la hora del té y en la comida. Parecía seguir susurrando nuevas profecías. Sus hijos lo reprendían sólo por atreverse a murmurar en soledad. Todo a su alrededor eran obstáculos, nadie apoyaba su fe. Ni uno solo compartía sus creencias religiosas. Nunca había visto una iglesia, ni había tocado una cruz. No se había bautizado y nunca se había confesado con un sacerdote... Me temo que era el creyente más solitario del mundo.

En el verano del segundo año sufrió un derrame cerebral. Toda la familia fue a visitarlo, pensando que moriría pronto.

Los hijos y los nietos abarrotaban la habitación, no cabía nadie más. Lo iban saludando uno a uno. Acostado en un catre quiso levantarse apoyándose en el bastón, pero su pierna no le respondió. Se sentó allí, sollozando amargamente. Cuando alguien lo llamaba, lloraba: “Hijo mío... ¡que Dios te bendiga!”.

Todos pensaban que, cuando el verano se estuviera acercando a su fin, su enfermedad le impediría levantarse, pero sorprendentemente, mejoró. Aunque se tambaleaba, podía dar unos pasos apoyado en su bastón. Él se sintió bendecido por Dios, un ser al que había que temerle y venerarlo.

Aunque la embolia no lo mató, su salud física se deterioró bastante y sus ánimos decayeron mucho. La luz de sus ojos se atenuó gradualmente y fue reemplazada por una mirada nebulosa. Su ámbito de vida se redujo de manera considerable; ya no podía ir a ningún sitio excepto al patio. Un día, lo vi sentado en el umbral de la puerta raspando con una daga una costra de sangre en su pantorrilla. La herida sangraba con un color rojo oscuro, parecía como si derramara escamas de pescado. —¡Me pica, me pica, no puedo soportarlo! —decía. El remedio era claramente perjudicial. Sus hijos tuvieron la idea de comprarle medicamentos, pero él se negaba a tomarlos. —Yo tengo el consuelo de Dios —Tan pronto como habló, ellos empezaron a enfadarse—. Dios, Dios, Dios, ¡pues que Dios te ayude!

Me tomé un tiempo para ir a visitarlo. Estaba sentado en una pequeña banca cerca de la puerta. Aunque era abril, todavía llevaba ropa de invierno. Tenía puesto un gorro de algodón y cabeceaba. La luz del sol de primavera resplandecía por encima de él, brillaban los agujeros quemados de sus pantalones de algodón, brillaban sus muslos, que se veían a través de los agujeros, brillaba el resto de la dignidad que quedaba en su rostro... Me sentí triste por un momento. Mi abuelo era ya lo suficientemente mayor como para no darse cuenta de quién era yo.

En el Año Nuevo chino de ese año, fui a su casa para tomarle una foto. La habitación se llenó del bullicio de los hijos, nietos y otros parientes. Él permanecía en silencio en el cuar-

to de al lado, inclinando la cabeza, como si fuera un extraño y no conociera a nadie. Le tomé la foto sentado en un banco apoyado contra la pared, se veía que ya no tenía energía, miraba la cámara confundido. El brillo de sus ojos había desaparecido. Le resultaba difícil enfocar la mirada; me veía como a un extraño.

Después de tomar la foto, lo ayudé a salir por la puerta para tomar un poco el sol. —Dame agua —me suplicó tristemente. Le pelé dos mandarinas dulces; las recogió tembloroso. Después de comer continuaba diciendo: —Dame agua.

El sol del invierno impactaba sobre su cara lívida, su barba blanca estaba cubierta de restos de mandarina, sus pupilas se habían vuelto verde grisáceas, ya no había luz en ellas. Aquel hombre que un día me había dicho que podía ver la luz de Dios se estaba marchitando. Ya no me hablaba de la Biblia, de su boca salían susurros inaudibles. Después de buscar en toda la casa, no encontré aquella Biblia, escuché que la habían vendido como basura. Él ya no necesitaba a Dios. —Dame agua —suplicaba una y otra vez. Miré al abuelo con tristeza.

Unas dos semanas después, la foto que le tomé nos fue muy útil. Aquella noche recibí una llamada de mi padre y me dijo que el abuelo se estaba muriendo. El tránsito fue tranquilo. La noche anterior ya no cenó. Murió por la noche, sin dolor, a la edad de 90 años. Salí de la ciudad corriendo, pero ya no pude despedirme de él. Coloqué una Biblia recién comprada en el ataúd. Ya nadie se la quitaría.

Mi abuelo se llamaba Liu Hongfu. Cuando tenía tres años, murió su madre. Le tocó vivir la época de los señores de la guerra, los dos períodos de colaboración entre el partido nacionalista y el comunista, la Guerra de Resistencia contra Japón, la Guerra de Liberación, las campañas políticas, la gran hambruna, el Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural, el sistema de contrato rural de tierras, la planificación familiar y la reforma, y apertura...³ Durante décadas estuvo rodeado

³ Importantes acontecimientos históricos en China durante el siglo xx.

de soledad, y finalmente murió solo. Este anciano que nunca entró en una iglesia, ni vio una cruz, que nunca se bautizó, ¿realmente podrá estar junto a Dios? El día del entierro, las flores del durazno ya habían florecido, la lluvia de primavera caía suavemente, era como si el universo entero llorara por él.

SOBRE EL AUTOR:

Zheng Peng, con seudónimo Zheng Xiaolü, nacido en Longhui, Hunan, en 1986, es autor de novelas tales como *Rimas infantiles de 1921*, *Los niños no son adecuados*, *El rey de las hormigas*, *La hija desaparecida*, entre otras. También es autor de artículos periodísticos. Ha ganado numerosos premios literarios, tales como el Premio Literario de Shanghái, el Premio Mao Zedong de Literatura, el Premio Zijin de Novela Corta Popular, el Premio de Literatura y Arte de Nanhai. Algunas de sus novelas han sido traducidas a otros idiomas. Da clases de escritura creativa en la Universidad Renmin de China.

BAJO LA LUZ DE LA LUNA

Autora: Dong Xiaqingqing

Traducción: Liliana Marcos y Liljana Arsovska

En una larga noche de otoño, el coronel Xuan, maestro del batallón, contó una historia. Afuera de la ventana, una delgada capa de nieve fresca brillaba cual cristal. Nosotros, mirando hacia la oscuridad del horizonte y las sombras de las montañas distantes, nos calentábamos en el cuarto. Ésta es su historia:

“Una noche en el año 1988, yo tenía siete años cuando mi abuelo, quien trabajaba en la oficina de agricultura del distrito tibetano de Longnan, dijo en la mesa del comedor que al retirarse le dejaría el puesto a mi tío.

“Mi tío nació con problemas en las piernas y aún no estaba casado. La única manera de proveerle un futuro era asegurarle un tazón de hierro, es decir, un puesto en el gobierno.

“Mi padre guardó silencio largo rato antes de hablar. Finalmente, hizo dos preguntas.

“—Entre los hermanos de esta familia —dijo—, ¿quién ha contribuido más? ¿Y qué me toca a mí?

“Regresamos a casa. Después de permanecer sentados unos instantes, mi padre nos mandó a empacar nuestras pertenencias.

“Cuando mi madre me cargó para descolgar una cola de yak de la pared, mi padre me golpeó. —No nos vamos a llevar nada de lo que nos dieron —dijo.

“Esa noche mi padre, con el baúl en andas y muchos bolsos en las manos, nos llevó a mí y a mi madre lejos del pueblo.

“Transcurrieron muchos días y noches en el camino antes de que yo comprendiera por fin todo.

“Nos llevó al monte Altay en Xinjiang.

“Llegamos a Altay y nos acomodamos en un cuartito de tierra que la comuna popular nos prestó. Cada que llovía, el piso de tierra se convertía en un lodazal. Afuera de nuestro cuarto crecían flores con botones del tamaño de un cuenco de arroz.

“Mientras los otros chicos del salón realizaban trabajo físico dos veces por semana, yo faltaba a clases para acompañar a mi madre al mercado desde la madrugada y esperaba a que el capataz eligiera a los que iban a trabajar como jornaleros ese día.

“Por mucho, mi madre sólo podía aspirar a trabajar como cocinera en un campo de construcción, mezclar cemento o pisar algodón. Yo era bueno para desgranar maíz o recoger remolacha. Y si tomaba menos agua o me limpiaba menos el sudor, podía incluso estar de regreso para las dos últimas clases.

“Algunas personas del pueblo venían a buscarnos. Decían que querían ayudarnos, pero mi padre los ahuyentaba con unas cuantas palabras corteses y, cuando se habían ido, nos decía que aquéllos sólo venían a aprovecharse de nosotros.

“—¡Si hasta tus padres te cobran las deudas!, ¿crees que los demás no lo harán? —exclamó.

“Un día mi madre y yo recibimos la paga del día y compramos algo de comida en un puesto de fideos. De repente, escuché a alguien correr y gritar en dirección nuestra: —¡Vayan rápido a la clínica local! —Mi padre había alquilado un tractor para mover grava desde el río, pero éste se volteó y le hizo un gran hoyo en el estómago. Luego, él mismo recogió sus vísceras y corrió solo hacia la clínica. En el camino se desmayó, alguien lo encontró y lo llevó al hospital. Cuando despertó, lo primero que hizo fue regañarnos por no ir primero a ver al tractor. —¿Qué hacen aquí? —preguntó.

“Una tarde la maestra del salón me retuvo para conversar. Le expliqué que mi papá apenas se estaba recuperando y que yo debía salir a trabajar con mi madre. Le prometí que, cuan-

do mi padre regresara al trabajo, yo podría concentrarme en el estudio y no me quedaría dormido en clase. La maestra me dijo que ya había hablado con mi madre y habían acordado que yo me quedaría en casa de la maestra por unos días para recuperar las clases perdidas.

“Ese día en mi vida fue oro puro.

“Recuerdo que cierta noche abrí un libro con la sensación de satisfacción de un estómago lleno. Veía las palabras una y otra vez, hasta que me empecé a marear y a tener sueño. Entre dormido y despierto, vi de frente a una chica con un vestido de perlas amarillas que brillaban y parpadeaban cual escamas. Asomó la cara y yo sentí la brisa del movimiento de sus largas pestañas. Durante más de un año la había visto en clases y, al igual que el resto de los compañeros, ‘me escondía’, pues era la hija de la maestra. Ahora, la vi por primera vez con los ojos cerrados.

“Mi madre sentía agradecimiento hacia la familia de la maestra. Mi padre creía firmemente que esas buenas intenciones traían cola.

“Después del examen de ingreso a la universidad, me registré como voluntario en la escuela militar. Ella me siguió y se registró en una universidad cercana.

“En esos años, mis padres se mudaron a una casa en Korla, donde mi padre fue el encargado de mantener la casa vacacional de un funcionario.

“Los de ella se mudaron a Urumchi con la esperanza de que ella regresara a esa ciudad a trabajar.

“Desde antes de graduarme, supe que me asignarían a trabajar en el sur de Xinjiang y le mencioné la posibilidad de separarnos.

“Ella, como era su costumbre cuando algo no le parecía, simplemente se rehusaba a escuchar. Resultó más persistente de lo que me imaginaba.

“En una ocasión durante segundo año en el sur de Xinjiang, cuando se aproximaba la Fiesta de la Primavera, no contestó su celular. Llamé a su madre, es decir, a mi maestra de primaria y tampoco contestó. Que una novia de pronto

deje de contestar el celular no es nada raro en los cuarteles. Mis camaradas de armas solían decir: —Cuando la chica te quiere dejar, ¿acaso te tiene que avisar?

“Una tarde, el secretario del batallón entró corriendo y me pidió contestar una llamada en la oficina. Una compañera de la primaria me dijo que ella y su madre habían tenido un accidente. El comandante le ordenó al caballerango que me ayudara a bajar del monte. Abracé con fuerza el cuello del caballo para cortar el viento. Caía una tormenta de nieve y el cielo se debatía entre lo claro y lo oscuro. En cierto punto, el camino desapareció. El rostro del jinete se crispó detrás del protector y su voz resonó.

—¡Ya no hay camino, jefe!

“Desmonté y tomé mi morral. —Empújame para bajar —le dije y me hincué en la nieve mostrándole mi espalda al caballerango. El jinete trató de empujarme y, al no lograrlo, le dio una patada a la mochila que cargaba en la espalda. Rodé casi diez metros, me detuve y vi a lo lejos al jinete y aquellos dos caballos rojos. Guiado por la luz de algunos campamentos dispersos entre la nieve, seguí caminando. El frío arreció y mi piel comenzó a congelarse; a tronarse dura y gruesa. La espesa nieve lo cubría todo; lo único que podía oír era el “cas cas” de mis pasos arrastrándose en la nieve. Entonces, mi pierna se atoró en un hoyó lleno de lodo...

“Medio mes después, me hospedé en una casa de estancia del ejército mientras esperaba el camión de víveres para subir con mi batallón.

“Un grupo de trabajo que se hospedaba en el mismo lugar estaba lidiando con una disputa amorosa entre un oficial del ejército y una mujer local. Cierta noche, mientras fumaba en el patio del edificio, un miembro del grupo de trabajo se me acercó y me pidió un cigarrillo. Se lo di y le ofrecí fuego para encenderlo. Mientras fumábamos los dos en cuclillas, nos pusimos a conversar.

“Me dijo que aquel oficial de la división de recursos humanos era diligente, humilde y acataba las reglas; su compor-

tamiento era ejemplar. Durante dos años tuvo una novia que todos conocían en ese lugar. Sin embargo, desde finales del año pasado, él había comenzado a pedir dinero prestado a todo mundo. Dijo que su novia tenía una enfermedad terminal y que quería atenderse en Beijing. Al principio, todos sentían simpatía por él; incluso promovieron una iniciativa para recaudar fondos. Después de dos meses, comenzó a sobregirar su salario, pedía préstamos a usureros locales firmando recibos de deuda. Alguien lo denunció y comenzaron a investigarlo.

“No hace mucho, fueron a Beijing para investigar a la supuesta novia. Descubrieron que la mujer se había operado del apéndice y nada más. Tenía 35 años, pero le había dicho al joven que tenía 27. De inmediato admitió el engaño frente al equipo de investigación, pero los 400 000 yuanes que el joven le dio ya se habían esfumado.

“El equipo de investigación le informó al oficial la situación. Le sugirieron pedir la cooperación del ministerio público del sitio donde estaba registrada aquella mujer y, si quería buscar justicia y recuperar pérdidas, podía demandarla por fraude.

“—¿Y después? —le pregunté al oficial del equipo de investigación.

“—¡Qué después ni que nada! Aquél es un idiota —respondió—. El implicado dijo que no le interesaba el dinero y nos pidió suspender la investigación. Además, dijo que, aunque lo hubiera engañado, hubo sentimientos reales de por medio que bien habían valido la pena.

“Pellizqué el cigarrillo y recordé haber visto la cara de aquel pobre muchacho en el pasillo. No había insatisfacción en su cara, ni siquiera una pizca de arrepentimiento.

“Solía pensar que la gente como yo no podía hacer el mal. Crecí pobre, pero tuve la suerte de encontrar un tazón de hierro y cumplir así el sueño de mi padre. ¿De dónde sacaría yo fuerzas y recursos para lastimar a otros?

“Pero entonces, me di cuenta de que incluso alguien que piensa que no tiene nada que perder por ‘no confiar’ puede

caer en un abismo aún más profundo. Aquel fatídico día luché en la nieve y corrí de regreso al lugar donde crecimos juntos, pero el funeral había terminado. Su padre me dijo que ellas querían esperarme, pero no lo lograron.

“Ese año, una meseta muy elevada quedó bajo la jurisdicción del sur de Xinjiang. El oficial burlado y feliz solicitó su traslado a esa nueva unidad. El dinero que les debía a sus camaradas y a los prestamistas se deducía cada mes de su salario”.

*Los amantes al menos un día se reunirán,
Mas los pétalos marchitos no saben cuándo al suelo retornarán.
En todos mis sueños estás y no estás,
Dudas infinitas colman mi vacío y ya no puedo más.*

Éste es un poema que publicó el coronel Xuan en sus redes sociales en la noche de la fiesta de los enamorados. Dejé algunas expresiones de aliento y de inmediato me envió un mensaje donde me preguntaba cómo estaba. Le dije que miraba la luna desde la torre de vigilancia; le tomé una foto a la luna y se la mandé.

A los dos minutos me respondió con dos versos.

*...Que me dé un corazón nuevo esta luna.
Que sangre nueva y turbia se mezclen en una.*

SOBRE LA AUTORA:

Dong Xiaqingqing nació en Beijing en 1987. Se graduó en el Departamento de Literatura de la Academia de Artes del Ejército Popular de Liberación. Es miembro de la Asociación de Escritores Chinos y miembro de la Asociación de Escritores de Beijing. Entre su vasta y muy premiada creación literaria destacan: *El pasado de los hutong*, *Noche bendita*, *El poni rebelde*, *Año tras año abundan los peces*.

EL INVIERNO ANUNCIA LA PRIMAVERA

Autor: Xu Zechen

Traducción: Liljana Arsovska

A medida que las personas envejecen, su perspectiva sobre la vida y la muerte cambia. Después de los 70 años, mi abuela de repente se apasionó por la muerte. Durante los últimos 20 años no pensaba en eso y cada día era un regalo de la vida. Todos los días vivía feliz y muy ocupada evitando a toda costa la inactividad. El pronóstico de una enfermedad terminal fue el responsable de su cambio de actitud ante la vida. Cuando tenía 50 años, el médico le encontró una sombra sospechosa en el pulmón. Después de interminables exámenes en diferentes hospitales, el diagnóstico era el mismo. Era invierno y la Fiesta de la Primavera¹ se acercaba. Los médicos les dijeron: —Vayan a casa y hagan los preparativos necesarios. No pasa de este año.

En aquel entonces, China todavía estaba en la tonta y sombría década de 1970. Las palabras del médico eran tan autoritarias como las máximas del Gran Timonel.² Después de llorar a moco tendido, la familia juntó todo su dinero, incluso pidió prestado, y fue a probar en otro hospital. Era un hospital militar ubicado en una gran ciudad a orillas del mar, apenas a 50 km de casa, pero para una mujer del campo cuya vida trascurría dentro de 5 km a la redonda de su hogar, aque-

¹ La Fiesta de la Primavera marca el inicio del Año Nuevo chino.

² Se refiere a Mao Zedong, fundador de la República Popular de China, quien falleció en 1976.

llo era básicamente el fin del mundo. Por primera vez en su vida, mi abuela vio una gran ciudad, llena de edificios, automóviles, y personas que usaban zapatos de cuero negro. Sintió que valía la pena morir después de haber llegado al fin del mundo. Estaba lista. Sin embargo, después de los exámenes, el médico dijo: —Puesto que no tiene malestar evidente, aún no le toca. Llévensela a casa y dejen que viva bien hasta que le llegue su turno.

Como si regresara de las puertas del infierno, la abuela, relajada y llena de ganas de vivir, decidió hacerles caso a las palabras de ese último médico. Así vivió hasta los 70 años. En ese entonces, aún gozaba de buena salud, como si jamás fuera asechada por la sombra de la muerte. De repente comenzó a hablar sobre ella. En aquel tiempo, yo estudiaba la preparatoria y luego la universidad fuera de casa; sólo volvía durante las vacaciones. Cuando regresaba a casa, mi abuela solía contarme quién había muerto, cuándo y dónde, cual si tuviera en su poder el libro del registro civil. Ella era analfabeta, por lo que, más que la lógica y la abstracción, los espíritus y los fantasmas eran sus referencias de la muerte. Si había una ráfaga de viento, decía que alguien se había muerto; si una nube negra tapaba el sol, alguien se enfermaría; si una estrella recorría el firmamento y desaparecía, deberían de prepararse en la casa de fulano... Durante unas vacaciones de verano, mi abuela, sentada en una silla de mimbre, comenzó a temblar de frío. —Esta vez se irán varios juntos —dijo con gran certeza.

De hecho, las personas mayores a menudo se citan para morir juntas: acababan de enterrar a uno de 75 y otro de 74 lo siguió. Los muertos parecían eslabones de una cadena. Antes no me fijaba en ello, pero, cuando mi abuela comenzó a hablar de la muerte de manera muy insistente a los setenta y tantos, me di cuenta de que, en el campo, la muerte en verdad era una plaga. —¿Ves cómo arrecia el viento en el callejón? —decía refiriéndose a las pocas personas que quedaban para detener las ráfagas de viento que avasallaban sin escrúpulos. Después de los 70, mi abuela comenzó a fumar y a beber. Antes vivía una vida vigorosa y cada día era como el Año Nuevo

chino, ahora cada día parecía un año entero. Aunque aún se mantenía ocupada todo el tiempo, su ritmo disminuyó de modo significativo. Ahora daba más pasos para llegar del pasillo a la cocina; cuando se sentaba en su silla de mimbre, le costaba levantarse. Aquella silla significaba mucho para ella, por lo que se limpiaba y reparaba con frecuencia. Sentada en su silla de mimbre, fumando lentamente, con la mirada extraviada a lo lejos, me contaba las muertes del pueblo, las que ya habían sucedido, las que estaban en proceso y las que estaban por suceder.

Ahora, cuando pienso en mi abuela, la primera imagen que me viene a la mente es ella sentada en su silla de mimbre y fumando. Era pequeña y delgada, y con la edad llegó a tener cuerpecito de niña. Aquella silla de mimbre le quedaba muy grande; recargaba un brazo en la silla y con la otra sostenía el cigarrillo. Cuando se quitaba la dentadura postiza para fumar, toda su cara se encogía. Excepto en el invierno, siempre había un matamoscas colgado en la silla de mimbre. Después de cada dos fumadas, venía un golpe con el matamoscas, que a veces mataba muchas moscas y mosquitos, y a veces nada. Así fue durante otros 20 años; mientras ella hablaba con ansias sobre la muerte, otros morían. La abuela vivió otros 20 años entre narraciones y cuentos sobre la muerte.

Cuando se acercó a los 90 años, comenzó con episodios de confusión temporal. Solía olvidar a quienes no veía por más de quince días y, aunque yo, su único y adorado nieto, era la excepción, una vez no reconoció mi voz en el teléfono. Desde Beijing, separados por montes y ríos, le dije muchas palabras cariñosas. Al colgar el teléfono le dijo a mi tía: —Un hombre me acaba de hablar y me dijo que tomara más agua y comiera bien, ¿quién sería?

Había otro cambio importante: la abuela ya no hablaba de la muerte, aunque los cigarrillos seguían humeando y el vino se consumía. Pasaba más y más tiempo sentada en la silla de mimbre agitando el matamoscas de vez en cuando. Cada vez hablaba menos y la muerte de nuevo era un asunto trivial.

Debido a la confusión intermitente, solíamos considerar su silencio como síntoma de su enfermedad. Al verla sentada tranquilamente en la silla de mimbre, no nos atrevíamos a molestarla y sólo le hablábamos cuando ella quería. Comenzó a hablar con gran alegría sobre las festividades del calendario lunar. Me gustaba hablar con ella sobre esos temas alegres. Fiestas locales, festividades extranjeras, fiestas extrañas, los veinticuatro períodos del calendario lunar, de todo esto yo sabía un poco. De niño, cuando aún no sabía leer, recitaba de memoria los cánticos dedicados a los 24 períodos lunares y las labores del campo. Ellos conformaban los primeros conocimientos de la mayoría de los niños de familias de intelectuales que vivían en áreas rurales. Con el fin de la niñez, después de alejarte de la tierra que te vio nacer, lo único que te unía con tu hogar era recitar de memoria aquellos poemas sobre los períodos del calendario lunar. Cuando hablaba de eso, mi abuela parecía retroceder 20 años en el tiempo y, cuando hablaba de vivencias personales, retrocedía incluso 40 años. En tal fiesta de tal año, algo sucedió; en otra fiesta de otro año, algo más pasó. Usó sus pocos días de cordura mental para recordar las fiestas y festividades de sus 90 años de vida.

—Sólo quiero vivir el Año Nuevo —dijo un día la abuela.

Recordé los vaticinios de aquellos médicos, “no pasará del Año Nuevo”, y dije: —Eso es el pasado, abuela.

—Ya no pienso en eso. Da igual si paso el año.

Había vestigios de triunfo en la voz de mi abuela, pero aún le daba gran importancia al Festival de la Primavera; de hecho, demasiada importancia. En su calendario personal, las cosas más importantes de su vida ocurrieron en ese día frío, helado, pues durante el Año Nuevo chino, las familias siempre se reúnen; esta encrucijada entre dos años es el fin y el inicio de muchas cosas.

La abuela murió el día del solsticio de invierno: hizo todo para dejar el mundo ese día. Por supuesto, sólo días después llegamos a esa conclusión.

¿Acaso éramos supersticiosos? ¿Podía la abuela decidir el día de su muerte? Por muy escépticos, tuvimos que admitir

que, desde el día en que decidió dejar de comer, comenzó a contar con los dedos. Medio mes antes del solsticio de invierno, mi abuela se levantó de su silla de mimbre, cayó sobre las escales del corredor y se rompió el tobillo derecho. Eso, incluso para un hombre de 90 años era grave, pero mi abuela ni siquiera se inmutó. En los cinco años anteriores, debido a una necrosis en la cabeza femoral, la abuela tuvo dos operaciones: primero, implante de fémur izquierdo y luego del derecho. Con prótesis a cada lado de la cadera, siguió caminando con muletas.

Las fracturas de tobillo no son de cuidado, pero requieren cien días de reposo. El tratamiento consiste en aplicar emplastes, yeso, férulas y mucho descanso. La abuela era delgada, por lo que el médico recomendó suplementos alimenticios para reducir la inflamación, fortalecer el organismo y facilitar la recuperación. Esa sugerencia fue buena. Durante varios días recibió tratamientos intravenosos en el hospital y, al regresar a casa, de repente decidió no comer más. Fue su decisión. Siempre tuvo sus propias ideas y difícilmente cambiaba de opinión. Al principio, tomaba caldo de arroz y, dos días después, dejó el arroz y sólo bebía sopas líquidas o leche. Pronto dejó esto también y sólo se humedecía los labios con agua. Era diciembre y hacía frío. Acostada en la cama no se dejaba cobijar. Sacó las manos, las cruzó, cerró los ojos y lentamente movía los dedos. No hablaba, sólo contaba con los dedos una y otra vez. Darle agua o alguna medicina ya era imposible; incluso acomodarle la almohada era un lío. Sin comer, sin medicinas, contaba los dedos con los ojos cerrados, hasta que un día dejó de hacerlo y sólo abría los ojos de vez en cuando. Dejó de hablar y, a excepción de la flema ocasional que pasaba por su garganta, no emitía sonido alguno.

Temprano por la mañana, aún acostado en mi cama en Beijing, mi madre me llamó y dijo que mi abuela estaba cerca del fin, pues su frente se había aplanado. La muerte en mi pueblo tiene sus propias reglas y expresiones, por eso el aplanamiento de la frente indicaba que el final estaba cerca. Me apresuré al aeropuerto y regresé a casa. Mi abuela, acostada en la cama,

me miró y luego volvió a cerrar los ojos. Jamás sabré si vio por última vez a su nieto, porque ya no dijo ni una palabra más.

Lo que siguió fue una larga y cruel espera: larga, porque era interminable, y cruel, porque nos hizo sufrir. Sabes que está muriendo, sabes que no hay forma de ayudarla y ves cómo su vida se desvanece de su cuerpo. Esa espera es mortal. Pasó un día, pasó una noche, pasó otro día y, por la noche, la abuela ya estaba inconsciente. Sabes que sufre, pero debes dejarla ir. Primero el brazo dejó de moverse, luego la pierna; cuando la abuela ocasionalmente movía el cuello, el abuelo de 93 años pasó por última vez junto a su mujer y luego se encerró en su habitación para vivir su tristeza y revivir las memorias. Antes nos dijo: —Esperará hasta las 12.

A la medianoche en punto, comienza un nuevo día. La abuela dejó de moverse alrededor de las 12. Esa fue la noche más larga de mi vida.

Y sí lo fue... Ese día, el solsticio de invierno, el sol golpeó el Trópico de Capricornio y el hemisferio norte vio el día más corto y la noche más larga de todo el año. En el norte de China era el primero de los nueve días más fríos del año... “Mañana hará más frío que hoy”.

Interrumpimos el silencio con llanto. El abuelo salió de su habitación. —Elegió un buen día para morir —dijo.

¿Cómo lo supo mi abuelo? Vivieron juntos durante 70 años. Dijo que ese día comería raviolos y quemaría papel para sus antepasados. Recordé que, en el solsticio de invierno, siempre comíamos raviolos y visitábamos las tumbas, pero jamás había oído tanta solemnidad en la voz del abuelo.

Enterramos a mi abuela y me puse a revisar el calendario: en este día, “yin alcanza el límite y yang nace”. En la antigüedad, este día era el punto de partida del nuevo año y del cálculo de los 24 períodos del año. Sólo la Fiesta de la Primavera precede este día en importancia. La gente suele decir: “el solsticio de invierno es como el comienzo del año, el invierno anuncia la primavera”.

La abuela pasó el año, alcanzó el invierno y cumplió su ciclo. Descansa, abuelita, entre los espíritus celestiales.

SOBRE EL AUTOR:

Xu Zechen nació en Donghai, provincia Jiangsu, en 1987. En 2000, se graduó de la Escuela de Lengua y Literatura China de la Universidad Normal de Nanjing y tiene una Maestría en Artes por el Departamento de Chino de la Universidad de Beijing. Entre la vasta obra literaria de este joven escritor multigalardonado destacan: *Hacia el Norte*, *Jerusalem*, *El portón de la medianoche*, *Tren nocturno*, *Sobreviviendo en Beijing*, *Ciudad pequeña*.

LA PELEA

Autor: Ah Yi

Traducción: Liljana Arsovska

Ese 1º de mayo, Día del Trabajo, hacía un calor insoportable. A las cuatro de la tarde, al salir de la casa de mi madre en la calle Guilin, el sol chamuscaba mis brazos. Pensé en cruzar el parque e ir al *KFC* del centro de la ciudad para tomar una taza de café. Por ser un día feriado, muchos niños que jugaban en el parque comenzaron a regresar a sus casas. Mientras caminaba por la vereda del parque, vi a dos muchachos pelear al costado del camino. Rodaban llenos de polvo, ora con la vista hacia el suelo, ora con la vista hacia el cielo. Los jalé tres veces hasta lograr separarlos. Se levantaron y se pararon a una distancia de más de un metro. Sus pechos se hinchaban y se encogían.

—¿Cuál es el problema? —les pregunté.

El chaparrito, señalando a su oponente, dijo: —Me quitó un yuan y no me lo quiere devolver. —Me di cuenta de que el oponente le sacaba una cabeza de altura. Tenía cabellos cortos y parados, una cara redonda y pecas debajo de los ojos. Su piel era blanca, pero una blancura distinta a la de los rostros de los niños bien nutridos. Ese día llevaba puesta una camiseta arrugada de manga corta. Por su ropa, era evidente que no venía de una familia adinerada. Su oponente, llamémosle el espigado, estaba aún más amolado. En ese día tan caluroso, el espigado llevaba una gruesa chamarra marrón con cremallera que le cubría la mitad de sus muslos. A todas luces era la chamarra de un adulto. Debajo traía una camiseta fea. Segura-

mente sufrió mucho antes de salir de casa. Si hubiera tenido cualquier otra opción, no habría usado ese atuendo. Su cabello era largo y estaba sucio, parecía un nido alborotado tras aquella pelea. Su rostro era de color rojo oscuro. Bajó las manos y dijo:

—Tú me lo diste.

—¿Cuándo te lo di?

—A las 12 de la tarde.

—Quería que me lo guardaras.

—No. Dijiste que me lo dabas.

—¿Cuándo dije eso?

—Lo dijiste a los 12 de la tarde.

Repetían lo mismo una y otra vez, como cuando se repite la misma jugada en el tablero de ajedrez. El chaparrito, evidentemente furioso por la jugarreta de su oponente, subía cada vez más el tono de su voz. El espigado, mirando el suelo, no cedía, aunque ya estaba algo intimidado. Su mano derecha parecía apretar con fuerza aquel billete en el bolsillo. Pensé que podía resolver aquel conflicto. Saqué cinco yuanes de mi billetera, toqué el brazo del espigado y le dije: —Si te doy cinco yuanes, ¿le devolverás su yuan? Les daré cinco yuanes a cada uno si dejan de pelear.

El espigado me ignoró. Pude sentir que su desinterés no era ni actuado ni provenía de la pena. El chaparrito, sin mostrar la más mínima ilusión ante mis cinco yuanes, gruñó: —¡Me lo devuelves! —Fue entonces cuando supe que no era el dinero, sino la confianza el centro de la discusión.

En este mundo hay ciertas cosas complicadas. Creo que a las doce en punto de ese día, el chaparrito, al no tener bolsillos en su pantalón, le dio su yuan al espigado y le dijo:

—Toma... (me lo guardas).

—Te lo doy. —Entendió el espigado.

Seguramente eran cuates y hoy, uno de ellos, al descubrir “qué tipo de persona era su amigo”, experimentó una profunda decepción.

Aún recuerdo cuando rompí sin querer la taza de un buen amigo en la escuela. Se enojó y exigió que se la pagara frente

a todos. Conmocionado, le escribí una carta a mi hermano mayor, quien estudiaba en una universidad de Shandong, y le conté mi pena.

Puse de nuevo los cinco yuanes en mi billetera y le dije al espigado: —Ese yuan es suyo. Aunque te lo hubiera dado, tiene el derecho de recuperarlo.

Sin responderme, el espigado siguió repitiendo: —Lo dijiste a las 12 de la tarde...

Después de un tiempo, la discusión terminó. Dos chicas mironas se acercaron para recoger un billete verde, arrugado y enrollado, y se lo dieron al chaparrito. No supe a qué hora el espigado había tirado el billete al suelo, simplemente no me percaté.

SOBRE EL AUTOR:

Ah Yi, cuyo nombre es Ai Guozhu, nació en Ruichang, Jiangxi en 1976 y se graduó de la Academia de Policía de su ciudad. Ha trabajado como oficial de policía y como editor de revistas de deporte y de literatura. Entre sus creaciones literarias, traducidas a muchos idiomas, destacan: *Una pizca de maldad* y *Modelo de juventud*.

EL AVE FÉNIX

Autora: Qiao Ye

Traducción: Liljana Arsovska

“Si plantas un sicomoro, vendrá un fénix dorado”. Xiaoya siempre pensó que ese dicho eran puros cuentos. Tenía ocho años y nunca vio un ave fénix en el árbol del patio.

—Oye, no seas tonta. No lo ves porque no hay nada que ver —dijo Xiaoying.

—¿Y por qué existe tal dicho?

—No más —dijo Xiaoying—. Si fuera cierto, ¿por qué entonces nadie lo ha visto?

Xiaoya y Xiaoying solían jugar bajo el árbol, pues era un lugar divertido para ello. En verano, las espesas hojas verdes daban una sombra inigualable y debajo era muy fresco. En otoño, las hojas caídas susurraban debajo de los pies. En invierno, aquel árbol desnudo aparentaba aburrimiento, pero al caer la nieve todo era diferente. Parecía que alguien amontonaba los copos de nieve con sumo cuidado y el cielo azul encima de aquellas hileras blancas se veía simplemente hermoso.

Por supuesto que la primavera era el período más anhelado. A fines de primavera, el árbol se cubría de flores de color púrpura claro, que parecían trompetas en miniatura. Eliges una flor al azar, lames su capullo y la boca se te llena de un dulzor suave.

¿Pero qué hay del fénix?

Decían que era sólo un dicho, pero Xiaoya simplemente no lo creía. Su temperamento era muy particular. Pensaba que siempre tenía la razón y, en este caso, si no la tenía, ¿por

qué entonces existía aquel dicho? Abundan las historias y las pinturas del ave fénix. Por cierto, el ave fénix tiene un buen compañero llamado dragón. Dragón y fénix, ¡qué bien sueñan juntos! Xiaoying y su hermanito eran justo gemelos, como dragón y fénix.

—Cuando no hay un dragón, dos aves fénix pueden resultar una buena compañía. El dragón y el fénix se complementan; y si no hay un dragón, pues ni modo —dijo Xiaoying con gran certeza.

En una noche profunda y borrascosa, Xiaoya no podía dormir. De repente pensó: “¿Y qué tal si el ave fénix no quiere que la vean y sólo aparece de noche?”. Se puso ropa, corrió las cortinas y miró en silencio. Miró hasta que sus pupilas se agotaron, pero nada. Al amanecer, estornudó repetidas veces, tuvo fiebre y no fue a la escuela durante varios días.

Cuando regresó a la escuela, había una maestra substituta que, de plano, no parecía maestra. Llevaba coleta alta en la nuca, jugaba con los alumnos, les contaba historias, cantaba y jugaba a la pelota. Cuando caminaba y miraba hacia atrás, su coleta, como una pequeña nube oscura, se mecía de un lado a otro. “Si tuviera una hermana mayor,” pensó, “quisiera que fuera como ella”. Buscó una oportunidad y charló con la maestra:

—¿Existe el ave fénix, maestra?

—¿Por qué preguntas?

Xiaoya se sintió cómoda con ella. Esta maestra, en lugar de decir “no” a la primera, le preguntó por qué el interés. ¡Qué agradable maestra!

Con lujo de detalle le contó todo. La maestra la miró con sus ojos brillantes, sonrió y acarició su cabeza.

—¿Sí existe, maestra? —insistió la niña.

—¿Puedes guardar secretos?

—Sí, por supuesto.

—Sí existe, mi niña —asintió la maestra.

Por un momento, el corazón de Xiaoya, cual mil urracas, “fiu fiu”, salió volando de su pecho.

—¿Y lo ha visto usted?

—Sí, claro.

—¿Cómo es?

La maestra se mordió el labio y reflexionó: —Sus alas son enormes; brilla y puede volar lejos.

—¿Es grande entonces?

—Muuuy grande.

—¿Más grande que mi árbol?

—Mucho más grande.

—¿No cabe en un sicomoro?

—Por supuesto que no.

—¿Es más grande que un pueblo?

—Es incluso más grande que una montaña.

—Entonces, ¿sólo puedes verlo cuando estás lejos de la montaña?

—Sí, sólo puedes divisarlo cuando estás parada en lo plano, lejos de la montaña.

—Oh —suspiró la niña—. ¿Y si nunca lo logro ver?

—Para verlo tienes que estudiar mucho, ir a la secundaria de la ciudad, luego estudiar en la preparatoria del condado y después ir a la universidad de la provincia o tal vez a Beijing, Shanghai... Después, definitivamente lo verás.

—¡Oh! —Xiaoya asintió con fuerza.

Con nadie compartió ese secreto. Era buena estudiante y, después de esa conversación, se esmeró aún más. Sin embargo, entre más avanzaba, tenía menos compañeras en la escuela y se sentía muy sola. Cuando entró a la preparatoria, de plano ninguna compañera de la aldea la siguió.

—¿De qué sirve estudiar cuando eres una niña? Y si logras entrar a la universidad, necesitas más dinero y al final tienes que buscar trabajo por tu cuenta. Entre más pronto comienzas a trabajar, mejor —le aconsejaba la madre de Xiaoying a la madre de Xiaoya.

La madre intentó persuadirla, pero la niña se resistió con todas sus fuerzas. Finalmente, las niñas fueron juntas al condado, una a estudiar y la otra a trabajar de mesera en un restaurante.

En ese ambiente extraño, sin ningún conocido, las muchachas se reunían todas las semanas para charlar, sólo que

sus conversaciones eran cada vez más distantes. Xiaoya hablaba de sus tareas, los exámenes, los compañeros de clase, sus maestros. Xiaoying hablaba sobre su salario, los maquillajes, el jefe, los clientes. A veces regresaban juntas a su pueblo y los aldeanos las comparaban sin querer. “La gente se distingue por su ropa y los caballos por su silla de montar,” decían. Xiaoying, arreglada y muy peinada; la otra, de plano una campesina cualquiera.

En el segundo año, Xiaoying se fue a la capital de la provincia para ganar más dinero. Un año después, Xiaoya también fue a la capital para entrar a la universidad. Las dos se encontraron de nuevo, pero ya no tenían ningún tema en común. Sin embargo, eran paisanas después de todo: tú me traes algo, yo te llevo algo; y siguieron manteniendo contacto. Una vez, Xiaoya fue al dormitorio de Xiaoying a buscarla. Cuando llegó, llamó a la puerta por un largo rato antes de que Xiaoying respondiera. Se asomó a medio vestir y no la dejó entrar a la habitación. Cuando la puerta se cerró, Xiaoya escuchó la voz de un hombre: —¡Joder!, ¡que ganas de chingar! ¡Nunca más volveré a buscarte!

Más tarde, Xiaoya supo que Xiaoying ejercía el oficio que llamaban “fénix de pabellón”.

Después de unos años, Xiaoya fue a Beijing para estudiar una maestría y un doctorado. Luego se quedó en Beijing a trabajar y con frecuencia viajaba al extranjero. La primera vez que se subió a un avión fue un vuelo de Air China. Al ver el gigante fénix rojo en el logo del avión, Xiaoya recordó su árbol en la casa vieja y se quedó sin palabras.

Con el tiempo, Xiaoya estaba cada vez más ocupada y rara vez volvía a su pueblo. Cada vez que regresaba, era noticia en todos los alrededores. Muchas personas iban a su casa al saber de su llegada. Si les preguntaban a dónde iban, ellos respondían: —Vamos a ver a nuestro verdadero fénix.

Era la misma joven de siempre, que le servía té a la gente con una sonrisa y palabras cálidas. De vez en cuando escuchaba sonar la campana de la escuela y miraba en esa dirección. Frente a ella se aparecía la maestra sustituta, como una

hermana mayor, y recordaba cómo se movía su alta cola de caballo.

SOBRE LA AUTORA:

Qiao Ye, nacida en el condado de Xiuwu, provincia de Henan, es vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Henan y miembro de la Asociación de Escritores de China. Ganadora de muchos premios literarios, como el Premio Yu Dafu de Narrativa, el Premio Lu Xun de Literatura, el Premio Du Fu, entre otros, y traducida a muchas lenguas, Qiao Ye ha escrito un sinnúmero de novelas y relatos cortos, tales como: *Confesión de una culpa*, *El diario de una demolición*, *Perla tibetana*, *Por un poco de calor*, *Afasia*.

ZHUANGZI

Autor: Nie Xinsen

Traducción: Liljana Arsovska

La Universidad de Jiangnan es una institución antigua y prestigiosa, y el Departamento de Literatura China es su joya. Eso se debe a que allí trabaja un grupo de profesores brillantes, expertos sin par en varias ramas del conocimiento. Uno de ellos es el Sr. He, de nombre Shengchen, conocido también como Sanmu.

Su especialidad es la recopilación y la exégesis de obras clásicas, en particular del Libro de Zhuangzi, sobre el cual ha escrito muchas disertaciones que despiertan el interés incluso de sordos y ciegos. Su apodo, Sanmu, también viene del Libro de Zhuangzi y significa “madera inútil”. Es una modesta autodenominación en referencia a las cosas inútiles que, justo por no tener utilidad, pueden perdurar y conservar la vida a pesar de las hachas de los taladores.

La apariencia del Sr. He, en especial después de los 50, se asemeja a un árbol amarillo, delgado y marchito, nada llamativo. Mide 1.70 m, tiene la espalda ligeramente curva, el pelo corto, el rostro de cera, un bigote ralo y, cuando habla, sólo se asoman dos dientes frontales. Le gusta usar pantalones azules, zapatos de tela y, a primera vista, parece un campesino.

A principios de la década de 1960, el Departamento de Literatura China se encontraba en la esquina sureste del campus. Eran dos construcciones de madera con techo de pagoda conectadas entre sí por un pasillo con un fuerte sabor a antiguo. Una tarde, sin razón aparente, hubo un incendio. La

campana sonó de repente y todo el personal tuvo que evacuar. El Sr. He justo estaba en su oficina escribiendo sus apuntes de clase. Taotao, un joven maestro que trabajaba en la misma oficina, dejó todo rápidamente y salió corriendo. Taotao enseñaba literatura moderna y escribía novelas, por lo que tenía cierta fama en el mundo literario.

El Sr. He gritó: —¿Por qué corres? Yo tengo que correr porque, si muero, ya nadie escribiría sobre Zhuangzi tan bien.

Taotao se detuvo delante de la puerta y dijo con respeto: —¡Después de usted, señor!

Pasado un rato, el Sr. He le dijo a Taotao: —Te pedí que esperaras un momento para recordarte que jamás existen razones para el caos, “aunque el monte Tai colapse, todo permanecerá sin cambios”.

Taotao dijo: —Sí, sí.

El Sr. He disfrutaba la soledad, los libros eran sus únicos compañeros. Fuera de clase, no se relacionaba con la gente ni tenía vida social ni le gustaba el tabaco o el alcohol. El único pasatiempo en sus días libres era tomar uno o dos libros antiguos y algo de pan e ir a las afueras de la ciudad. Después de deleitar sus ojos con los ríos y los montes, se sentaba debajo de un árbol y se ponía a leer. Algo curioso era que, incluso después de haber leído tantos libros, su vista era excelente. Escribió unos versos para burlarse de sus compañeros que usaban anteojos de fondo de botella: “Ante el oído resuena la cuerda, en la nariz cuelga un marco pesado”.

Y entonces llegó la Revolución Cultural.

El Sr. He de inmediato fue etiquetado como un “intelectual contrarrevolucionario”; un joven guardia rojo lo acosaba a cada rato para marchar por las calles con un sombrero de papel alto y puntiagudo, una placa negra que colgaba de su pecho con la leyenda “Abajo He Shengcheng, intelectual contrarrevolucionario” y un gong entre las manos. Sin ninguna frustración aparente, caminaba con calma sonando el gong que rezumbaba por las calles.

Algunos de sus compañeros de la misma edad, que no pudieron soportar la humillación, se suicidaron; otros, muertos

de miedo, enfermaron y fueron a dar al hospital. Él, en cambio, les dijo a su mujer y a sus hijos: —Ni me suicidaré, ni moriré de enfermedad. Todavía tengo algunos libros que escribir y no quiero que el mundo tenga de qué arrepentirse.

Más tarde, el Sr. He fue enviado a la escuela de cuadros “7 de mayo” para reformar su pensamiento reaccionario por medio del trabajo físico. Compartió dormitorio con Taotao. La tarea de ambos era alimentar a los cerdos, pero no en el corral, sino llevándolos a pastar a la intemperie. Los dos, como padre e hijo, comían del mismo plato.

Lo extraño era que el Sr. He era un experto en la cocina. Aunque no había carne y las verduras se racionaba parejo debido a la escasez, el Sr. He, un verdadero mago en la cocina, hacía platillos fríos, verduras salteadas, verduras al vapor y muchas otras delicias que Taotao nunca había probado. Especialmente entre la primavera y el verano, el Sr. He, conocedor de muchas plantas silvestres, como verdolagas, helechos, pasto y hojas de diferentes hierbas, las recolectaba y complementaba así las verduras racionadas.

Taotao le preguntó: —¿Cómo es que conoce tantas hierbas silvestres?

El Sr. He le respondió: —No nací en una familia de intelectuales; mi padre era agricultor y nuestro templo ancestral me patrocinó la escuela. Además, he leído muchos libros al respecto. Confucio dijo: “Hay que conocer peces, gusanos, insectos y plantas”. Nunca pensé que todo ese conocimiento me iba a servir algún día.

Taotao le dijo: —Posee el corazón de niño, en cambio yo no. ¡Qué vergüenza!

El Sr. He recogió muchas hojas de moxa, las secó e hizo palitos de moxa. Dijo que sabía un poco sobre medicina y que algunas enfermedades podían curarse con moxibustión.

El humor de Taotao empeoró.

Un día, antes de llevar a los cerdos a pastar, Taotao dijo que no se sentía bien y que prefería quedarse a descansar.

—Está bien —dijo el Sr. He y llevó el rebaño de cerdos a una colina cercana llena de pasto. Se sentó bajo un árbol y

comenzó a pensar en su Zhuangzi. Después de un rato, reflexionó que el comportamiento de Taotao era muy inusual y, preocupado, se apresuró a la casa.

Cuando abrió la puerta, vio a Taotao colgado en la viga de la habitación.

El Sr. He rápidamente colocó la colcha en el suelo, se subió en un banco y con una hoz cortó la cuerda; Taotao cayó sobre la colcha.

El Sr. He encontró un trozo de palo de moxa, lo encendió en la estufa de carbón y comenzó a calentar el punto “*ren-zhong*”, ubicado en la raíz del tabique central de la nariz de Taotao.

Minutos después Taotao se despertó.

—Sr. He, ¿no me hubiera salvado!

El Sr. He le dijo: —A mis 60 años aún no quiero morir, ¡mucho menos deberías quererlo tú! Necesito un discípulo para mi Zhuangzi. ¿Quieres ser mi discípulo?

Taotao lloró. Debido a sus malos antecedentes familiares, lo habían enviado a la escuela de cuadros “7 de mayo” por un período indefinido de reeducación y su novia, inesperadamente, le envió una carta donde le anunciaba que rompía su relación con él...

—¡Qué bueno que te dejó en este momento! Si de novios no quiere compartir penas, imagínate de casados. Se casan, tienen hijos y luego llegan los problemas. Entonces ¿qué harías?

Taotao dijo: —Quiero ser su discípulo Maestro He.

Desde entonces el Sr. He comenzó a contarle sistemáticamente a Taotao todo sobre Zhuangzi, sin libros ni apuntes, pues todos los libros y apuntes estaban en la memoria del Maestro He. *El libro de la dinastía Han* registró 53 capítulos del Libro de Zhuangzi, pero ahora sólo quedan 33, divididos en libros internos, externos y misceláneos. Primero, el Sr. He recitó el texto original y luego lo comentó palabra por palabra, lleno de entusiasmo y vigor. “Vagar sin preocupación”, “La equidad de las cosas”, “El cultivar de la vida”... los explicaba a detalle conforme el calendario.

Al Sr. He le gusta hablar con los ojos cerrados y, cuando sentía orgullo por cierta explicación magistral, abría los ojos y preguntaba: —Hermano Taotao, ¿qué opinas? —Taotao saltaba apurado y con gran respeto decía—: ¡Su alumno siente una sincera felicidad después de apreciar su sabiduría, Maestro!

Taotao sintió que los días eran cortos y la vida se volvió más interesante. A menudo se imaginaba al Maestro He como aquella legendaria ave que se alza en las alturas, cuyas “alas son como las nubes del cielo”: libres, lánguidas, despreocupadas; un hombre que no se detiene ante nada y marca el paso de los demás.

Los tiempos por fin cambiaron.

Mientras escribía sus libros, Taotao trabajó como asistente del Sr. He. Con su ayuda, el Sr. He completó varios estudios importantes sobre Zhuangzi.

Un día el Sr. He le dijo: —Taotao, me toca partir. Mi cáncer de hígado fue paciente durante muchos años. Es un milagro. Zhuangzi dijo: “Naces con verrugas adheridas, mueres de verrugas y úlceras”. Ahora me puedo ir en paz. Terminé mi labor, concluí mi libro, tengo un sucesor y ya no tengo nada de que arrepentirme en esta vida.

Pocos días después, el Sr. He partió en paz. Tenía 72 años.

SOBRE EL AUTOR:

Nie Xinsen es miembro de la Asociación de Escritores de China y ex vicepresidente de la Asociación de Escritores de Hunan. Ha publicado numerosas colecciones de novelas, poemas, ensayos y monografías traducidas a muchos idiomas. Entre su vasta obra literaria destacan: *El partido de las damas*, *Vida romántica*, *El fantasma de la poesía pinta a los dioses*, *Dardos*, *Tentación*. Su talento y su obra han merecido muchos premios como: el Premio Cien Flores de Literatura, el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato y el Premio *Little Novel Creation Lifetime Achievement*.

LA CAMPANA DE VIENTO

Autor: Liu Guofang

Traducción: Liljana Arsovska

Cuando el soldado llegó a casa para visitar a su familia, Xiaoqi, con un niño en los brazos, fue a verlo. La casa del soldado estaba llena de gente, pero cuando Xiaoqi apareció, se instaló un silencio sepulcral y todos se fueron.

Sólo permanecieron el soldado, Xiaoqi y aquel niño en brazos.

Después de un largo silencio, Xiaoqi le dijo: —Te debo una disculpa.

El soldado no abrió la boca. Xiaoqi continuó: —Mi madre me obligó a casarme con Dagou, el “Perro viejo”. Tenía dinero y ofreció una dote de 20,000 yuanes. Para chantajearme, mi madre saltó dos veces al río.

El soldado no habló. Xiaoqi añadió: —Te amo; siempre te he amado. También sé que te gusto. Si estás de acuerdo, me divorciaré para casarme contigo.

El soldado seguía mudo. Ante su indiferencia, Xiaoqi salió y regresó poco después cagando al niño en un mano y sosteniendo una campana de viento en la otra. —Esta campana, tú me la regalaste. Ha estado colgada en mi puerta desde que te fuiste hace dos años.

Al ver la campana, el soldado abrió la boca: —¿Viniste a devolvérmela?

Xiaoqi negó con la cabeza: —Te acabo de decir que estoy dispuesta a divorciarme para casarme contigo. No te apresu-

res a responder. Piénsalo y, si estás de acuerdo, cuelga la campana de viento en tu puerta y yo vendré.

Habiendo dicho eso, Xiaoqi dejó la campanilla y partió.

El soldado se quedó solo.

Permaneció callado por mucho tiempo, tomó la campana, la agitó y un “ding ding ding” resonó en la habitación. Xiaoqi vivía al lado y, al escuchar la campana de viento, salió corriendo y miró hacia su puerta.

Al no ver la campana colgada en la puerta, se echó a llorar.

Cuando el soldado regresó al batallón, se llevó la campana de viento y la colgó en la puerta del cuartel. Éste se ubicaba en el noroeste del país, por lo que el viento era fuerte y la campana sonaba durante todo el día. “Está colgada en la puerta, ¿la viste, Xiaoqi?”.

Al principio, los soldados del cuartel encontraban divertido aquel “ding ding ding”, pero después de un tiempo se enfadaron y le pidieron quitarla. El soldado la quitó, la guardó y, cuando tenía tiempo, lejos de la gente, la agitaba. Mientras la escuchaba sonar, decía: —Xiaoqi, colgué la campana en la puerta de mi corazón. ¿La ves?

Xiaoqi no podía verla. El soldado la colgó primero en la puerta de su cuartel y luego en la puerta de su corazón, pero Xiaoqi no podía verla. Ella sólo podía ver la puerta de su casa y allí no había ninguna campana de viento.

A los dos años, el soldado dejó el ejército y regresó a casa. Esta vez, Xiaoqi no fue a verlo. El soldado le preguntó a la gente: —¿Dónde está Xiaoqi? —Todos dijeron que ella no salía de su casa. El soldado les preguntó la razón y le dijeron que el esposo de Xiaoqi había encontrado a una mujer más joven y la había dejado.

El soldado guardó silencio. Al día siguiente, colgó la campana de viento en la puerta.

Xiaoqi no llegó. El soldado miró aturdido la campana de viento mientras decía en su corazón: “Xiaoqi, colgué la campanilla del viento en la puerta. ¿La ves?”.

Cuando soplabla el viento, la campana sonaba. Al escucharla, el soldado repetía en su corazón: “Xiaoqi, la campana suena. ¿La oyes?”.

Xiaoqi la escuchaba y la veía, pero permanecía sentada con el hijo en brazos y no salía.

Al día siguiente, el soldado llegó a su puerta.

Antes de ir, descolgó la campana, la colocó delante de su pecho, la agitó y entró en la casa de Xiaoqi.

Xiaoqi vio al soldado, agachó la cabeza y dijo: —Ahora estoy abandonada. ¿Qué quieres? —El soldado le dijo—: No sólo colgué la campana de viento en la puerta, sino también en mi corazón.

Al sacudir la campana de viento, el hijo de cuatro años de Xiaoqi escuchó el sonido, extendió una mano y dijo: —Mamá, la quiero.

SOBRE EL AUTOR:

Liu Guofang, miembro de la Asociación de Escritores de China y presidente de la Asociación de Escritores de Jiangxi, es autor de *Cuentos cortos de Liu Guofang* y *Cuentos filosóficos de Liu Guofang*. Ganó el primer Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato y el Premio de Creación Literaria de Jiangxi.

MEMORIA

Autor: Shen Ping

Traducción: Liljana Arsovska

De pronto, ese grupo de sesentones tuvo una idea descabellada: festejar el quincuagésimo aniversario de haber salido de la primaria.

50 años es medio siglo. Los vientos y la escarcha de los años ya habían teñido sus cabellos y arrugado sus rostros. Ahora, al encontrarse de nuevo, ¿podrían reconocerse? ¿Ateorarían aún la preciosa amistad de la infancia en sus corazones?

Comenzaron las llamadas, los avisos y, después de dos semanas, contrario a toda expectativa, la gente respondió. Salvo cuatro que había dejado este mundo de manera anticipada, los 41 restantes dijeron que acudirían al festejo sin falta.

Eligieron el primer piso de un hotel para la ocasión. Carteles y globos de colores adornaban el acceso. Por supuesto, los organizadores fueron los primeros en llegar. Pronto se dieron cuenta de que el servicio era bonísimo en este hotel: personas que abrían la puerta; tan pronto como entraba un invitado, le entregaban toallitas calientes; un anciano con una canasta tejida repartía pañuelos, obviamente, para secar las lágrimas que no iban a faltar. Las alabanzas de los organizadores no se hicieron esperar: “¡Bien, muy bien!”.

Uno tras otro comenzó a llegar. La llegada de cada uno incitaba ovaciones. Cuando reconocían a alguien, gritaban su nombre entre vítores y cálidos abrazos. También hubo algunos a los que no pudieron reconocer, pero al escuchar sus

nombres, la emoción era aún mayor, porque se combinaba con la sorpresa.

¿Acaso es fácil reunirse después de 50 años? ¿Habrá otra reunión después de otros 50? El niño del pasado es el viejo de hoy; tú me agarras de la mano, yo abrazo tu cintura; risa, llanto... ¡qué escena tan conmovedora!

Los pañuelos repartidos por el anciano fueron muy útiles. Varios se dieron cuenta de que aquel hombre, conmovido por la situación, también usaba pañuelos para secar sus lágrimas de vez en cuando.

Después de la emoción, uno de los organizadores comenzó a contar a los presentes. Eran 40. ¡Faltaba uno! Todos preguntaron: —¿Quién no vino?

El viejito que cargaba la canasta de repente la soltó, dio un paso adelante y dijo: —¡Soy yo, ninguno de ustedes me reconoció!

—¡Waaaa! —gritaron y lo miraron sorprendidos—: ¿Tú? ¿Quién eres? ¿No te habrás equivocado de fiesta?

El anciano, algo avergonzado por el escrutinio de 40 pares de ojos, se enderezó y dijo en voz alta: —Soy Chen Dafu. Véanme bien.

El organizador revisó la lista y, efectivamente, encontró el nombre Chen Dafu, pero... 40 pares de ojos de nuevo lo miraron de pies a cabeza y nada. Uno de los organizadores no pudo evitar decir: —¿No trabajas en el hotel? ¿Y esto? —Señaló la canasta y añadió—: No bromees, es una reunión de compañeros de clase...

El anciano parecía un poco ansioso: —Sé que es una reunión de compañeros de clase. ¿Por qué mentiría? Soy Chen Dafu. ¡Abran los ojos y mírenme bien! —dijo el anciano un poco molesto—. Compré los pañuelos por mi cuenta, ¿creen que el hotel se preocupa por estas cosas?

De nuevo, 40 pares de ojos volvieron a enfocarse en él como queriendo ver a través de sus huesos y, de nuevo, sacudieron sus cabezas. Ahora sí, visiblemente molesto, el anciano dijo: —¡Vaya memoria! ¿Quién era aquel que venía en la madrugada para asear el salón? Piensen. ¿Quién les cuidaba

la ropa durante las competencias? ¿Quién les llenaba los termos con agua caliente? ¿Y quién hacía el trabajo más pesado cuando organizaban una jornada de trabajo?

Los presentes aún dudaban cuando una compañera gritó: —¡Oh, creo que sí; él es Chen Dafu, nuestro compañero de clase!

Todos volvieron sus ojos hacia esa compañera como si esperaran que presentara evidencia. La mujer dijo con emoción: —¿Recuerdan cuando robó algunas papas en una granja cercana a la escuela y, después de agarrarlo, lo trajeron para exhibirlo?

—¡Oh! —gritó la multitud y las puertas de su memoria se abrieron. Miraron a Chen Dafu y, ahora sí, era compañero de clase.

Sin embargo, Chen Dafu no mostró ni una pizca de alegría. Al contrario, sintió un disparo en el corazón. Con cara torcida y voz temblorosa dijo: —¡Por Dios, todavía recuerdan ese asunto! Hice tantas cosas buenas sólo para hacerlos olvidar ese incidente, pero ustedes... ¡Qué manera de lastimarme!

Chen Dafu se dio la vuelta lentamente, levantó su canasta, salió tambaleándose y, a pesar de los insistentes gritos de “¡quédate!”, nunca miró hacia atrás.

SOBRE EL AUTOR:

Shen Ping, miembro de la Asociación de Escritores de China y presidente de la Sociedad de Microcuentos de Guangdong y Huizhou, es editor de *Selección de microcuentos*. Ha publicado 18 antologías de relatos breves, muchos de los cuales han sido traducidos a otros idiomas y adaptados a la televisión. Ha ganado muchos premios, como: el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato, el Premio de Excelencia de Microrrelatos, entre otros.

EL SALUDO

Autor: Ouyang Ming

Traducción: Liljana Arsovska

A las nueve y media, el viejo Liu giró la silla de ruedas y con dificultad se dirigió al balcón.

Afuera resplandecía el sol, el humor del viejo Liu también. Aún no recuperaba la respiración cuando levantó la mirada hacia un balcón del edificio de enfrente. No había nadie. Miró el reloj; aún faltaban 10 minutos.

—¡Ese viejo me gana en paciencia! —dijo el viejo Liu.

Esperaba al viejo Li, su camarada de toda la vida. Tenían la misma edad; se habían graduado del mismo colegio, habían entrado a trabajar en la misma empresa, se habían casado el mismo día y se habían jubilado al mismo tiempo. La única diferencia era que uno vivía en un piso bajo del edificio A y el otro, en un piso alto del edificio B. Siempre se habían llevado bien. ¿Y por qué sería? La gente decía que compartían sus pasatiempos.

El pasatiempo favorito de ambos era el ajedrez chino. Lo habían jugado durante décadas y nunca habían sabido quién era el mejor. Cuando se jubilaron, comenzaron a jugar ajedrez todos los días, ya sea que el viejo Liu subiera al apartamento del edificio B, o que el viejo Li bajara al edificio A. Hacía tiempo que sus esposas habían dejado este mundo y los hijos salían de casa temprano para ganarse la vida. El ajedrez chino, cual granos maduros de arroz que revientan la cáscara, llenó la vida marchita de los dos ancianos.

—No hay ganador ni perdedor en nuestro juego, lo único que importa es ver quién de los dos se reunirá primero con Dios —dijo el viejo Liu.

—¡El primero que se vaya será el perdedor! —replicó el viejo Li riéndose.

Después de más de diez años, las piernas de los dos ancianos emblandecieron y sus cuerpos quedaron sujetos a dos sillas de ruedas. Ni el viejo Liu podía subir las escaleras ni su amigo, el viejo Li, podía bajarlas.

—Jugaremos ajedrez por teléfono. Todos los días a las 10 de la mañana te llamaré —dijo el viejo Liu.

A las diez en punto, el teléfono del viejo Li sonaba. Mientras hablaban de ajedrez, se ponían al día. A menudo bromeaban entre ellos: —Diosito te está esperando. —Pero justo antes de colgar, se aconsejaban—: ¡Come bien y no te preocupes por nada!

Un día, el viejo Liu marcó el teléfono. El viejo Li levantó el auricular, pero no habló. Liu marcó varias veces y siempre fue igual: descolgaban el auricular, pero no hablaban. Inquieto, el viejo Liu marcó por la noche sabiendo que el hijo ya estaba en casa.

—¿Quién habla? —preguntó el hijo.

—Es tu tío Liu. ¿Cómo está tu padre? Le marco, levanta el auricular, pero no contesta.

—Perdió la voz.

—¿Cómo que perdió la voz?

—Hoy despertó y no podía hablar.

—¿No será que ya no oye? Pásale el auricular, ¡quiero hablar con él! —dijo el viejo Liu.

—¿Acaso te quedaste mudo? ¿Será que tu boca blasfemaba mucho en una vida pasada o de plano me quieres matar de un susto? Mañana te llamaré a la misma hora. Si me oyes, golpeas la mesa —dijo el viejo Liu y colgó.

A las diez en punto del día siguiente, el viejo Liu llamó y oyó golpes en la bocina.

—¡Viejo, fuerzas no te faltan! Parece que, aparte de quedarte sin voz, todo lo demás te funciona bien —dijo Liu.

“Pum, pum, pum”, de nuevo se oyeron unos golpecitos.

—Temo que estés aburrido, viejo amigo —dijo Liu.

“Pum, pum, pum”, los golpes arreciaron.

Aunque ese tipo de comunicación ni de lejos era tan buena como discutir, traía algo de alegría a la vida del viejo Li. Inesperadamente, un día el viejo Liu marcó y el viejo Li no contestó. Siguió marcando y nada. El viejo Liu entró en pánico y marcó por la noche desesperado.

—¿Y tu padre?

—Aquí está.

—¿Por qué no contesta el teléfono?

—Oh, ensordeció. De repente dejó de oír.

El corazón del viejo Liu se estremeció como si se hubiera congelado. Escribió una nota a toda prisa y le pidió a su hijo que se la enviara a viejo Li.

La nota decía: “Todos los días a las diez en punto salimos al balcón y nos saludamos agitando la mano. ¡Bastardo quien no salga!”.

A las diez en punto el viejo Li asomó la cabeza en el balcón.

El viejo Liu agitó apresuradamente su mano derecha y la movía sin cesar con una sonrisa infantil colgada en los labios.

Li también levantó su mano derecha y la agitó durante un largo rato.

—Viejo, come lo que quieras. ¡No seas tonto! —le gritaba el viejo a su amigo.

El año se deslizaban en silencio como el viento entre los dedos de los dos viejos y llegó el otoño. El brazo del viejo Liu perdía fuerza y cada vez le costaba más trabajo levantar la mano. Agitarla le provocaba dolor insoportable. La vista lo abandonaba lentamente y sólo veía el agitar de la mano de su amigo, lo demás era borroso. Aun así, el viejo Liu salía a agitar la mano todos los días a la misma hora para saludar a su amigo y siempre experimentaba la misma alegría.

Cuando los copos de nieve irrumpieron desde el cielo, las fuerzas abandonaron al viejo Liu. Al despertarse por la mañana, le faltó el aire. Su hijo le dijo: —Vamos al hospital. —El

viejo Liu le dijo que su día había llegado y le pidió prometerle una cosa: —Cuando me vaya, todos los días a las diez en punto debes de salir al balcón y saludar hacia el apartamento de mi amigo Li. Sólo agita la mano, pero no muestres tu cara.

Terminó de hablar, inclinó la cabeza y partió. El hijo estalló en llanto.

Medio mes después, un día como cualquiera, el hijo de Liu agitó la mano y salió corriendo a trabajar. Al salir, se topó con el hijo de Li.

—¿Tu papá está bien de salud? —preguntó el hijo del viejo Liu.

—Sí, está muy bien. ¡Justo acaba de saludar a tu papá! —dijo el hijo de Li y se alejó con mucha prisa, pues su padre, al partir seis meses antes, le suplicó—: ¡No dejes que el viejo Liu sepa que me fui primero! —Y para no hablar de más, el hijo de Li se escurrió.

SOBRE EL AUTOR:

Ouyang Ming es miembro de la Asociación de Escritores de la Provincia de Sichuan y vicepresidente de la Asociación de Escritores de la Ciudad de Ziyang. Muchos relatos suyos forman parte de prestigiosas revistas y antologías. Entre sus publicaciones destacan: *Selección de microcuentos*, *Aquellos días*, *Toparse con el día de San Valentín*, *Te pagaré una mariposa*.

CICATRICES

Autor: Tao Chun

Traducción: Liljana Arsovska

Era un pequeño jardín entre calles donde abundaban árboles y flores comunes y corrientes. Una escultura de mármol polvoriento se levantaba en medio del jardín. Era una mujer con una paloma en la mano. Debajo de los árboles, en los caminos, había algunos bancos de piedra esparcidos.

Hace 20 años no había ningún jardín allí. Liu Hantai recordó claramente que, hace 20 años, éste era un barrio desordenado con caminos estrechos, desagües desbordados y pocas luces de la calle. En sólo 20 años el cambio era radical: edificios nuevos y un llamativo jardín en medio de anchas avenidas.

Liu Hantai pasaba por allí todos los días, ya sea temprano por la mañana o al atardecer, y a menudo veía un rostro que le era muy familiar. Al principio no creía lo que veían sus ojos, pero finalmente reconoció al viejo sentado en un banco de piedra con los ojos cerrados. Era ni más ni menos que el viejo Ma, quien casi lo mata años atrás.

Veinte años antes, Liu Hantai era un personaje misterioso que iba y venía sin dejar rastro. Robaba, asaltaba y siempre lo acompañó la suerte. Varios casos locales famosos estaban relacionados con él. Durante mucho tiempo, la comisaría local intentó atraparlo. Incluso el policía Ma, terror para el inframundo, nunca lo logró. Cual pulpo astuto, se le escurrió varias veces al revolver de Ma.

Pero al final, calló en sus garras.

Era una fría noche de invierno. Huía rápidamente después de haber robado una pequeña tienda en un barrio desolado y, mientras gozaba su hazaña, de repente el policía Ma salió de una esquina y le cerró el paso. —¡Qué desgracia! —exclamó y se dio a la fuga. Ma corrió rápido y pronto lo alcanzó. Por supuesto que no estaba dispuesto a entregarse y, al ver que no había salida, puso una cara feroz, sacó un cuchillo afilado de la cintura y apuñaló al viejo Ma con fuerza. Ma gritó y cayó al suelo. Al final, no logró escapar, pues apenas se había alejado unos cuantos metros cuando oyó el disparo que venía de la pistola de Ma. Su pierna izquierda se ablandó y se desplomó en el suelo.

Fue sentenciado a pena de muerte postergada, pero, gracias a su buen comportamiento en prisión, recibió un indulto.

Su condena terminó en una primavera. Cuando salió de la cárcel, comenzó a trabajar pedaleando un triciclo desde el cual vendía mariscos en un mercado cercano a ese jardín. Después de ganar algo de dinero, alquiló dos cuartos cerca del mercado y abrió una empresa especializada en productos del mar. El negocio fue muy próspero. Estaba muy satisfecho con su vida, pues podía ganar dinero sin robar ni asaltar.

Una tarde, a finales del otoño, salió de su oficina rumbo a su casa. Como acababa de hacer un buen negocio, estaba muy animado y feliz. Al pasar por el jardín lleno de hojas amarillas, volvió a ver aquel rostro familiar y le gritó al conductor: —¡Detente!

Liu Hantai nunca olvidará al policía que logró atraparlo. Aquel disparo en su pierna izquierda, aún muy notorio, lo dejó cojo de por vida, por lo que Ma estaba profundamente incrustado en su memoria.

El viejo Ma, con los ojos entrecerrados y un bastón en la mano, estaba sentado en un banco de piedra no muy lejos de la estatua de mármol. En el jardín, salvo unos niños que jugaban después de salir de la escuela, no había nadie.

Liu Hantai estimó que Ma tendría poco más de 60 años, aunque se veía mucho más viejo. Su cara estaba arrugada y su respiración parecía un fuelle antiguo. Liu Hantai podía oír

con claridad su jadeo a cinco metros de distancia. Cuando aún estaba en la cárcel, con frecuencia escuchaba a sus colegas decir que, una vez afuera, iban a ajustar todas las cuentas con el policía. Él también tuvo esos pensamientos secretos, pero ahora, al ver a ese policía acabado, Liu Hantai torció los labios y sonrió en silencio. Ahora, Liu Hantai vivía muy bien, ¿o no? Mientras tanto, el viejo Ma, ese policía con agilidad de leopardo, el terror del inframundo, era apenas un anciano moribundo. Liu Hantai estaba muy feliz.

Pensó que el viejo Ma estaba dormido, pero, cuando miró de cerca, vio destellos de luz en sus ojos ligeramente entrecerrados, apuntando a su rostro. Su sonrisa se congeló de inmediato en las esquinas de su boca y, para encubrir su vergüenza, preguntó: —¿Todavía me reconoces?

El viejo Ma, sin moverse y casi sin aliento, le respondió: —Muchos me preguntan lo mismo. Fueron tantos que ya no los recuerdo.

Liu Hantai se subió la pierna del pantalón para revelar la llamativa cicatriz en su pierna izquierda. El anciano sacudió la cabeza y dijo que su arma había lastimado tantas piernas que ya no podía recordar. Cuando Liu Hantai contó su historia, los ojos del viejo se iluminaron. —¡Te recuerdo! —exclamó. Soltó su bastón, levantó su camisa desgastada y señaló una cicatriz en el pecho izquierdo—. Éste es el recuerdo que tú me dejaste. Un poco más a la izquierda y ahora estaría muerto. —Liu Hantai vio atónito muchas cicatrices de tamaños y formas muy diferentes—. La que tú me dejaste —dijo Ma— no es gran cosa. Tengo once en el cuerpo. Si no me crees, cuéntalas.

Liu Hantai estaba deslumbrado. Ma murmuró de nuevo: —Si cada vez que disparaba, hubiera subido el arma media pulgada, muchos ya no estarían aquí para contarlos. Tú eres uno de esos. —Mientras hablaba, el viejo Ma cerró los ojos y, con los dedos en un gatillo imaginario, disparó.

Debajo de los últimos rayos del sol poniente, Liu Hantai de repente se sintió mareado, como si el viejo Ma hubiera destrozado su cerebro.

SOBRE EL AUTOR:

Tao Chun es miembro de la Asociación de Escritores de China y autor de numerosas novelas y cuentos. Ganó en dos ocasiones el Premio de Literatura y Arte del Ejército Popular de Liberación de China. Su novela *El camino de los héroes* y el extenso documental *Destino de la nación* han ganado el Premio *Five-One Project* entre otros. Escribió los guiones de las series de televisión *El bosque de la dinerología*, *Destino de la nación* y *El capitán de criminalística*.

EL GRAN PEZ

Autora: An Shiliu

Traducción: Liljana Arsovska

En el lago Jinghu hay peces grandes, no de uno o dos metros, sino de treinta o cuarenta metros. Se comparan con el tamaño de los barcos que navegan por allí.

Aunque no hay tantos como en el lago Kamas, sí son muchos.

¿Es esto un truco? ¿O una noticia sensacionalista? Nada de eso es asunto mío. Mi descripción nada tiene que ver con las noticias espectaculares de los medios, hago esto porque... ¡Espera!

Mi tío vivía en el lago Jinghu; era un viejo ingeniero forestal. De joven, cuando trabajaba en una empresa de transporte fluvial, colocaba los troncos recién cortados en el lecho del río. Para sacarlos del monte, los acomodaba en el río y los dejaba flotar río abajo impulsados por la fuerza del agua; una vez que llegaban a su destino, ponían los troncos en el banco del río. Nunca he visto con mis ojos esa escena espectacular de troncos arrastrados por la corriente del agua. Ese procedimiento desapareció como plantas o animales en extinción. Sólo he visto pinturas y nada más.

Mi tío vivía en las montañas; tenía una vaca, dos cerdos, tres cajas de abejas, gallinas, un perro y un gran jardín.

Fui a la casa de mi tío justo en la temporada cuando surgieron los rumores sobre los grandes peces. A pesar de las recompensas y las apuestas, nunca nadie logró atrapar a un gran pez, en verdad nunca.

Cuando entré al patio, mi tío y mi tía estaban recolectando miel bajo el sol otoñal de agosto. Mi tío, ensimismado, vestía una camisa vieja de media manga y tenía un pie sobre el pedal de la centrífuga. Las abejas zumbaban a su alrededor. Estaba aterrorizada, porque un montón de abejas se arrastraban en la cabeza casi pelona de mi tío y en la nariz de mi tía.

Coloqué cámaras, videocámaras, telescopios de luz infrarroja y otros equipos en el patio de mi tío a espaldas del lago. Hacía todo esto en silencio; mis tíos también me ignoraron.

Luego, le pregunté a mi tío: —¿Realmente existen los grandes peces? Jinghu está frente a tu casa, ¿los has visto?

Mi tío reflexionó por un momento y me dijo: —Recuerda que no se lo puedes contar a nadie. —Enfatizó particularmente la palabra “nadie”—. Si la gente se entera, nada bueno vendrá. Si nadie se hubiera enterado de que en este monte hay grandes pinos, esos enormes árboles aún estarían allí, vivos; tendrían ahora mil años, diez mil años. La gente se enteró y los árboles se acabaron, incluso sus retoños no la tienen nada fácil.

Con el corazón lleno de entusiasmo por la exploración, lo interrumpí y le pregunté: —Por favor, di la verdad, ¿existen los grandes peces?

Mi tío me lanzó una mirada profunda y de repente todo fue inusual. Primero, el gran perro amarillo, en lugar de saltar a mi alrededor, levantó la cola, arrugó las orejas, se encogió y se metió en el nicho bajo la ventana. Luego, unos cuantos pollos vagabundos estiraron el cuello e inclinaron sus cabezas; como si escucharan con gran atención, levantaron las patas y huyeron con pasos ligeros sin hacer absolutamente ningún sonido.

La mirada de mi tío me estremeció cuando una gran nube silenciosa y oscura se colgó en el horizonte. El sol, aún transparente y húmedo, no se oscureció. Las aves del bosque, como en toque de queda, enmudecieron; una capa de niebla blanca se elevó encima del lago tranquilo, donde se irguieron filas de muros de agua de más de un metro, y luego... ¡Espera! ¡Sí, adivinaste!

¡Un gran pez apareció!
 ¡El gran pez desapareció!
 Y todo estaba como antes.

Todos mis equipos se dispararon a la vez de manera automática sin darme tiempo de accionarlos yo misma. Decepcionada, me senté en el suelo para ver las gallinas pelear de nuevo y el gran perro amarillo salir corriendo del patio para ladrarle al lago; para escuchar el canto de los pájaros en el bosque. De repente, pregunté: —Y el resto de las plantas y los animales, ¿Cómo son?

Mi tío me dijo sin pensar mucho: —Nosotros vivimos nuestra vida y ellos la suya; nadie interfiere con nadie.

Luego prosiguió: —Tú tienes mucha suerte. A veces no aparece ni una sola vez en varios años. —Mi tía asentía con la cabeza una y otra vez mientras él hablaba.

Viví en casa de mi tío durante todo el mes. Dormía muy poco, comía poco y casi no hablaba, pero mi corazón estaba muy tranquilo, ¡Qué ironía! Mis tíos vivían felices y ocupados todos los días entre la hermosa sinfonía de los chillidos de sus dos cerdos y los mugidos de su vaca, los verdaderos colores de la vida. Una noche, mi tía trajo vino de uva del monte y, mientras sorbíamos, me toco escuchar otra increíble historia acerca de los misterios del bosque.

¿Salvajes? ¿Extraterrestres? Espera un minuto, no adivines. Adivinaste mal. Ya no voy a decir ni una palabra... Aunque me maten.

SOBRE LA AUTORA:

An Shiliu, miembro de la Asociación de Escritores de la provincia Heilongjiang, ha publicado relatos y cuentos cortos en muchas revistas literarias. Muchos de sus relatos, agrupados en antologías como *El hombre ordinario*, *El gran pez*, *El camino extraviado de Ji Xiaomi* y *Elegancia y vergüenza*, han obtenido diversos premios como el Premio *Golden Sparrow* de Microrelato.

LA CURVA MÁGICA

Autor: Luruo Diji

Traducción: Liljana Arsovska

Después de cruzar un puente con Axi, nos encontrábamos frente a la aldea Yijia, adonde nos dirigíamos. Los dos nos sentamos en una piedra, sacamos sendos cigarrillos baratos y nos pusimos a fumar. Axi, de la etnia Yi, era el jefe de gobierno del pueblo Majinzi. Esa entidad administrativa, poblada en su mayoría por habitantes de la etnia Yi, era el modelo de la lucha contra la pobreza de nuestro departamento de gobierno. Nuestra unidad de trabajo tenía una regla no escrita: cualquier novato debía forjarse durante cierto tiempo en esa entidad administrativa. Mi turno llegó justo cuando tocaba llevar al campo la “Campaña de educación socialista”. Obviamente, una tarea tan importante no se le podía confiar a un novato, por lo que la unidad decidió mandar a un equipo con un jefe a la cabeza. El equipo lo conformábamos el jefe y yo. Una vez que llegamos, el jefe enfermó; para ser preciso, le dio diarrea. Todo compungido, no pudo salir al campo. La tarea de acompañar a los cuadros del pueblo de casa en casa me tocó a mí.

Cada vez que Axi iba a presentarme con sus aldeanos, decía que yo era un cuadro del condado, de la etnia Pumi, y que hablaba con fluidez la lengua yi. También dijo que yo, como Bimo y Suni¹ de la etnia Yi, era muy culto y, además, escribía cuentos. Después les pedía a los aldeanos aplaudir y final-

¹ Bimo y Suni son chamanes-sacerdotes de la etnia china Yi.

mente me cedía la palabra. Contrario a la expectativa de la gente, comencé a hablar en mandarín. Hice lo mismo que todos mis colegas: expliqué punto por punto todo el documento preparado; sin embargo, vi que el efecto no era nada bueno, pues los aldeanos siguieron hablando de sus asuntos sin hacerme caso alguno. Axi tuvo que callarlos una y otra vez para que pudiera terminar mi discurso. La reunión nos dejó muy cansados. Algo molesto, Axi dijo que así eran las reuniones en los pueblos de la montaña y no había modo de cambiarlas. Dije que yo mismo venía de un auténtico pueblo montaños y que conocía estas reuniones a la perfección. Después de la primera reunión, me di cuenta de que hablarles en mandarín no era bueno, ya que muchos no lo entendían. Les hablé en la lengua yi y el efecto mejoró. Básicamente, no hubo quien hablara en voz alta, pero siguieron susurrando, algunos incluso se pusieron a hablar sobre mi cabello. En cierto momento, un aldeano gritó: —Tienes tan largo tu cabello que, cuando llueve, tu cuello seguramente no se moja.

—Ponle atención a tu siembra y deja de preocuparte por sus cabellos —le dijo Axi.

El pueblo frente a nosotros no estaba lejos de la entidad administrativa. Era pequeño, algo más de diez familias. Axi señaló una casa de cuya chimenea brotaba un humo espeso y dijo que era la casa de jefe del pueblo, Ziran. Vi a mucha gente entrar y salir. Pensé que iban a la reunión y no les presté atención. Sin embargo, después de un rato vi a un grupo de personas que salieron de la casa del jefe y subieron la montaña gritando; corrían, se detenían; muchos cargaban tazones y otras cosas en las manos. Le pregunté a Axi qué pasaba y él, meneando la cabeza, me dijo que no lo sabía.

Terminamos de fumar y seguimos adelante. Unos ladridos nos dieron la bienvenida al pueblo. Les pregunté a los aldeanos qué estaban haciendo aquellas personas; ellos balbucearon algo y dijeron que no estaban haciendo nada. Por sus expresiones, sentí que nos ocultaban algo y, cuando tratamos de entrar a la casa del jefe, intentaron disuadirnos. Nos dijeron que el jefe estaba por llegar y nos pidieron entrar en la casa de otro

aldeano para esperarlo. Mi curiosidad creció. “Seguramente hay algo”, pensé, “¿pero qué?”.

Cuando llegó el jefe de la aldea, un hombre de unos 50 años, se veía cansado. Aguerrido, nos miraba de reojo. Axi le preguntó si había informado a los aldeanos sobre la reunión, a lo que el jefe respondió que el pueblo no era grande; con un solo grito podía convocarlos a todos. Axi le preguntó si había pasado algo y por qué había tanta gente en su casa. El jefe dijo que era un asuntillo sin importancia. Axi insistió en saber de qué se trataba. El jefe me miró de nuevo. Al ver la suspicacia del jefe, Axi me presentó y enfatizó que yo era una buena persona y que podía hablar con toda confianza. El jefe de la aldea me miró de nuevo y, al convencerse de que yo no era una mala persona, dijo que invitaron a un Suni para encontrar una misteriosa aguja curveada. El Suni era un adivino de la etnia Yi. Resultó que el jefe de la aldea tenía un hijo, quien había estado casado por un año o dos, pero no tenía hijos. La causa era la impotencia sexual del hombre. El Suni tiró los palos de adivinar y dijo que la nuera le había arrojado un misterioso hechizo al marido. También dijo que la aguja curva era originalmente recta y que la nuera, después de retorcerla, la había pasado por el cuerpo del marido y luego la había escondido. Desde entonces, su hijo había perdido su potencia sexual. Ahora para curarlo, era necesario encontrar la aguja curva y enderezarla. Ese era el séptimo Suni que había llegado a buscar la aguja curva.

Mi curiosidad se disipó. Le dije a Axi que comenzáramos y concluyéramos rápido la reunión para luego poder ir a la casa del jefe. Él me preguntó si se podía hacer eso, a lo que le respondí que no había nada malo en ello.

El Suni se sentó a la derecha del fogón en la casa del jefe de la aldea. Entramos y comenzamos a conversar. Le dije que mis ancestros tenían un gran Lama parecido al Bimo y al Suni de ellos. Al escucharme decir eso, fue más amable conmigo y habló acerca de cómo buscaban ellos las agujas torcidas. Le dije que quería intentar encontrarla. Al verme tan decidido, mandó buscar una rama en forma de “Y”. Me pidió sostenerla

de un extremo y jalar el otro en dirección de él. Tomó un pequeño trozo de carne asada de un plato de madera, murmuró algo y me dijo que lo comiera. Sumergió sus dedos en un tazón de vino y lo esparció sobre la rama. Siguió rezando, pero después de muchos rezos yo aún no reaccionaba. El Suni se detuvo y murmuró: —¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede ser esto? —De repente, me preguntó si había comido carne de perro. Dije que no comía carne ni de perro, ni de ranas, ni de res, ni de serpientes, ni de burro.

—Hay algo muy extraño. ¿Cómo puede ser esto? —repetió.

Al ver que no respondía, Axi dijo que él también quería intentarlo. Sin embargo, el resultado fue el mismo. Algunas personas dijeron que los cuadros de gobierno seguramente comen carne de perro. Sonreí y no discutí con ellos. En ese momento, un joven dijo que él también quería intentarlo.

La escena fue terrible: vi al joven temblar violentamente, la rama de madera en su mano tiraba ora hacia el cielo y ora hacia el suelo, al final, lo llevó fuera de la casa. Todos lo seguimos y, mientras la ramita se sacudía con fuerza en un sitio determinado, unos se agachaban y buscaban allí. Para evitar omisiones, ponían la tierra escarbada en un cuenco o la envolvían en tela, pero después de una larga búsqueda, no encontraron nada.

Pensé que era una búsqueda vana. Tal vez el hijo realmente era impotente y sólo buscaba una excusa. Le sugerí a Axi enviar a algunos hombres con el hijo y a algunas mujeres con la nuera. Axi le comentó la idea a los aldeanos, quienes la aceptaron lamentándose de no haber pensado en eso antes.

Axi y yo llevamos al hijo debajo de un pino lejos de la gente y nos pusimos a charlar. Nos dijo que, para encontrar la misteriosa aguja curva, la familia había gastado mucho dinero: había matado una vaca y más de 20 ovejas. Le dije: —Si no se puede, ni modo. Busca algún remedio. Ahora la medicina está muy adelantada; tu enfermedad es pan comido. ¿Conoces los osos polares? —le pregunté. Dijo que no y me preguntó si eran como los osos viejos. Yo dije que sí—. Si de plano no puedes, busca un pene de un oso polar y cómetelo.

Los osos polares copulan todo el tiempo en el hielo y la nieve. —Se rio al escuchar eso. Sonreía por primera vez desde que llegué. Al verlo sonreír, seguí hablando—: Gastaron tanto en tu casa y no encontraron nada. ¿Se te paraba antes? Ya no dejes que tu familia derroche dinero, ¿de acuerdo?

Mis dudas encendieron su ira. —¿Acaso crees que no tengo conciencia? —Luego contó la historia de cómo había tenido estos problemas con su esposa en el pasado. Finalmente, suspiró y dijo—: Un buen día, de repente, no pude hacerlo. Seguro que la bruja de mi esposa me hizo algo.

Estaba muy triste. Mientras nosotros charlábamos con el hijo, varias mujeres conversaban con la nuera. Su historia era muy diferente. Dijo que aquél nunca había podido. Le preguntaron sobre la aguja curva, pero respondió que no sabía nada de eso. También dijo que, de haber sabido conjurar hechizos, jamás los habría usado contra su marido, hijo de su tío. Estaba tan enojada por las sospechas de la gente que incluso estalló en llanto.

No supimos qué hacer frente a estas dos pobres criaturas. Una de ellas mentía, pero ¿quién? A alguien se le ocurrió una mala idea: llevar al hijo a la ciudad y buscarle una prostituta. Me miraron como si me pidieran que yo lo llevara a la ciudad. Entré en pánico y de inmediato dije que no, que yo no podía hacer eso.

Me di cuenta de que estaba a punto de meterme en un lío muy gordo. Al ver que ya estaba anocheciendo, le sugerí a Axi regresar a la entidad administrativa. Antes de irnos, llamamos al jefe de la aldea, le dimos algo de dinero y le pedimos no gastarlo en pedirle al Suni encontrar la aguja curva.

—Lleve a su hijo al hospital para un examen físico —le dijimos antes de partir.

Después de unos días, dejé el pueblo Majinzi. Cuando regresé a la unidad, entre mil ocupaciones olvidé el asunto. Pasaron dos años y, cuando volví a ver a Axi, todo el asunto me regresó a la memoria. Le pregunté si habían encontrado la aguja curva. Dijo que no, que el hijo del jefe se divorció y tuvo un hijo.

—¿Qué pasó con su primera esposa? —le pregunté. Dijo que se había vuelto a casar y que también tuvo un hijo.

—¿Qué raro? —dije. Axi, envuelto en misterio, me explicó: La aguja torcida no es un objeto físico. Si un hombre se acerca a una mujer, basta que ésta lo señale con el dedo y, mientras se acerca a ella, lo retuerza hasta dibujar un gancho para que el hombre se vuelva impotente. —Mientras Axi hablaba, encorbaba el índice de una mano.

—Si no me crees, inténtalo —me dijo.

Ante mi incredulidad, repitió: —¡Inténtalo, hombre, si no me crees!

Mientras mis labios decían que sí, mi corazón lo insultaba a más no poder: “¡Axi, eres un carbón hecho y derecho! Uno puede demostrar mil cosas, pero eso no. Aunque tuviera todas las agallas del mundo, no me atrevería probar tal cosa”. ¿Y tú sí?

SOBRE EL AUTOR:

Luruo Diji, de la etnia Pumi, nació en 1967 en el condado de Ninglang, provincia de Yunnan. Es miembro de la Asociación de Escritores de China y vicepresidente de la Asociación de Escritores de Yunnan. Este prolífero poeta comenzó a publicar poemas en 1988 y desde entonces ha publicado varias antologías, entre las que destacan: *Una vez era parte del mundo primitivo sin límites*, *Poemas líricos de Luruo Diji*, *No hay agua más limpia que las lágrimas*. Su poema *Mito* ganó el premio anual “Literatura Nacional” 2011.

EL VIEJO DE XINJIANG

Autor: Xue Mo

Traducción: Liljana Arsovska

El viejo de Xinjiang comenzó a recoger su puesto. Aún era temprano; el sol apenas se había inclinado hacia el Oeste. No era ni rojo ni brillante; parecía más bien hielo lechoso. Ráfagas de aire envolvían la tierra amarilla. Las hojas secas y el fragor anunciaban el sabor de otoño. El viejo terminó de recoger la fruta y los huevos. Eso de puesto era mucho decir: apenas eran dos cestos y dos pedazos de cartón. Unas cuantas peras apiladas, muy maduras, sobre uno. Las tocabas y por su delgada cáscara se escurría un jugo fresco que, según dicen, puede aliviar la tos. Encima del otro cartón yacían algunos huevos. Esa era toda la oferta; fácil de poner y de recoger. La fruta la había comprado en 80 centavos por kilo y la vendía a 90. Los huevos le habían costado 20 centavos cada uno y los vendía a 22. No ganaba mucho, apenas lo suficiente.

Al terminar, levantó los canastos y se dirigió hacia el Este del pueblo. Era alto y muy delgado, por lo que su larga sombra asemejaba una cucaracha que escala un monte. Cuando alguien le preguntó: —Viejo de Xinjiang, ¿a dónde vas?, —los demás observaron el destello que despedían sus ojos húmedos. —A casa de ella —contestó. Puesto que sabía de antemano quién era “ella”, prosiguió—: ¿Vas a dejarle dinerito? Hm. ¿Y qué te dará a cambio? —Mientras uno preguntaba, los otros reían. Quería esquivarlos, pero lo rodearon—: ¿Y aún puedes? —Se detuvo, dejó la canasta en el suelo, se agachó y dijo—: No digan estupideces, yo ya estoy viejo.

—¡Viejo! —reviró alguien—. Si retuerces un poco la cuerda, podrás. No servirá el aparato, pero la mano aún sirve, aunque sea para quitarle lo golosa. —El viejo de Xinjiang decidió no hacerles caso. Tomó los cestos y, como conejo, saltó y se irguió.

—Es una vergüenza que pases tanto tiempo sin hacerlo —remataron con sorna.

Sus pasos eran recios, caóticos. Quería flotar, pero, aunque su corazón aún era fuerte, las piernas no le respondían. Se detuvo, soltó los cestos, estiró el cuerpo y dobló la cintura hacia atrás cuando oyó una voz suave: —Abuelo de Xinjiang, ¿a dónde vas?

Sonrió y se le iluminó el rostro. Sin responder la pregunta del infante, sacó algunas frutas de la canasta y dijo: —Ven, mi niño, el abuelo te dará fruta.

El niño tomó la fruta y, mientras la devoraba, chupaba el jugo que se escurría por sus dedos y sobre su carita. El viejo de Xinjiang lo miraba, sonreía y, sin darse cuenta, masticaba como si fuera él y no el niño quien comía la fruta.

—Chamaco, ¿por qué le has pedido fruta al viejo de nuevo?

—Oye, ya no les des fruta a los niños. Dos acá, tres allá... ¿Qué va a quedarte para vender? —dijo un hombre de la etnia Han que tenía el rostro muy enrojecido.

El viejo sonrió y dijo: —No pasa nada; es sólo un niño. Soy un viejo solitario. Dos prendas de ropa al año y dos comidas al día son suficientes para mí. No te preocupes, ya me voy.

—¿No te sientas un rato en casa?

—No, gracias. Ya me voy.

La casa de “ella” estaba muy desvencijada. La pared descapelada parecía tener psoriasis. Ella, con la cara y la ropa cenicientas, reparaba el *kang*.¹ En cuanto vio entrar al viejo, dejó la pala.

—¿Ya llegaste? —le preguntó.

—Ya —contestó y entró al cuarto oscuro, pues la única ventana, tapada con papel, no dejaba entrar luz. Un anciano

¹ Cama de adobe con fogón.

de ojos rojos fumaba al lado del *kang*. Cogió un tallo de tabaco, lo quemó con la lámpara de aceite, luego inhaló y sacó el humo por la nariz. Cuando vio entrar al viejo de Xinjiang, se hizo a un lado.

—¿Ya llegaste? —murmuró.

—Ajá —balbuceó el viejo. Se sentó en un banco y se volvió piedra.

—La cosecha de este año no es buena —dijo el viejo de los ojos rojos.

—Sí, la cosecha de este año no es buena —refunfuñó el viejo de Xinjiang—. ¿Quién sabe cómo será el próximo?

—Sí. ¿Quién sabe cómo será...?

—Estos días, uh...

—Sí, estos días...

Ella entró sacudiéndose la tierra y la ceniza. Miró al recién llegado.

—¿Hace frío? —le preguntó.

—No tanto —respondió aquél.

—Es tiempo de usar el abrigo.

—Sí, ya es tiempo.

—Hay que lavar tus cobijas.

—Sí, hay que lavarlas.

—Mañana tengo que barbechar . Lavaré tus cobijas pasado mañana.

—Pasado mañana está bien.

—Lávalas mañana. Yo barbecharé. En estos días el clima es muy cambiante —dijo el hombre de ojos rojos.

—Bueno, mañana las lavaré entonces.

El viejo de Xinjiang sacó unos billetes de diez centavos.

—No tengo más. En los últimos días han venido pocos marchantes. ¡Úsenlo! Es hora de cambiar sus trapos rotos, antes de que la gente se burle de ustedes —dijo y puso el billete en el *kang*—. Ya me voy.

—Quédate a comer; haré fideos —dijo la mujer.

—No, iré a que me inyecten; me siento algo resfriado.

—Ya es temporada de usar abrigo —dijo la mujer.

—Sí, ya es —dijo y salió. Nadie lo acompañó a la puerta.

La choza era cálida, pero al salir a la calle se sentía el frío. Estornudó varias veces y sintió como si unos insectos se treparan a su nariz.

“Debo inyectarme”, pensó mientras encogía sus hombros. “¡Vaya que hace frío...! Y las enfermedades están al acecho. Este año no puedo darme el lujo de enfermarme, pero si me enfermo, ni modo”. Iba meditando estas ideas cuando, de repente, soltó varios estornudos muy sonoros.

No había mucha gente en la casa del Dr. Wang, sólo dos hombres y un bebé. Tomó una fruta, se la ofreció al infante y se sentó. Pensó que aquellos dos hombres también se burlarían y le preguntarían si en verdad había hecho eso, pero no dijeron nada y sólo se dedicaron a ver comer al niño.

“¿Les debería dar fruta a ellos también? No, no vale la pena,” estaba pensando cuando los hombres metieron la mano en el canasto y, sin permiso, tomaron cada uno una pera.

—¡Coman, coman! La pera madura ayuda a dispersar el calor —comentó y en eso vio al Dr. Wang—. Vengo por una inyección de penicilina, es la única que me cura.

El Dr. Wang se echó a reír. —¿Te resfriaste? ¡Pero no te quedas quieto, hombre! ¿Te fuiste de parranda? Querías liberar tus calores internos, ¿verdad?

El viejo se sonrojó. —¿Cómo puedes decir esas tonterías, Dr. Wang? Ellos son unos majaderos, déjalos que hablen, pero tú eres un hombre culto.

—¿En serio no lo hiciste? —preguntó el doctor, ahora en tono serio.

—¿Cómo crees? ¡La mujer ahora es de otro! Eso sería una falta grave a la moral —dijo el viejo mientras unas gotas de sudor se escurrían por su rostro—. ¡Hay que tener algo de decencia!

El Dr. Wang lo miraba mientras le examinaba el pulso. —Antes era tu mujer. No pasa nada si lo hacen de nuevo.

—Antes... Eso era antes —murmuró el viejo con su cara, sus ojos y el sudor de la frente de color gris.

—¿Cuántos años tenías cuando los enlistaron a fuerza?

—20.

—¿Un día después de casarte?

—Ajá.

—¿Es cierto que regresaste corriendo de Xinjiang? ¿Jamás te subiste a ningún transporte?

—¡Ajá!

Al viejo de Xinjiang le daba demasiada pereza hablar, pues le habían preguntado lo mismo cientos de veces. Preguntas tú, pregunta él, pregunta ella, preguntan todos. ¡Qué molesto! ¿Por qué tenían que preguntar siempre lo mismo?

Ese año tenía veinte años, o tal vez diecinueve, ya no recordaba con claridad. Todo era tan lejano y borroso, parecía un sueño. Sólo recordaba que Xinjiang estaba muy, muy lejos. Cuando lo pescaron, ¡ya ni remedio! Había mucha gente y ni siquiera tenían cuerdas para amarrarlos. Agarraban a todos. A él lo sacaron del cuarto nupcial y lo metieron al cuartel. Caminaron y caminaron, años tal vez. Cuando le dijeron que habían llegado, nadie sabía cómo era Xinjiang. A él nada le importaba, sólo pensaba en su esposa. Ni siquiera tuvo tiempo de verla bien, aunque ya era su esposa.

Luego decidió huir. Lo intentó un par de veces, pero lo agarraron y lo golpearon casi hasta matarlo. En el quinto intento lo logró y regresó a casa corriendo. ¿Cuánto corrió? Jamás lo supo. Sólo corría de día, de noche, dormido, despierto, hasta que finalmente llegó a casa. Quizá corrió un mes, o un año, o varios años. ¿A quién le importaba eso? ¿Quién pensaba en esas cosas? Cuando regresó, su esposa ya era de otro. El hermano de él, ¡su propio hermano!, la había vendido, pues no podía mantenerla y, además, pensó que él ya estaba muerto, así que la vendió. Su mujer era ya la mujer de otro y él no tenía dinero para recuperarla, así de simple. El otro no era malo; ella se fue con él y ni modo. ¿A quién puedes culpar? Las cosas son así y ya. “Pero la gente pregunta una y otra vez. ¡Qué latosos son!” pensó.

Antes de pincharlo, el Dr. Wang quiso buscarle la vena.

—Mi piel es vieja, hazlo y ya —le dijo.

—No —dijo el doctor y lo obligó a estirar el brazo—. ¡Qué pena, hombre! Sólo dormiste una noche con ella —dijo el doctor.

El viejo sonrió mientras pensaba para sus adentros: “Ni siquiera una vez. Aquella noche le llegó el período”.

—¿No culpas a tu hermano?

—No. Ni qué hacerle, así es la vida. ¿De qué sirve el resentimiento?

—¿Y por qué no buscaste otra?

—No, eso me tocó vivir. ¿Para qué buscar otra?

El viejo entrecerró los ojos y desde el rabillo miró el cielo afuera de la ventana, vio los árboles y las hojas amarillas que flotaban y caían al suelo. Su rostro parecía una estatua de madera. Aquella conversación, tal parecía, no tenía nada que ver con él. Después de revisar sus brazos, el Dr. Wang le pidió que se bajara los pantalones. Se los bajó y reveló dos nalgas puntiagudas mientras le pedía al doctor pinchar la carne, porque la última vez le había dado al hueso y le había dolido durante varios días. El Dr. Wang sonrió. —¿Cuál carne, hombre? Jalo tu piel y tiene seis centímetros de largo. ¡Ponte a comer y deja de meterte con cualquier vieja! ¡Ponte de acuerdo con tu socio! ¡Ella quiso largarse con él, ahora que se aguanten!

El viejo no contestó.

—Además —prosiguió el doctor—, no te desgastes demasiado al hacerlo. Exagerar daña el cuerpo.

—Otra vez con lo mismo —dijo el viejo—. ¡Pero si tú eres un letrado, hombre!

El Dr. Wang soltó una risita de pollo. Con una mano levantó el cuero viejo de aquel trasero y con la otra clavó la aguja.

—Esta vez le atinaste a la carne. No me dolió tanto —dijo el viejo.

El Dr. Wang rio de nuevo. Como veterinario que golpea el trasero de un caballo, dio unas palmaditas en aquellas nalgas afiladas y dijo: —Levántate, no vayas a romper el tablón.

—¡Ay, no me pegues! Me dolió.

—¡Ay! Tus nalgas parecen campana; las tocas y suenan —dijo el doctor.

Entró a su casa y dejó el cesto, por cierto, ya mucho más liviano. Se angustió pensando que los últimos días soleados

del año le habían servido de poco, pero de inmediato meneó la cabeza. “¡Lo importante es estar vivo! ¿Para qué quiere uno tanto dinero?”, pensó.

Su casa no era grande: un *kang* de barro, un fogón de barro, una ventana de madera y cuatro paredes negras, llenas de grasa y ceniza. El papel amarillento de la ventana dejó la casa a oscuras. “¡Qué bueno!”, pensó. A él no le gustaba mucho la luz. Si cierras la puerta, la casa a oscuras parece un hogar en forma. Todo el mundo se queda afuera.

Sintió algo parecido a agua tibia en el corazón. ¡Qué bonito es tener una casa! Te protege del frío, de la lluvia y del chismerío de la gente.

Él le temía a la gente. Durante todos esos años se esforzó por olvidar, pero ellos le preguntaban una y otra vez, por lo que todo le venía a la mente, apachurraba su corazón, oprimía su cuerpo. Encendió el fogón, se puso a rebanar un camote del cerro, lo metió en la olla y en un instante se ablandó. “Lo tocas con la lengua y se resbala hacia la garganta”, pensó. Como hacía tiempo que se había quedado sin dientes, le costaba trabajo masticar y digerir la comida. “Cortas el camote del cerro en rodajas gruesas, se cuecen rápido, coges los palillos sin que la mano tiemble. Aunque eso sí, cada vez soy más torpe”, pensó.

¡Qué agradable era el sonido del camote en la olla! Sólo a veces el silencio absoluto del cuarto se veía interrumpido por sus murmullos.

Se sirvió agua en un cuenco. Con cada comida bebía un cuenco. Ese cuenco, sin orejas y con muchos años encima, flotaba dentro del barril. ¡Qué bueno que no tenía orejas! Al principio sí las tenía; lo llenaba de agua y lo ponía en el fogón para preparar té. Pero un día aquel gato de nariz blanca lo tiró al suelo. El cuenco se había descarapelado y de paso se había quedado sin orejas. ¡Qué bueno! Así podía entrar en el barril, pues otros tazones no cabían.

“En este mundo hay tantas cosas difíciles de entender”, pensó. “Tener orejas tiene sus ventajas; no tenerlas, también, y no es fácil saber cuáles ventajas son mayores. A todas las cosas del mundo le pasa lo mismo”.

¡Cuántos años! ¡Vaya que estaba viejo! Al no poder digerir los caldos espesos, había comenzado a sorber caldos aguados, casi transparentes. Caldo y más caldo, ¡qué comodidad! Además, así no gastas mucho. Te sientas en un banco, miras la luna y las estrellas, ¡qué comodidad! Amanecía y caía la noche; las hojas reverdecían, luego se tornaban pálidas y caían. Los años pasaban y nadie le podía quitar aquella comodidad.

El crepúsculo se asomaba, la oscura noche se asentaba y la comida estaba lista. El viejo de Xinjiang se sirvió un tazón, se sentó en el umbral de la puerta y se puso a comer. ¡Qué melodía! El caldo del tazón se evaporaba, su frente sudaba a chorros. Ante él estaba un tazón igual de lleno. Era para su amigo, el perro negro que a esas horas venía corriendo desde la casa de “su mujer” pisando la tenue luz de la luna e imprimiendo flores de ciruelo por todo el camino. Cuando terminaba de lamer su tazón, comenzaba la charla silenciosa entre ambos. Ése era el instante más feliz del día, pues el viejo de Xinjiang lograba olvidar su ser, al perro negro y a la gente del pueblo.

SOBRE EL AUTOR:

Xue Mo, cuyo nombre real es Chen Kaihong, es miembro de la Asociación de Escritores de China y vicepresidente de la Asociación de Escritores de la provincia de Gansu. Nació en el municipio de Hongxiang, ciudad de Liangzhou, provincia de Gansu en 1963. Necesitó 12 años, de 1988 a 2000, para crear *Sacrificio del desierto*.

Entre su prolífera obra literaria, traducida a muchos idiomas, destacan: *Sacrificio del desierto*, *Cazando el origen*, *El paso del tigre blanco* y *Xue Mo. Selección de relatos*. La obra de este ganador de varios premios literarios forma parte de los materiales de consulta de muchas licenciaturas de la Universidad de Beijing, la Universidad de Fudan de Shanghai, la Universidad de Lanzhou, la Universidad Central de las Minorías Étnicas, etc.

INVIERNO

Autor: Yang Xiaomin

Traducción: Mariana Escalante

Rodeas la fogata de estiércol, aburrido hasta el cansancio. Asignado al puesto de control más remoto del Tíbet, no puedes evitar culpar a otros de tu destino y amargura. Los soldados sólo ven soldados de día y cuentan estrellas de noche. En este lugar conocido como Isla desierta de nieve, no hay vida de la que se pueda hablar, sólo racimos de tallos de hierba dispersos, amarillos y duros. El sol se eleva y se oculta emitiendo intensos rayos ultravioleta, salpicando los insufribles años.

Tus pensamientos son sólo un pequeño río que fluye hacia atrás. Hace dos meses, la vida en la academia militar te permitía mojar los pies en las olas celestes que reflejaban un bello día de primavera, disfrutar tanto de ti mismo como para siquiera extrañar tu hogar. Te resistes a imaginar el futuro y, frente a la vida real, eres incapaz de superar obstáculos mentales para tejer coloridos sueños. Es como estar atrapado entre los picos cubiertos de blanca nieve que rodean el puesto de control sin poder escapar de la memoria del pasado.

Lánguidamente te enderezas, te llaman con gritos intermitentes.

Los soldados se encuentran dispersos corriendo por la nieve. Entre la multitud salta un pequeño animal. Después de caer nieve durante varios días seguidos, este zorro rojo que aparecía y desaparecía en los alrededores del puesto de control finalmente no pudo contener el hambre y el frío, y salió

a buscar comida. Un soldado gritó, todos se prepararon: el vasto campo de nieve se volvió una arena donde imperaba la ley de la selva.

Ves el zorro jadeando violentamente en los brazos de un soldado, su vientre moviéndose arriba y abajo con intensidad. A todos los envuelve una nube de aliento condensado por el frío; gritando, se agolpan para revelar el orgullo de los vencedores.

En ese momento, tu intuición te dice que en realidad no es una pequeña fiera, sino un hermoso elfo. Sus ojos tienen un sabor amargo; se retuerce y gruñe tímidamente. Su pelaje es rojo intenso, tan brillante y suave como una llama ardiendo...

Los soldados se pasan el zorro de uno a otro, como si fuera un premio.

—¡Miren! En cuanto lo tocas, se cura la piel congelada de las manos.

—Ya te lo he dicho, niño sichuanés. No digas tonterías, no es como tu noviecita cuya foto llevas siempre en el bolsillo... ella sí es obediente.

El que vino corriendo de la torre de control era un nuevo recluta. Su rostro agrietado por el congelamiento y las manchas de sangre en los labios hacían que no se atreviera a hablar en voz alta. Se puso el zorro en la mejilla y lo acarició codiciosamente diciendo: —¿Por qué dicen que el zorro huele a orina y yo huelo un placentero olor a dulce?

Observas todo esto con calma y te parece aburrido de alguna manera. Los músculos de la cara se contraen involuntariamente de vez en cuando, probablemente por efecto de un equilibrio mental que está en juego; el invierno es terrible.

No sabes en qué momento los soldados se callaron y se quedaron mirándote fijamente todos al mismo tiempo. Esto no puede significar más que una cosa: matar el zorro, hacer una bufanda o algo y dejar que los guardias del puesto de control se turnen para usarla. Es quizá una defensa efectiva para el frío y largo invierno.

El soldado de Sichuan saca un cuchillo. Te lo pasa vacilante.

Miras el cuchillo, miras el zorro y tu mente evoca cosas como piedras preciosas, Venus y aquel cisne blanco herido en el estanque de la academia militar. Cuando te das cuenta de que la disonancia de tal pensamiento está muy alejada de la realidad, se despierta una autocompasión tardía expresada en un breve silencio.

Sueltas el cuchillo del soldado de Sichuan. Cuando toca el piso, la mirada de todos se vuelve confusa de repente; algunos gruñen y patean desconcertados los copos de nieve. La vacilación tuya, el oficial con el más alto rango en el puesto de control, y la falta de sensibilidad respecto del deseo de los demás despiertan un gran desprecio y desconfianza.

Inflas las mejillas un par de veces, tragas saliva, te agachas para desenterrar ese cuchillo de un montículo de nieve que se había formado. Levantas la cabeza una vez más y todos continúan indiferentes. No te queda más que probar el filo, sostener el zorro con la mano izquierda, tirar de su perfecta y hermosa cabeza hacia arriba, soplar el suave y elegante pelaje del cuello con tu boca, levantar el cuchillo lenta y firmemente con tu mano derecha...

El zorro tiene un espasmo instintivo y cierra esos bellos e inigualables ojos por miedo, al tiempo que lanza un largo y lúgubre alarido.

Como si les hubieran vaciado recipientes de agua fría sobre la cabeza, los soldados despiertan en un abrir y cerrar de ojos. Casi en el mismo instante todos se abalanzan hacia ti. Siete u ocho pares de ásperas y grandes manos extendiéndose. —¡Deténgase...!

El tiempo se detiene. El soldado recién llegado del rostro agrietado se arrodilla salpicando la nieve y aferrándose a tu pierna dice entre sollozos: —Capitán, déjelo. Es mejor que el zorro venga y nos haga compañía. ¿No nos hace el puesto de control un poco menos solitario, monótono, aburrido y más alegre? Yo... prefiero hacer un turno extra cada noche que tener una bufanda de zorro.

Tus pensamientos se aclaran y exhalas profundamente, le das unas palmadas afectuosas al soldado nuevo en la cabeza

diciendo para tus adentros: “Tú también me has enseñado algo”. Después gritas: —¡Levántate! —al tiempo que tu mano lanza el cuchillo y sale volando a la distancia.

El zorro, temblando, se enrosca en la nieve y va tanteando el terreno. Con extremo cuidado pasa entre los soldados esperando a que le abran paso para entonces brincar y precipitarse hacia la nieve salvaje. Los soldados siguen con la mirada esa flama roja rodante que desaparece a la distancia.

Experimentas una especie de renacimiento intenso. Has formado un vínculo indisoluble con el puesto de control.

SOBRE EL AUTOR:

Yang Xiaomin es miembro de la Asociación de Escritores de China y vicepresidente de la Asociación de Escritores de la provincia de Henan. Durante muchos años, estuvo a cargo de la edición y revisión de la *Antología de novelas cortas y Cien Jardines*. Es autor de *Cien ensayos de ficción contemporánea*, *El sacrificio de Qingshuitang*, *Mi Himalaya*, *Rimas en la nieve*, *Invierno*, *La ficción es un arte popular*, entre otros. Ha compilado más de 400 volúmenes, entre los que destacan *Series de ficción contemporánea china* y *Novelas anuales chinas*.

AQUELLA SOLEDAD

Autora: Chen Yu

Traducción: Radina Dimitrova

Fue aquel deceso repentino lo que lo llevó a traicionarla.

Antes de que sucediera el desastre, ella era una mujer que pronto iba a ser madre. Para ese momento, las náuseas matutinas ya eran cosa del pasado, además ella había recuperado el sueño y también su ferviente amor por la comida. Tenía un aspecto saludable y fuerte, estaba de muy buen humor y rebosaba de energía. ¡Qué buena era la vida! A pesar de que su panza estaba muy abultada y la ropa de antes ya no se ajustaba a su gruesa cintura, la llegada de la primavera le trajo la oportunidad de ser elegante sin grandes esfuerzos: se ponía un vestido de maternidad suelto y cómodo, y así lucía más relajada que nunca.

Fue un fin de semana cuando decidió ir a los suburbios para visitar a una amiga. Cuando hablaron por teléfono, la amiga le describió una y otra vez la naturaleza de aquel pequeño poblado y cómo el amarillo brillante de la canola en flor contrastaba con el verdor de los brotes de trigo joven. Ella conocía muy bien aquel paisaje, pero no lo había visto en muchos años. Ahora que el embarazo le proporcionaba tranquilidad y tiempo libre, ¿qué más daba ir a echar un vistazo?

Ella rechazó el ofrecimiento de su esposo de acompañarla con el argumento de que todavía faltaba bastante para el parto, por lo que no había necesidad de vigilarla tanto y podía ir sola. Le daba pena molestarlo y no quería privarlo de sueño. Él trabajaba en el turno de noche y la única manera de reponer sus fuerzas era dormir durante el día. El esposo salió con

ella para acompañarla y de paso le arregló con la mano el cabello al lado de sus orejas para que se viera más ordenado. La llevó hasta la entrada del callejón donde se encontraba la parada de un autobús que llegaba al poblado de su amiga. La miró mientras subía al vehículo, después se despidieron y él regresó a casa. Se durmió. Cayó en los brazos de Morfeo tan pronto su cabeza tocó la almohada: era realmente agotador trabajar durante toda la noche. Se sumió en una profunda oscuridad donde los sueños escaseaban.

No supo lo que había sucedido mientras dormía. El autobús —en el que viajaban su esposa y el bebé próximo a nacer— chocó contra un automóvil que venía de frente y se volcó fuera de la carretera. En aquel momento su mujer y su futuro hijo lo abandonaron para siempre. Los vio en el hospital. Mejor dicho, vio el cuerpo de su esposa.

Un médico se le acercó. —Ella murió —dijo—. Murió tan pronto sucedió la colisión. Sufrió un daño cerebral, así que no sintió dolor. —Luego el doctor levantó la sábana blanca. Vio la cara y el cuerpo de su mujer, estaba intacta. La diferencia era que ahora se veía tiesa y lívida. La observó con atención, miró sus ojos muy abiertos en los que no había miedo, sólo sorpresa, como si estuviera viendo algo inexplicable. Esa misma expresión se dibujaba en su rostro cada vez que se enojaba con su marido: clavaba en él una mirada sorprendida e inocente, hasta que a él se le ablandaba el corazón. Con plena consciencia y hasta con ganas, él asumía toda la responsabilidad, sin importar si las razones del problema tenían que ver con él o no. Ahora, encontrándose de nuevo ante esa misma mirada, inmediatamente sintió la necesidad de hacerse responsable, pero esta vez, ¿qué culpa iba a asumir?

—Nuestro hospital quiere comprar el cuerpo de su esposa; por supuesto, sólo si usted está absolutamente de acuerdo. —El doctor le estaba hablando, se dirigía a él, pero al marido le costaba trabajo entender aquellas palabras. Instintivamente quiso clavar en la cara del médico sus puños de acero, pero supo controlarse. Aunque tenía una vida muy dura, eso no significaba que careciera de educación.

—Queremos mucho que el cuerpo de su esposa se quede aquí con nosotros. No sabe qué valor más grande tendría esto para la investigación médica. —El doctor buscaba las palabras con sumo cuidado, temía herir los sentimientos de aquel hombre. Una negociación así es muy difícil. De un lado está el familiar que acaba de perder a un ser querido y del otro está el médico con una actitud escrupulosa de velar por el desarrollo de la ciencia.

Finalmente llegaron a un acuerdo. El esposo renunció a su persistencia por una cantidad de dinero que ya no tenía la firmeza de rechazar y el médico —quien valoraba la investigación científica como la vida misma— consiguió lo que quería: el cuerpo sano y entero de una mujer joven con seis meses de embarazo. Dicen que, gracias a las tecnologías más avanzadas del mundo, el cuerpo de aquella mujer fue preservado de tal forma que parecía estar viva.

La conocí en una sala de exposiciones denominada “Los misterios del cuerpo humano”. Para mí fue una de muchas visitas al museo, además una a la que entré sin tener conocimiento previo sobre lo que iba a ver. El guía de la exposición insistió una y otra vez en que nos aseguráramos de entrar, ya que dentro se encontraba “un tesoro único en toda China”. De esta manera se refería precisamente al cuerpo de la mujer embarazada de seis meses. Aquí la habían apodado “La grulla sorprendida”, una metáfora poética que se refiere a la mujer bella y grácil; ése evidentemente no era su nombre verdadero. Yo no lograba ver lo poético en todo eso...

El guía nos contó la historia del cuerpo, cuyo valor actual alcanzaba una cantidad insólita. Eso se debía precisamente a la naturaleza accidental de la muerte que había convertido a “La grulla sorprendida” en un artefacto tan precioso y raro, de un valor excepcional para la investigación científica. El guía enfatizó el hecho de que ya habían pasado veinte años, pero en el rostro de ella todavía se preservaba la expresión de aquel instante de hacía dos décadas. La técnica que la había preservado para la eternidad era realmente insuperable. Ella estaba allí, con una apariencia magnánima y propia, con los

ojos sorprendidos y tan abiertos que la hacían parecer inocente y joven. Sus senos llenos y firmes rebosaban de vitalidad. La textura muscular de sus extremidades y abdomen tenía un aspecto fuerte y cautivador. El lugar donde había gestado y protegido a su bebé ahora era como una ventana por siempre abierta hacia el mundo. Ella exponía los secretos de su cuerpo ante cada par de ojos que la miraran: He aquí una mujer de seis meses de embarazo, con un bebé completamente sano en su vientre que parece querer estirarse y dar una patada en cualquier momento.

Cuando salí del museo, afuera brillaba la suave y clara luz septembrina de la costa del mar y el aire estaba impregnado de un denso aroma de hierba fresca. Sacudí la cabeza vigorosamente para tratar de sacar de mi memoria la mirada de aquella mujer. Pero allí seguía, impregnada en mi mente. De nuevo miré hacia atrás: el deslumbrante sol hacía que el museo –depositario de la impasibilidad científica– pareciera hundido entre sombras.

Ahí estaba resguardado el soplo escalofriante de la ciencia.

...

SOBRE LA AUTORA:

Chen Yu, escritora china y miembro de la Asociación de Escritores de China, ha publicado una serie de antologías de cuentos y novelas cortas como *Rastros de una bella*, *El florero de porcelana azul*, *Quién escuchó el canto de la mariposa*, *La oscuridad de la noche*, *Hey, llamaré a tu puerta*, etc. Ganó el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato en su primera y sexta edición, al igual que el Premio *Liuqing* de Literatura en su cuarta edición.

OCHO CARACTERES

(de la serie Cuentos asombrosos de la capital de Yan)

Autor: Hou Lei

Traducción: Radina Dimitrova

No hay otro lugar en el mundo donde a las mujeres embarazadas se les atienda con tanta atención y detalle como en la capital de Yan. Y eso que aquí no existen los ginecólogos particulares, ni siquiera las parteras.

En la capital de Yan, cuando una mujer queda embarazada, se le registra obligatoriamente y se abre un expediente en un lugar denominado Hospital de la Bendita Felicidad. Después de programar el momento del parto, los médicos asignados por las autoridades realizan visitas de manera periódica para revisar la condición de la mujer encinta en su propia casa. En el octavo mes del embarazo, el gobierno envía a una enfermera y también provee alimentos y bebidas de primera calidad sin costo alguno. Justo antes del alumbramiento, las autoridades envían un grupo de empleados que llevan a la parturienta al Hospital de la Bendita Felicidad y, mientras los parientes esperan fuera, llega la bendición. Momentos después, todos rebotan de felicidad, pues el niño ya se encuentra en los brazos de su familia. Después de la recuperación y el regreso a casa, la madre también recibe dinero y regalos, algo que siempre ha sido una fuente de orgullo para los residentes de la capital de Yan.

Corría el rumor de que, en esa ciudad, antaño estaba pegada por doquier la siguiente advertencia: “Parto privado, condena colectiva”. Es decir, aquellas que no daban a luz en el

Hospital de la Bendita Felicidad enfrentaban severas represalias: la familia entera era exterminada y todos sus bienes eran confiscados. Es mejor dejar a la imaginación de cada quien la escala de aquella atrocidad.

1.

—¿Qué es eso del “parto privado, condena colectiva”? ¡Jamás he visto o escuchado algo semejante! —comentó el dueño del albergue—. Todos en el gobierno son unos déspotas, pedantes e ineptos. Sólo los intelectuales, tan diestros en el arte de la palabrería hueca, pueden inventar semejante chisme.

Ésa fue la respuesta del dueño del albergue cuando quise consultar con él aquellos rumores. Era un hombre viejo, rebosante de energía y buen humor, con una espalda muy erguida y un físico excepcional; vestía un pantalón y una túnica muy anticuados pero limpios. Frente a cualquier necesidad, él siempre estaba dispuesto, incluso feliz de ayudar. También quería preguntarle por qué no había ginecólogos particulares ni parteras en su ciudad, pero el asunto me ponía nervioso. Todo el tiempo el dueño del albergue hacía ejercicios, de pronto daba dos pasos hacia enfrente y luego lanzaba dos patadas muy altas con cada pie. Ambas llegaban por encima de su cabeza, como si quisiera derribar un pájaro de un golpe.

El motivo que en esa ocasión me había llevado a la capital de Yan eran los “ocho caracteres”, algo que cada ciudadano aquí poseía desde su nacimiento y que atesoraba por encima de todo. Los ocho caracteres resultan de la combinación de los Diez Troncos Celestiales y las Doce Ramas Terrestres, y señalan el año, el mes, el día y la hora de nacimiento de una persona. Desde el momento que uno arriba a este mundo, su buena fortuna queda determinada para toda la vida en virtud de esos ocho símbolos. Aquí en la capital de Yan, ese tipo de adivinación era una habilidad tan común como la de hacer raviolos o tallarines.

Cada persona tiene su propia combinación de ocho caracteres, el criterio absoluto que habrá de determinar su porvenir.

Fue precisamente ésa la razón que me llevó a vivir en el patio trasero de aquel albergue, el cual sólo se podía alcanzar si uno atravesaba primero la entrada donde yacían apiladas todo tipo de cosas, luego rodeaba el patio principal que se encontraba abarrotado de cocinetas, y finalmente pasaba por el corredor con ventanas de rejas desbaratadas. Ese patio trasero era el lugar más tranquilo y recóndito, ahí el pestillo siempre estaba descorrido y la puerta nunca se cerraba con llave.

Todo aquí estaba muy bien, así que llegué solo a la puerta del patio. Quería salir a ver la puesta del sol.

2.

La oscura silueta de una persona se deslizó tan sigilosa como un gato por el patio trasero. No logré divisar los detalles de su ropa, sólo pude ver que vestía de negro. Espantado, grité sin querer: —¿Quién es?

La sombra zigzagueaba rápido. Me volteé y fui tras ella, como si persiguiera a un conejo huidizo. Después de dar unos pasos más, llegó hasta la puerta de mi cuarto y se desplomó en la entrada. Cuando la alcancé, ante mis ojos la sombra se convirtió en una joven mujer que llevaba puesto un vestido negro.

Le permití entrar al cuarto. Su vientre estaba abultado. Un rubor infantil todavía iluminaba su rostro. Ciertamente es más placentero lidiar con un terremoto o una erupción volcánica que tener a una mujer embarazada en casa. No soy ginecólogo ni he visto uno en la capital de Yan.

A cada instante su rostro cambiaba de color, primero se ruborizaba y luego palidecía. Después de un rato se sentó. La ropa negra delineaba su contorno visiblemente abultado. Le ofrecí agua y la ayudé a sentarse en una silla con respaldo.

—Ayúdame, no quiero dar a luz en el Hospital de la Bendita Felicidad.

Éstas fueron sus primeras palabras. Cuando la calamidad, igual que una montaña, se descarga sobre un ser humano, éste de inmediato se vuelve insignificante y se llena de terror.

—Tal vez no sepas que en la parte norte de esta ciudad viven los poderosos. Nosotros ignoramos qué comen, qué visten y cómo viven. Eso sí, no tienen que preocuparse de su vivienda, sustento o hijos. Desde el día en que nacen, ya gobiernan todo en la capital de Yan. Mientras tanto, en la parte sur vive la gente común, cuya vida se reduce al trabajo sin descanso. Los hijos de los poderosos son eternamente poderosos, igual que los hijos de los jueces siempre son jueces. No entiendo por qué nuestra vida es tan difícil, mientras que ellos no necesitan hacer absolutamente nada...

—Bueno, la gente común puede ocuparse tanto en hacer su trabajo, como en ganar su dinero. Pero ¿qué tiene que ver esto con el Hospital de la Bendita Felicidad?

—No sabes nada —suspiró ella.

Me dispuse a escucharla en silencio.

3.

—En la capital de Yan, las mujeres atraviesan el parto medio adormecidas. Lo único que llegan a sentir es un breve dolor en el estómago, el cual parece partirse en dos como una sandía madura cuando sacan de allí al bebé. Los niños extraídos de esta manera no tienen ocho caracteres. Mejor dicho, no tienen los naturales, sino aquellos que les asignan los empleados del hospital, y éstos no son correctos. Los hijos de los poderosos nacen mediante parto natural y por eso sus ocho caracteres son los correctos. Ellos pueden desarrollar su talento, ser funcionarios, cumplir sus sueños. Desde el primer instante de la carrera nos llevan la ventaja...

—Si vas a dar a luz en el Hospital de la Bendita Felicidad, no está en tus manos decidir si será un parto natural o uno inducido. Si eres una persona común, debes aceptar que no podrás tener un parto natural y te van a practicar una cesárea. La posibilidad de parir en casa es aún menor, ya que no hay ginecólogos particulares ni parteras. “Parto privado, condena colectiva” ha sido la pesadilla de generaciones de mujeres en la Capital de Yan.

—No quiero que mi hijo sea una persona común, no quie-

ro que vaya a la escuela para hacer exámenes y tenga que contestar preguntas incontestables y competir para escuelas en las que jamás podrá entrar. Y aun si logra entrar, luego no podrá tener un buen futuro. No quiero que sufra con un trabajo arduo e interminable de lunes a viernes y que, a cambio de un salario miserable, renuncie su oportunidad de ser parte de la gobernación de nuestra capital. Esta ciudad es mi hogar también, pero nunca antes he hablado en su defensa.

—¿Todavía no nace y ya sabes que es niño? —la interrumpí para tratar de suprimir el pánico que la poseía. Estaba demasiado alterada y yo quería calmarla.

—Puedo sentirlo por la fuerza de sus patadas. Si fuera niña, sería un poco más tierna.

—Aun si esto fuera verdad... Quiero decir, hay cierta probabilidad de que aquellos personajes importantes no traten mal a la gente común. Y aunque sean malos, seguramente son más listos que la gente común, por lo tanto es mejor entregarles la capital de Yan.

—No obstante, no puedo aceptar que a mi hijo se le asignen unos ocho caracteres posnatales. Aunque fueran los correctos, no los quiero.

—¿Será que no tengo los ocho caracteres porque soy un forastero? ¿Habrà alguna manera de obtenerlos?

Ella suspiró. —Llevaba un tiempo observando tu vivienda. Confío en ti precisamente porque no eres de aquí. ¿Podrías buscarme un poco de arena limpia? El niño debe nacer sobre tierra.

—¿Y dónde encuentro yo arena?

—En la parte oriental del barrio, al sur del camino, hay una casa donde están construyendo una cocineta. Con dos palas de arena sería suficiente.

—Está bien, aunque... ¿De quién es el niño? ¿Dónde está su padre?

Ella clavó su mirada en mí y pronunció muy lentamente:

—Eso no es importante.

—Para un hombre de buena moral, es más fácil renunciar al linaje familiar que dejar a su esposa sufrir penurias. Pro-

crear a ciegas es un pecado. —Al terminar de decir esto, decidí ayudarla.

Ella acababa de hablar tanto sobre alumbramientos que mi mente se llenó de términos sangrientos como líquido amniótico, dilatación cervical, anestesia, parto inducido, cesárea, posición incorrecta del feto, cordón umbilical enredado, corte perineal lateral, aborto espontáneo... Se puede decir que quise hacer algo bueno, ayudarla sin reparos, sin conocer los pormenores de su historia y evitando que el pequeño asunto pasara a mayores.

4.

Salí del cuarto cargando una pala. En la parte oriental del barrio, al sur del camino, ciertamente había un montículo de arena ni pequeño ni grande; sobre él estaba apoyado un tamiz que parecía haber encontrado un protector. Mientras la arena del montículo llenaba la pala, un hombre mayor se acercó a paso lento. El sol del atardecer ya descendía detrás de los montes, por eso no pude ver la sombra de aquel hombre. Sabía que lo que hacía no contaba como un robo. Sólo tenía que evitar las bolas de arena, apelmazadas como bollos al vapor por la orina de los niños.

Con una sonrisa burlona, el viejo me preguntó qué hacía y sólo entonces lo reconocí: ¡era el dueño del albergue! Decidí pedirle ayuda y, con este pretexto, ganarme otra oportunidad de escuchar más sobre los ocho caracteres en palabras de un lugareño.

Sin darme cuenta, le conté todo sobre aquel raro encuentro en mi cuarto acontecido hacía menos de una hora y hasta le pedí que me diera algunas ideas de qué hacer. Deseaba que la luz de la experiencia de toda su vida fuera mi guía y me señalara el camino correcto.

La sonrisa seguía iluminando su rostro mientras él permanecía en silencio. En ese momento, un mozo diminuto y enérgico apareció por detrás de su silueta. El viejo le susurró unas palabras al oído y los ojos del mozo relucieron como los de un búho, como una luz indicadora que se encendía para

dar señales. El viejo le dio un recado al mozo y éste salió disparado. Después el viejo lanzó dos patadas muy altas, cada una sobrevoló su cabeza, cual si quisiera derribar un pájaro de un golpe.

—¿Cómo ves mis piernas? —me preguntó mientras seguía ejercitándose, como si pensara en voz alta—. Soy dueño de un albergue; sin embargo, aquí cada persona tiene la obligación de vigilar si las mujeres tienen a sus hijos en el Hospital de la Bendita Felicidad. —Y prosiguió mientras alzaba sus piernas como para “patear pajaritos”—: Quien venga a nuestra capital de Yan también debe respetar nuestras reglas. Y si no las obedece, lo reportamos.

Él siguió doblando su cintura y lanzando patadas. Los movimientos de su cuerpo se asemejaban a los de una marioneta colgada de sus cuerdas. Probablemente así pasaban todos sus días...

5.

Mientras el crepúsculo caía paulatinamente, apareció de quién sabe dónde un escuadrón de hombres uniformados listos para atender urgencias. Entraron en fila india al patio trasero del albergue y apresaron rápido a aquella mujer. Ella ya se había desmayado cuando los uniformados la levantaron de ambos lados y la metieron en un carro que se esfumó como un fantasma.

—Es por su bien. Cuidarán bien de ella en el Hospital de la Felicidad Bendita —señaló el dueño del albergue—. A ella también le toca el debido tratamiento.

Acompañé al dueño del albergue en una breve conversación donde yo le platiqué de algunas dificultades que enfrentábamos los forasteros, mientras que él me contó muchas de las costumbres de la capital de Yan y así me llené de admiración por la cultura de esa antigua ciudad. Le pregunté cuál era el secreto de la asignación de los ocho caracteres.

—No tiene nada de especial, simplemente representa el tiempo de nacimiento —explicó él—. Si ya te lo han asignado y no obedeces, ¿quién tiene la culpa?

Antes de retirarme, le agradecí de corazón por su bondad.

Cuando regresé al patio trasero, abrí la puerta de mi cuarto, que estaba cerrada firmemente. Dentro me esperaba mi esposa, quien muy pronto iba a parir. Había aprovechado un momento cuando el viejo dueño no estaba vigilando para esconderla allí sin que alguien nos viera. Era aquí donde mi hijo arribaría a este mundo y el techo de este cuarto sería su yurta de nacimiento.

Éramos forasteros. Rezamos para que nuestros hijos tengan sus ocho caracteres asignados por el cielo y no confeccionados por otros hombres. El niño no podía nacer de manera natural en el Hospital de la Felicidad Bendita, pero inevitablemente tenía que nacer en la capital de Yan. Por eso me había asegurado de tener a mi esposa bien escondida, para que nadie la encontrara.

SOBRE EL AUTOR:

Hou Lei es un joven escritor y poeta de Beijing, maestro en literatura china por la Universidad Renmin de China y gran aficionado del teatro tradicional chino *kunqu*. Ha trabajado como editor, docente y periodista; actualmente se desempeña como editor en la revista *Literatura de Beijing*. Estudia con gran entusiasmo la cultura local de la capital china, a la cual ha dedicado una trilogía compuesta por *Crónica de la buena vida*, *Árbol de humo* y *Cuentos asombrosos de la capital de Yan*. Es también autor de colecciones de ensayos de investigación sobre historia y literatura como *La Gran dinastía Tang según su poesía*, *La Gran dinastía Song según su poesía*; novelas como *Renacimiento*; novelas cortas y antologías de cuentos como *Gente bajo hielo e Iluminación*; artículos en redes sociales chinas bajo el título *Antaño, Beijing era un criadero de pobres*. Algunas de sus obras se han traducido al inglés y al ruso.

ENCUENTRO CON UNA BELLA JOVEN

Autor: Yu Xiaowei

Traducción: Yuridia Loaiza

Debo confesar que ella llamó mi atención tan pronto como me subí al tren.

Compartíamos el mismo coche-cama; es más, éramos vecinos de litera. Sólo nos separaba un pasillo pequeño y angosto, ambos en la litera de en medio.

Llegar a esa litera no fue sencillo. En un principio, les pedí a tres amigos que me comparan el boleto con antelación, pero... En fin, no vale la pena hablar sobre las dificultades, puesto que, si transformara la energía empleada en ello a newtons, ésta bastaría para poner 15 metros de vías de tren.

Poco a poco fue anocheciendo. Lo más sensato habría sido que, después de tantos esfuerzos para conseguir esa litera, de inmediato procediera a asearme y a dormir, pero no lo hice, sino que me senté en el banco del pasillo cerca de esta litera. Sin prestarle mucha atención, de vez en cuando la veía mientras pensaba: “¿De qué presumes? Sólo sirves para que la gente, en vez de sentarse, se acueste”.

Uno se mata por conseguir una litera en el tren y luego ni le importa. A partir de mi experiencia en viajes nocturnos como éste, cuando viajas sentado en un asiento de tercera clase, después de medianoche comienzas a dormitar y cada minuto posterior representa un tormento insopportable. La lucha tras conciliar el sueño es similar a la que libra el policía más cordial en aras de obtener la confesión del sospechoso más obstinado.

Cuando llegan los pequeños brotes de somnolencia, haces todo por convertir el largo viaje en uno corto, por apurar la noche y apresurar la madrugada. Sin embargo, bajo las circunstancias del momento, mientras vigilara esa litera con desafección e indiferencia imprevistas, mientras esta litera estuviera a mi lado, mientras me perteneciera, mientras tuviera la posibilidad de treparme (cuando me llegara el sueño), me sentía satisfecho, aunque no durmiera en toda la noche. Es claro que la somnolencia es en parte psicológica.

Sin duda, aún no había llegado la hora del sueño. La noche apenas extendía su manto oscuro. Sin embargo, lo aún más importante era que aquella bella jovencita también estaba despierta, sentada en la litera de alguien más, tecleando en su celular frente a mí.

Ella tendría unos de 20 años, o quizás estaba por cumplirlos. Tenía una cabellera larga y vestía ropa muy sexi. Como era verano, llevaba un *crop top* fresco y unos capri, la clase de capri que apenas cubre la mitad de la pantorrilla y deja expuesta una parte de los pies. La joven calzaba un par de zapatillas delgadas, como pantuflas de color blanco (su nombre se me escapa), adornadas sutilmente con un patrón de finas flores doradas. En resumen, lucía a la moda y muy juvenil.

Se agachó un par de veces (la primera para recoger un cable que se le había caído y la segunda para organizar la maleta que estaba debajo de la litera) y de manera inconsciente eché una mirada a sus senos. Eran como lunas plateadas cubiertas por el mar a punto de emerger. Hermosas y capaces de turbar un poco el corazón. Yo esperaba con ansia la siguiente vez que se agachara. No tanto porque sea un perverso, sino por la incredulidad de lo que vi, el escepticismo de lo que pasó frente a mis ojos como niebla, o mejor dicho, con la velocidad de una nube pasajera, tan similar a un sueño.

Medité por largo tiempo: ¿Sería capaz de ignorar su belleza como lo hice con la litera? Le di vueltas a la pregunta en mi mente y negué con la cabeza. No podría hacerlo. Aquella litera era naturaleza muerta y su belleza era naturaleza viva; ignorar su existencia sería ignorar la vida misma, primero la de

ella, luego la mía y al final la de la humanidad entera. Me convertiría en verdugo.

Ella estaba sentada allá y yo, acá. En ese momento, una melodía comenzó a reproducirse en el vagón, una canción de buenas noches: *Infancia*. “En los banianos junto al estanque, las cigarras invocan el verano cantando...”. Luego vino la canción *Aquellas flores*. “Todas se marchitaron. ¿Dónde están? Soy afortunado de haberlas acompañado en su florecer...”. Estaba convencido de que el responsable de transmitir esas canciones era un artista. Era obvio que las melodías no eran las originales, ni pertenecían al género popular comercializable en CD. Antes bien parecía una mezcla y selección de sus gustos, que la había descargado para reproducirla de manera consecutiva, pues después le siguió: *Nuestra vida está llena de sol*. “Nuestro corazón está volando hacia la lejanía, anhelando el glorioso sueño revolucionario...”, jodidamente trágico y absurdo en exceso.

En la cercanía, algunos hombres (un poco cortos de valor, pero carentes de vergüenza) intentaron entablar una conversación con la joven uno tras otro, y uno tras otro se topó con pared. Uno de ellos, con apariencia de funcionario cincuentón, tomó la iniciativa de preguntarle con interés: —¿De dónde vienes niña? ¿A dónde vas? —La bella joven le echó una fría mirada y no dijo palabra alguna. El hombre se vio forzado a retirarse con vergüenza.

Luego, otro de ellos, un joven de veintitantos años, confiado en que la cercanía de edad le otorgaría una ventaja relativa en la comunicación, se dirigió a ella con altivez: —¡Oye! ¿Tu teléfono es un iPhone 4? Es nuevo, ¿verdad? ¿A qué precio lo vendían cuando lo compraste? —La joven, sin siquiera levantar la mirada, continuó jugando en su celular (o quizá enviando mensajes de texto).

Me di cuenta de que había llegado la hora de cenar. Una aglomeración de personas se acercó al vagón buffet. Para quienes se quedaron en su lugar, un empleado empujaba un carrito con comidas preparadas, las cuales ofrecía a un precio varias veces más alto que su valor normal. Ella declinó el ali-

mento y sólo tomo un vaso de agua. Después de que los otros comenzaran a comer el postre, la joven sacó un pedazo de pan de su bolsa y, callada, lo rompía en pedazos que metía en su boca. Encontré su forma de comer muy agraciada.

Sólo una vez se levantó, posiblemente para ir al sanitario. Cuando regresó, confirmé que lo que calzaba en definitiva no podían ser pantuflas, pues éstas emiten un golpeteo sordo y rezagado al andar, pero en su caso, nada. Me sentí compelido a observar sus zapatillas con atención. No tenían agujetas, lo que les daba su apariencia de pantuflas, pero se amoldaban al tamaño del pie a la perfección; además, eran un poco altas. De ningún modo podían ser pantuflas. También me percaté de que usaba una fina cadena, resplandeciente como plata, en uno de sus tobillos. Era muy bonita.

Al fin, había llegado la hora del sueño. Vacilé en si debía recostarme en la litera antes que ella. A decir verdad, no me sentía cansado. Sin embargo, era incapaz de determinar en qué momento se recostaría ella. Si ella se acostaba primero y luego yo, esto demostraría que me moría de ganas de estar con ella, tanto dormido como despierto. Entonces pensé: “¿No me veo extraño sentado aquí en esta butaca del pasillo?”.

Decidí que, aunque no me sintiera cansado, me recostaría primero.

Esta decisión fue prueba de mi inteligencia. Pronto escuché el sonido del roce entre tela y ropa que provenía de la litera vecina. Por supuesto, aunque yo no fuese inteligente, ella de cualquier manera se habría acostado.

La oscuridad de la noche se hizo más profunda. A intervalos, los postes de luz en el exterior creaban un efímero reflejo luminoso a través de la ventana. Al principio, yo no dormía. Me dije que no estaba cansado, mucho menos después de que las piernas de la joven ya dormida emergieron del cobertor. La parte inferior de su capri, que llegaba hasta la pantorrilla, se había subido y permitía ver un poco más allá de la rodilla. En aquella oscuridad monocromática, un destello de luz iluminó por un instante la pierna suave y blanca. Comencé a dar vueltas en la litera.

Después pensé: “Si no duermo, seguir viéndola será un placer; si logró conciliar el sueño, dejaré de verla y tendré otro tipo de placer. Tener insomnio con una mujer hermosa al lado es violar la bendición del sueño”.

Rápidamente me quedé dormido.

No soñé esa noche. En la madrugada, el tren ya estaba por llegar a la ciudad X. Puse en orden mi maleta y ella también guardó sus cosas. Ambos habíamos llegado a nuestro destino.

Al bajar del tren, salimos hacia la plaza; ella iba por delante y yo detrás separado por unos diez metros. Parecía que, antes de retornar a casa, teníamos la posibilidad de hacernos compañía el uno al otro compartiendo una parte del camino. De pronto ella se detuvo y un mendigo sentado en la banqueta extendió su par de brazos flacos hacia ella.

Buscó en sus bolsillos. Vi que pescó una moneda de un yuan de su pantalón, pero no se la entregó. Continuó buscando y sacó un billete de diez yuanes. Por fin se agachó y colocó tanto la moneda como el billete en las palmas del pordiosero.

Yo la veía desde donde estaba. Juro que cuando se agachó no miré su escote, sino que presté atención a toda la imagen ante mis ojos.

Seguimos caminando, ella por delante y yo por detrás. Un joven, apoyándose en su motocicleta, se había detenido en la calle a la distancia. Agitaba los brazos saludando a la joven con efusividad. Al verlo, ella de inmediato brincó de felicidad y le devolvió el saludo. Tal vez eran novios. El muchacho definitivamente había esperado su llegada.

Los jóvenes se acercaron hasta quedar cara a cara, gesticulaban continuamente y se miraban el uno al otro con la enardecida calidez de un rayo solar. Mientras los veía, de golpe hice una especie de descubrimiento. Ellos no intercambiaban palabras, pues no se escuchaba ningún sonido a su alrededor. De inmediato caí en la cuenta de que aquello era lenguaje de señas.

Aquella bella joven sencillamente me pareció una extraordinaria directora de orquesta. Movía las manos de arriba

hacia abajo, de un lado al otro, como si dirigiera la sinfonía más placentera del mundo.

SOBRE EL AUTOR:

Yu Xiaowei nació en 1970. Es escritor, pintor y actual vicepresidente de la Asociación de Escritores de Liaoning. Fungió como editor en jefe de la revista literaria *Río Yalu*. Ganó el Premio Junma de Literatura en su novena edición, organizado por la Asociación de Escritores de China. De manera consecutiva ganó la primera, segunda, tercera, cuarta y quinta edición del Premio al joven escritor destacado de la provincia de Liaoning. Participó en la 61ª Feria Internacional del Libro de Frankfurt, Alemania, así como en destacados círculos literarios en Corea y Japón. Su obra se ha traducido al japonés, coreano, ruso, mongol, entre otros.

LOS DESCARRILADOS

Autora: Yang Fan

Traducción: Graciela Peña Estrada

Jidong contestó la decimotercera llamada y necesitaba un trago. Desde el fondo de la copa de whiskey salpicaban ramilletes de flores que brotaban hacia la superficie cuando el teléfono volvió a sonar. La voz de su tía se entremezclaba con el ruido de los cubos de hielo; una voz dulce, como de alguien que comió postre después del almuerzo, alababa el carácter moral de cierta mujer quien, como siempre, era la mejor opción del mundo.

Sin entrar en muchos detalles, Jidong era de los que usan trajes Armani, maletines Louis Vuitton y perfumes de Burberry; tanto en las reuniones casuales como en los negocios o las citas a ciegas, estos accesorios jamás podían faltar. Al parecer, ésa era la razón de su soltería empedernida. Jidong observó su oficina, lentamente se sirvió otro trago y para adentro. Un enorme pedazo de hielo empapó sus entrañas.

La gran mayoría de quienes hacían negocios con Jidong solía recordarlo: ojos penetrantes y espíritu vigoroso; un joven fresco que podía hablar durante toda la noche.

Después de entregarle las llaves del coche al valet, envuelto en una tenue luz nocturna, entró a una sala deslumbrante. Jidong había reservado la mesa siete, pues quería pasar un rato solo mientras esperaba a su cita. Luego, pasaría otro rato cenando con la mujer, pero eso dependía de las circunstancias. Jidong no dormía bien y siempre necesitaba de mujeres para conciliar el sueño. Claro que eso no implica-

ba haber encontrado la solución definitiva. Dejando de lado la falta de tiempo para conocer mujeres, él todavía tenía otro mal hábito: desde el primer vistazo podía juzgar la calidad de una mujer. Con el tiempo eso también le perturbó el sueño. Cuando la mujer no era fácil de descifrar, él le dedicaba un poco más de tiempo. El pasado fin de semana fueron 18 minutos. Esperó un cuarto de hora, en eso una mujer con un corte tipo “bob” apareció y él partió tres minutos después.

Si bien 15 minutos de espera para una cita a ciegas es apropiado y ese corte de cabello le va bien a una mujer joven, él fue capaz de descifrarla tan pronto como su sonrisa exhibió su pequeño diente de oro. Por desgracia, ésa no fue la única noche desperdiciada en poco más de medio año. No la invitó a cenar con él ni la culpó por su pérdida de apetito; más bien experimentó autocompasión cuando vislumbró su propia figura en el espejo mientras se apresuraba a salir.

Ese día era el turno de esperar a una especialista en comercio exterior de 24 años, una mujer bella y refinada. Llegó y se detuvo frente a él. Llegó... ¿cuántos minutos tarde? Lo observó con detenimiento, pero Jidong sólo le echó un vistazo. En definitiva, la mujer no tenía 24 años; había mentido sobre su edad y eso le causó a Jidong un ligero sentimiento de frustración. “Liang Yuanshu jamás haría eso”, pensó.

—Jidong, ¿eres tú? —Su voz era ronca, su cabello largo y lacio, los ojos muy delineados; incluso su apellido, Liang... todo en ella era correcto. Tras siete años no había cambiado mucho.

Jidong sonrió. —Siempre quise hablarte por teléfono, pero nunca lo hice.

Yuanshu preguntó: —¿Y para qué?

Jidong rio y le dijo: —Somos viejos compañeros de clase. En una ciudad, es necesario mantener contacto con los compañeros.

—Haces bien —dijo la mujer.

Instantes después llegó el café.

Jidong le preguntó: —¿Cómo has estado? ¿Qué tal te la has pasado en estos años?

Liang Yuanshu sonrió. —Si quieres un seguro, búscame a mí. He oído que a ti te fue bien.

—Bueno, mi empresa no es ni grande ni pequeña, pero sí completamente legal. Los compañeros deben ayudarse. Eras muy buena en tiro con arco; todos los muchachos hacían fila para que tú los flecharas, aunque fuera en sus sueños.

Liang Yuanshu sonrió. —Tú estabas muy flaco. El maestro Wang decía que parecías pelón de hospicio cuando nos daban chuletas.

Jidong soltó una carcajada. —Me atragantaba, pero era el segundo en la fila, sólo después del cabezón.

Liang Yuanshu parecía una estatua roja de cera bajo la tenue luz. Todo parecía un sueño ya soñado. De repente, lo asaltaron dudas, como cuando estás frente a un óleo sin nombre; de cerca no distingues nada y necesitas alejarte para que la pintura no te envuelva.

Jidong era un conductor experimentado en la carretera de la vida. Haciendo a un lado su ostentosa vestimenta, seguía siendo aquel acosador de antaño. Su familia no pertenecía a la alta sociedad, pero él era ambicioso y diligente. En la cima y en el abismo, los avances y los reveses de Jidong se entretejían. Sus músculos pronunciados, los besos del sol, la vergüenza o la ira de principiante, todo se había esfumado de su rostro, cual gotas de rocío. Ahora podía pisar el freno o el acelerador. Una vida con opciones es una vida exitosa y Jidong nunca dudó de eso.

—¿Qué será del cabezón? Vamos a buscarlo para charlar —dijo Jidong.

Liang Yuanshu bajó la mirada y revolvió el café. —Hoy vine para hacerle un favor a alguien. No frunzas el ceño; todos dicen que mi prima es perfecta.

Jidong se recuperó de la sorpresa. —Este encuentro resultó mejor que hablar por teléfono. El cabezón tiene una empresa muy grande y seguido pregunta por ti.

—Puede buscarme cuando quiera comprar un seguro. —Liang Yuanshu bebió el contenido de la taza y luego prosiguió—: Tengo que irme.

—¿Tienes otra cita?

—Ya estás grandecito, así que ya sabes que el tiempo es oro. Ya me voy.

En silencio, Jidong la vio guardar su celular y sus guantes en su bolso. Cuando ella se levantó, Jidong se inclinó, puso su mano sobre la de ella y le dijo que debería de quedarse un poco más.

En ese momento, apareció una mujer joven. Liang Yuanshu, bolso en mano, partió y la noche se deprimió.

Incluso la luna misma le dio bienvenida al portento de Liang Yuanshu. Cuando llegó, la luna no lucía, pero de pronto ésta se colgó en el firmamento, extrañamente brillante. Liang Yuanshu salió corriendo por la puerta y giró hacia el callejón. Hacía días que había planeado buscar un taller de costura en ese callejón. Su sombrero tenía un agujero y el moño estaba a punto de caerse, por lo que le urgía encontrar el taller. Caminaba tambaleándose y golpeando ruidosamente el suelo con sus tacones. Nunca imaginó caminar en una noche de primavera, con tanta luz de luna, en un callejón tan oscuro. En este mundo, sólo quedaron sus tacones y la exuberante luz de la luna en cascada.

Antes de la llegada de Jidong, la mujer había recorrido todo el callejón, pero ni rastro de aquel taller. Tal vez estaba cerrado o se había cambiado de lugar. Como no había caminado por esos rumbos desde hacía mucho tiempo, ya no reconocía el sitio. Con su sombrero en la mano, se detuvo junto a una tienda de música para masajear sus pantorrillas. De la tienda salía una melodía de jazz ligero acompañada por una tonta voz femenina. Todo flotaba en aquella noche profunda.

Jidong caminó con las manos en los pantalones y la luna a sus espaldas. Su sombra cubría el suelo. Al verlo, Liang Yuanshu quiso quitarse los tacones altos y saltar dentro de aquella sombra; sus manos entrelazadas. Entonces, el tiempo se detuvo.

El aire escaseaba en la habitación. Él tenía el tenue brillo de la luna a sus espaldas; ella sospechaba que iba a llover. Así era

la primavera de esta ciudad, sin reglas ni hábitos. Y en efecto, una lluvia torrencial cayó después de medianoche, “sh sh sh”, cual fina arena de mar. Al otro lado de aquella extraña ventana, el mundo era fresco, ancho, húmedo. Liang Yuanshu tocó el suelo a oscuras y abrió las cortinas; la luz de un relámpago acarició su mano, la cortina se deslizó ente sus dedos, la lluvia entró a la habitación, cada vez más espesa. El relámpago despertó a Jidong, pero la abrazó y se volvió a quedar dormido. Un débil trueno sofocado, lento y pausado corrió lejos para regresar de nuevo.

Aquella mañana, Jidong despertó rodeado de paredes blancas como la nieve, de una alfombra y cortinas desconocidas, de color rojo oscuro. La ropa de él estaba aventada en el sofá; el bolso y el sombrero de ella, sobre la mesa. Mientras miraba la deslumbrante pared blanca, empezó a recordar. Decenas de llamadas perdidas en el teléfono. Un pensamiento asaltó su mente: “Aún no hemos acordado la cita con el cabezón y Liang Yuanshu ya escapó”. Anoche fue sólo un accidente. Huyó tan repentinamente como había aparecido. Todo era un tremendo caos. Se durmieron mientras esperaban la llamada del cabezón. ¡Oh, aquella luna y aquella lluvia después! Al parecer, él dijo muchas cosas a la ligera y ella le dejó muchas lunas anaranjadas estampadas en su piel. El agua corría en el baño. Jidong sacudió la cabeza y el sonido areció. Alguien salió del baño y sopló en sus ojos: “Ábrelos, sé que ya estás despierto”. Desconoció el aroma del cabello que acariciaba su oreja. La mujer se inclinó y una mezcla de perfume de orquídea y pan tibio salía de su escote. Luego saltó y comenzó a maquillarse frente al espejo. Llenó la mesa de cosas que usó, una por una, con gran destreza.

La luz del sol matutino inundó la ventana y llegó hasta la puerta. Liang Yuanshu comenzó a ponerse los zapatos; el sombrero ya cubría su grueso chongo, su falda resultó ser coral. Cambió de pierna y se puso el otro zapato. Cuando levantó la mirada, Jidong vio un rostro extraño y una capa de pelusa anaranjada y brillante que bailaba entre los rayos del sol.

SOBRE LA AUTORA:

Yang Fan, nacida en Duchang, provincia de Jiangxi, ha publicado varios relatos breves en *Literatura Renmin*, *Octubre*, *Escritor*, etc. Es autora de una colección de novelas titulada *El balcón de Qu Zi*. Entre sus publicaciones destacan: *Casa dorada*, *Cisne*, *Después de la carta de amor*, *Ciudad Espléndida*.

AMOR FRATERNAL

Autor: Xiong Miaojiang
Traducción: Arturo Cantor

Tian Xiaofeng era el hermano mayor, de cara larga y piel blanca. Tian Xiaotao era el hermano menor, de cara redonda, chistosa y un poco moreno.

Tian Xiaofeng y Tian Xiaotao se mudaron a Wenquan después de la gran inundación de Huzhou. Al inicio, los hermanos vivían en carpas de damnificados a las orillas del pueblo, pero pronto sintieron que incluso los niños despreciaban a las personas que salían todos los días de esas carpas. Después de dar vueltas por la ciudad, decidieron construir una cabaña al lado de una vinatería sobre una ladera del cerro. Usaron una carretilla para traer ladrillos defectuosos y ellos mismos se pusieron a construirla. Luego, trabajaron como cargadores en un sitio de construcción. El capataz los vio muy enclenques, pero ellos dijeron que se apoyarían entre sí para trabajar y de esta manera equivaldrían a un buen albañil. No comían en el sitio de construcción, sino que compraban tortillas tatemadas en un pequeño puesto y tomaban agua de una tetera de fierro que siempre colgaba de la carretilla. Por la tarde, regresaban a casa con su carretilla. Dado que su casa tan pequeña, ¿cómo meter la carreta dentro? Éste era un problema, pero tenían miedo de que se la fueran a robar.

Tian Xiaofeng y Tian Xiaotao nunca hablaban de sus padres ni tenían parientes en Wenquan. Obviamente, las personas abuzaban de ellos. En un Festival de Medio Otoño, toda la gente en el pueblo estaba celebrando y Tian Xiaofeng sabía

que era necesario comer algo delicioso durante el festival. Pensó que sería una buena idea llevar a su hermano menor al río a pescar. Una vez que hubieron sacado la red con peces y se preparaban para regresar, un hombre de mediana edad que cargaba un palo en los hombros bajó desde el terraplén al río, pisoteó la red y dijo que, si sacaban peces, él les iba a romper sus patas de perro con su palo. Tian Xiaofeng no era valiente y, junto con su hermanito, corrió en dirección del bosque espeso. Cuando se detuvieron, se dieron cuenta de que Tian Xiaotao había perdido su sandalia izquierda. Como no tenían dinero para un segundo par de sandalias, Tian Xiaofeng fue a buscarla antes del anochecer. Tenía un poco de miedo, pero le dijo a su hermano que se quedara en el bosque y lo esperara. Al ver a su hermano desaparecer en el terraplén del río, Tian Xiaotao decidió que en el futuro cuidaría bien a su hermano mayor.

En los años siguientes, Tian Xiaotao pintó casas, mezcló cemento, reparó carreteras, instaló un puesto de frutas, luego un puesto de comida, abrió una tienda de bebidas, y finalmente un taller de reparación de maquinaria agrícola. Tiempo después, cuando compró un negocio en el viejo barrio, decidió renovar los tres cuartos detrás de la tienda para que su hermano se casara. La novia de Tian Xiaofeng era una niña que siempre traía un pañuelo de seda en el cabello y trabajaba en una fábrica de plástico. La gente decía que a esa chica no le gustaba reír mucho, pero parecía noble y trabajadora. Después de que su hermano se casó, Tian Xiaotao decidió dejarle el negocio, pues él era más joven y tenía manos hábiles. Una persona con oficio nunca se quedaría sin comer; además, todos en Wenquan decían que era un muchacho apasionado e inteligente... ¿o no?

Con el tiempo, Tian Xiaotao abrió un nuevo taller de reparaciones en el lado oriental de la ciudad. También compró un pequeño restaurante y lo convirtió en tienda de autopartes. Luego se casó con una chica que trabajaba en la estación de radio del pueblo. La muchacha tenía un título de bachillerato. Cuando hablaba, su voz era clara y gentil, como si cada

palabra volara desde la punta de la lengua. La gente dudaba que esa niña educada pudiera congeniar con Tian Xiaotao, pero la chica lo consideraba maduro e inteligente, y le gustaba estar a su lado. Sin embargo, lo más importante era que a ambos les gustaba cantar, sobre todo melodías viejas, “la la la”, tú una estrofa y yo otra.

Hablando de cantar, Tian Xiaotao recordó que había comprado un tocadiscos que dejó en casa de su hermano mayor. Su hermano y su cuñada ya no lo usaban, incluso quizá les estorbaba, pero las cosas ya no eran tan simples...

El hermano mayor y su esposa habían convertido el negocio en una tienda de abarrotes en el viejo barrio y los clientes eran, en su mayoría, residentes viejos que compraban a crédito. Cuando Tian Xiaotao entró, su hermano estaba haciendo cuentas con la calculadora. Ya era de noche y los focos que colgaban de los estantes hacían que el aire se viera cargado. De la cocina salía un zumbido, indicación de que alguien estaba cocinando.

El tocadiscos cuadrado lucía en medio del gabinete de la sala. Tan pronto como abrió la boca, Tian Xiaotao vio el rostro de su hermano dividirse en dos: su boca sonreía, pero su ceño estaba fruncido. Sorprendido por esa reacción, Tian Xiaotao se sintió muy incómodo y no supo qué hacer. Su hermano se quitó las gafas y le preparó una taza de té, luego se dirigió a la cocina. Un clic le señaló que su cuñada acababa de apagar la estufa; entonces, unos cabellos rizados y esponjosos se asomaron por la puerta. Tian Xiaotao supo que había elegido un mal momento para venir.

—¿Qué tocadiscos? ¡Oh! Pensé que era nuestro. Tu hermano... —dijo la cuñada y miró a su marido—. ¡Cabrón! Dijiste que era mi regalo de bodas.

—Yo no...

—¡Hijo de puta! ¡De haber sabido, jamás lo hubiera cuidado tanto!

—Tao, hermanito, eh...

—¡Qué “eh” ni que nada! Eres un completo inútil. En dos años de matrimonio no has comprado nada para tu hogar,

pero bien que pretendes regalar cosas. ¡Me vas a matar de un coraje!

La cuñada arrastró una silla y se aplastó en ella, con todo y su rizado cabello. Era fuerte y atrevida, y conocía tan perfectamente el amor entre ellos y la nobleza del menor que decidió armar un lío. En ese momento, lo único que deseaba Tian Xiaotao era salir de allí.

—Está bien, hermano. Cuñada, no se enojen, pensé que...

—Mira, hermanito, no es el tocadiscos. ¡Estoy enojada con el cabrón de tu hermano que me quiere ver la cara de tonta! —Se dio una palmada en el regazo y continuó—. Además, nosotros apenas la libramos, ¿crees que tenemos tiempo para usar esa cosa tan moderna?

Tian Xiaotao sintió como si le echaran un balde de agua fría mientras escuchaba esa sarta de estupideces. Dejó la taza de té y salió. Tian Xiaofeng lo alcanzó en la puerta de la tienda.

—Tao, hermanito, eh...

—Hermano, no digas nada. Compraré otro, no te preocupes. Mejor entra y contenta a tu mujer.

La noche había cubierto la ciudad y las pocas luces de la calle brillaban cuando querían. La gente se recogía en sus casas. Aquel ambiente ruidoso pero simple, sudoroso pero cómodo, típico de Wenquan, no había cambiado en todos esos años.

Tian Xiaotao caminó a casa. Cuando llegó, su esposa se estaba lavando el cabello. Desde el baño le dijo que la comida estaba en la arrocera, pero Tian Xiaotao no tenía hambre ni ganas de hablar. Se sentó en el pequeño balcón al fondo de la cocina y se puso a sorber su té. El río susurraba cerca y los arrozales despedían un aroma fresco desde los campos aledaños.

—¿Te peleaste con ellos? —le preguntó su esposa mientras se secaba el cabello.

—¿Cuándo me has visto pelear con alguien?

—¿Por qué no trajiste el aparato?

—...

—¿Se negaron a regresarlo?

—No lo traje y ya. ¡Deja de hablar!

—Oh, ¡qué genio!

—¿Qué no salió todo esto porque tú quieres un tocadiscos?

—Si no me hubieras dicho que tú lo compraste, no te habría pedido que lo trajeras. —La esposa sacudió su cabello seco y lo echó hacia atrás—. ¡Jamás habría pensado que tu hermano...!

—¿Qué le pasa a mi hermano? —Tian Xiaotao le clavó una mirada feroz.

Su esposa conocía su temperamento, por lo que suavizó sus palabras:

—Está bien, está bien. No discutiré contigo. ¿O no puedo tenerte miedo?

Se fue a la sala y encendió la arrocera. Cuando al esposo se le bajó el coraje, se sentó solo en la mesa para comer la carpa estofada que su mujer había preparado. Ella miró sus abultadas mejillas a escondidas y sonrió, como solía hacerlo cuando lograba una pequeña e inexplicable victoria.

SOBRE EL AUTOR:

Xiong Miaojiang, nacido en Yueyang, provincia de Hunan, vive actualmente en Beijing y publica relatos breves en un lenguaje simple y ameno. Su antología *Ganso y jabalí. Fantasmas del monte* contiene 16 relatos cortos, llenos de sabor humano y cotidianidad.

LA RESURRECCIÓN DE LOS TRES DÍAS

Autor: Zhu Shanpo

Traducción: Pablo Rodríguez Durán

A los 17 años mi abuelo se convirtió en discípulo a puerta cerrada del maestro Bi.

Entre las artes ocultas del maestro Bi, destacaba la famosa técnica de la “Resurrección de los Tres Días”, la cual consistía en lo siguiente: cuando alguien era decapitado en las puertas de la Ciudad Prohibida, si de inmediato le llevaban al maestro Bi el cuerpo sin cabeza junto con la cabeza sin cuerpo, el maestro Bi podía coserlas y concederle tres días más de vida al recién decapitado. Durante estos tres días podía caminar, hablar... básicamente hacer todo lo que hacía cuando su cabeza y su cuello aún eran uno, pero, al llegar el tercer día, el cuerpo colapsaba y devenía de inmediato una pila de carne putrefacta y maloliente.

Por supuesto que el maestro Bi no empleaba sus artes ocultas a la ligera. Para acceder a hacer uso de su famosa y elogiada técnica, el decapitado no sólo tenía que ser un individuo magnánimo, sino además tener un noble propósito que pudiera lograrse en menos de tres días.

Un día, tarde en la noche, mi abuelo escuchó que alguien aporreaba la puerta y se levantó de la cama a toda prisa. La escena frente a sus ojos lo dejó boquiabierto. En medio de la penumbra y bajo la escuálida luz de una lámpara, un hombre ataviado con una túnica rasgada se encontraba de pie en la entrada. Su cuerpo era alto y fornido, pero arriba del cuello no había más que una oquedad, como un gran tazón. Bajó la vista

y vio que aquel hombre sostenía sobre su mano izquierda su propia cabeza. Los ojos de la cabeza seguían bien abiertos y su expresión emanaba todo menos resignación.

—¡Vengo a pedirle al maestro Bi la “Resurrección de los Tres Días”! —exhaló de súbito la boca de aquella cabeza.

—Imposible —Respondió el maestro Bi desde la profundidad de sus aposentos—. La cabeza ha ya dejado el cuerpo; el destino ya anunció su veredicto. Parte ahora en paz, caminante. Nadie soy yo para contravenir los actos del cielo.

Como el maestro se había negado, mi abuelo se dispuso a cerrarle la puerta al acéfalo visitante, pero justo antes de hacerlo, la cabeza profirió:

—Maestro, ¡soy Tan Sitong!¹

El maestro Bi, tras un prolongado silencio, finalmente soltó un contenido suspiro y dijo:

—Siendo así, pase usted.

Mi abuelo le abrió la puerta a Tan Sitong. El maestro lo guio hasta sus aposentos y cerró con un sonoro portazo. Al amanecer, mi abuelo sintió, en medio del reino de los sueños, que alguien pasaba a su lado. Abrió los ojos y, en efecto, alguien pasó de largo furtivamente. Era el mismo ser que había llegado la noche anterior, con la diferencia de que cuerpo y cabeza se habían reconectado y que, por lo mismo, su sombra era todavía más imponente que antes.

En esa noche de viento otoñal y sobre las calles rebosantes de ocres hojas caídas, aquel hombre con un largo cuchillo en mano caminaba a toda prisa.

Al tercer día, mi abuelo descubrió al maestro Bi muerto. Estaba en sus aposentos, sentado en posición de loto y perfectamente erguido, como todo un venerable Buda.

¹ Tan Sitong (1865-1898) pensador y político reformista de la época final de la dinastía Qing, decapitado por la emperatriz Cixi. Antes de morir dijo: “China logrará renovarse hasta que haya hombres dispuestos a morir por ella”.

SOBRE EL AUTOR:

Zhu Shanpo, pseudónimo de Long Kun, nació en 1973 en Beiliu, provincia de Guangxi. Ha publicado en numerosas revistas de prosa y poesía. Entre sus obras más representativas destacan *Salvando al emperador de la dinastía Song*, *Los variados colores de la gran dinastía Song*, *Ciudad de vidrio*. Ha sido galardonado con el Premio Literario a Jóvenes Escritores de la provincia de Guangxi y con el Premio Yu Dafu de Narrativa. En el presente se desempeña como director del Comité de Intercambio Literario con el Exterior.

BOTE DE BASURA

Autor: Huang Tulu

Traducción: Pablo Rodríguez Durán

Un día iba campante caminando por la calle cuando de la nada un bus, conducido al parecer por un borracho, se me vino de frente. Logré esquivarlo trepándome en la acera al tiempo que tumbé un bote de basura. De milagro, el bus se detuvo a menos de un centímetro de mí.

Del golpe me lastimé la cadera, así que me tuve que quedar sentado sobre el pavimento. Después de unos minutos, me apoyé en el bote de basura para levantarme. Sentí que se estremeció. —Disculpa, no fue a propósito —escuché que alguien me susurraba por detrás. Miré hacia todos lados, pero no había nadie alrededor, así que supuse que me lo había imaginado. Solía escuchar voces donde no había, así que no me pareció nada raro. Me sacudí el polvo del cuerpo y justo cuando me disponía a partir alguien me dijo: —Ey, ven, charlemos un rato. —Ahí me percaté finalmente de que era el bote de basura quien estaba hablando (sería porque no recordaba en la vida haberme cruzado con ningún bote de basura parlante que me pareció raro). Al ver mi sorpresa, el bote rio. —De hecho, no siempre he sido un bote de basura —dijo—, antes yo era también un ser humano. —Al ver que no le creía, el bote extrajo una foto y me la entregó. Estaba en blanco y negro. En ella había un hombre joven con una camisa blanca posando frente a la cámara con la torre de fuego de Nanning de fondo. La torre de fuego de Nanning, en otros tiempos, fue el símbolo arquitectónico de la ciudad, pero hoy yace opaca-

da entre altos rascacielos, escondida y convertida en una enana insignificante.

El bote atrajo mi curiosidad. —¿Por qué cambiaste la buena vida humana por la de un bote de basura? —no pude evitar preguntarle. El bote señaló la florería detrás suyo—. Mira, ¿acaso no lo haría cualquiera por ella?

Era una mujer de mediana edad. Los años habían dejado las marcas del tiempo en su rostro, pero aún podía adivinarse, oculta entre sus arrugas, la belleza que había gozado en su juventud. El bote de basura me contó que él y Crisantema (así se llamaba, Crisantema) se conocían desde niños. Fueron al colegio juntos; en su infancia iban a las tiendas Estrella Roja a comprar dulcecitos de a centavo; al crecer, puesto que ambos abrazaban los mismos ideales, fueron al campo durante las campañas de reeducación, luego regresaron a la ciudad a trabajar y, finalmente, él un día le declaró su amor, pues sentía que, de no hacerlo, sencillamente iba a enloquecer. Para su gran sorpresa, ella lo rechazó. Nunca supo por qué; no tenía ningún sentido que lo rechazara, pero el hecho es que lo hizo. Un día, tiempo después, pasó frente a la casa de ella y vio su propia sombra, solitaria y triste, sobre la acera. Sintió una infinita tristeza. “Hasta siendo el bote de basura de la entrada de su casa sería más feliz de lo que soy”, pensó, “por lo menos así podría verla todos los días y esperarla, en silencio. Podría, sin que nadie lo supiera, contenerla y amarla”.

Y efectivamente, se convirtió en un bote de basura.

De esta forma y muy a su manera, comenzó a cuidarla sigilosamente. Vio cómo su partida la entristeció por unos cinco años; luego contempló cómo, al cumplir treinta, más por prisa que por convicción, se casó con el primero que se le cruzó por el camino, pero pronto se divorciaron y él observó cómo pasaba sus días en soledad: sola en el trabajo, sola al cocinar, sola al comer. Eso sí, todos los días lo alimentaba a él con los tallos de las verduras y las sobras de la comida, y él soltaba unas lágrimas de pura felicidad al recibir esos despojos. Tiempo después la despidieron del trabajo y ella tuvo que luchar sola en la vida. Muchos días pasó recostada en una silla

mirando con expresión ausente el ir y venir de los transeúntes por la calle. Fue un momento de total indefensión e impotencia. Él quiso darle una mano, ofrecerle un hombro sobre el cual llorar, pero, finalmente, él ya no era más que... un bote de basura. Al final, ella abrió una florería a la entrada de su casa y la vida dio un giro para bien. Por fin pudo relajarse.

—No tienes idea —continuó el bote de basura—, de cuántos humanos frustrados desaparecen sin saberlo y se convierten en botes de basura. Algunos por penas de amor, otros por simple soledad, otros quizás sin hacer nada. Viven junto a su familia o amigos, pero no tienen ni la más mínima idea de ello.

Después de esto, cada vez que camino por la calle y pienso en todos los botes de basura alrededor, y en que todos alguna vez fueron un ser humano y tienen una historia que contar, el corazón se me estremece. Un día le conté el secreto a mi novia, Mixia. Ella rio y me preguntó: —Y si un día yo te dejara, ¿te convertirías tú en un bote de basura por mí? —Me quedé pensando, lo habré pensado unos dos minutos y finalmente dije: —No, no creo. —Nunca me habría imaginado que al día siguiente Mixia desaparecería de mi vida. Jamás supe a dónde se fue. ¿Se habrá convertido en uno los botes de basura que paso de largo cuando ando por la calle?

Al pensarlo, no pude evitar derramar unas cuantas lágrimas de tristeza.

SOBRE EL AUTOR:

Huang Tulu pertenece a la etnia Zhuang. Es miembro de la Asociación de Escritores de China, editor de la revista *Literatura del Sur* y director de la Asociación de Escritores de la provincia de Guangxi. Ha publicado en numerosas revistas y otros medios tanto ensayo, como prosa y poesía, y ha recibido diversos premios, entre los que destacan el Premio de Literatura de Minorías Étnicas de Guangxi (tercera edición) y el Premio Literario a Jóvenes Escritores de la misma provincia (cuarta y sexta edición).

EL CANDADO DEL CORAZÓN

Autor: Hou Fashan

Traducción: Pablo Rodríguez Durán

Aquel año, la polio dejó al maestro Liu cojo e impedido en su andar. Al no encontrar otra forma de ganarse la vida, decidió abrir un puestito de cerrajería en la calle. Con el paso de los años y gracias a la innumerable cantidad de candados que se vio obligado a abrir, terminó por convertirse en un diestro cerrajero. Dado que en el arte de los candados no había faena imposible para el maestro Liu, terminó ganándose el apodo de “Rey Cerrajero”. El maestro Liu gozaba de buena fama (ni escandalosa ni deleznable) dentro de su comunidad. Bien podría decirse que no había familia, mujer o niño que no lo conociera. Incluso trabajaba con la policía del sector cuando, por ejemplo, en algún caso legal había necesidad de abrir una puerta. Los agentes lo conocían y siempre recurrían a él para resolver el problema. Gracias a su arte, el maestro se ganó la admiración de su gente, incluso se casó y tuvo un hijo. La vida marchaba viento en popa.

Muchos quisieron aprender el arte del maestro Liu y para ello urdieron diversas estrategias. Algunos le ofrecieron dinero para abrirse el camino, otros emplearon la tentación de la belleza y otros sencillamente lo amenazaron. Pero el maestro rechazó todas y cada una de las ofertas, tentaciones y amenazas. Con el paso del tiempo la comunidad se fue acostumbrando al peculiar temperamento del maestro Liu y terminó por aceptar a regañadientes que no aceptaría a ningún discípulo. Sin embargo, esto no menguó su buena reputación.

Era un hombre de buen corazón y generoso. Si te habías quedado por fuera de tu casa y no tenías dinero para pagarle, él igual te hacía el favor. Y si llegabas después a pagarle, él hacía rato había ya olvidado la deuda. —¿Y esta plata qué? —respondía indiferente. Incluso, si llegaba a enterarse de que alguna familia pasaba por problemas de dinero, mandaba a alguien a darles treinta o cincuenta yuanes.

Pero los años no pasan desapercibidos y, dado que no hay cuerpo que no se desgaste con el paso del tiempo, la comunidad le volvió a sugerir al maestro hacerse de un discípulo. Era lógico: a los vecinos les preocupaba no tener un cerrajero confiable en caso de olvidar las llaves de la casa y a la policía le preocupaba todavía más. Si el preciado arte del maestro Liu moría con él, las diligencias e investigaciones legales podrían sufrir un revés. Así, tras mucho pensarlo, el maestro estuvo de acuerdo en que su arte no podía morir con él, principalmente porque esto traería dolores de cabeza a los vecinos y molestias a su comunidad. Así, tras amplias pesquisas, al final se decantó por dos jóvenes aspirantes: el gran Zhang y el pequeño Li.

Tener la posibilidad de ser discípulo del maestro era un privilegio soñado por muchos. Los dos jóvenes, por supuesto, estaban exultantes. Durante días estuvieron pegados al maestro, cual si Liu fuera el mismísimo Buda y no sólo un cerrajero. No se perdían ni un solo movimiento. Pasado un período prudente de tiempo, ambos aspirantes habían aprendido lo fundamental: duplicar una llave o manipular un candado ya no representaba ningún reto. Pero esto no era más que la punta del iceberg; aún no llegaban a las profundidades de la auténtica enseñanza. El maestro Liu tenía clara una cosa: sólo podía tener un discípulo, no dos. El gran Zhang era brillante, ingenioso y extrovertido; el pequeño Li, por el contrario, introvertido y torpe, pero honesto y de buen corazón. Ambos tenían sus propias cualidades, ¿a quién elegir? Ante el dilema, el maestro Liu decidió llevar a cabo un examen final. Quien demostrara su valía sería el elegido. El maestro Liu dispuso dos cajas fuertes en cuartos distintos, separó a sus potenciales discípulos y a ambos les asignó la misma tarea: abrir la caja fuerte.

Al gran Zhang no le tomó ni diez minutos culminar la labor. Los presentes prorrumpieron en aplausos y elogiaron su habilidad. El gran Zhang, convencido de que la victoria era suya, desplegaba una sonrisa de ganador imposible de ocultar. El pequeño Li tardó más de quince minutos en lograr abrir su caja fuerte; era evidente que carecía del talento del gran Zhang. Avergonzado volteó a mirar al maestro Liu, pero en los ojos del cerrajero no había ni sombra de reproche. Los espectadores estaban seguros de que el maestro le daría las gracias al pequeño Li por participar y se quedaría con el gran Zhang, de quien además se sabía que había sido despedido de su trabajo y que su esposa sufría de una grave y prolongada enfermedad. La comunidad también sabía que las condiciones económicas de la familia del pequeño Li, comparativamente hablando, eran mucho mejores.

—¿Qué hay adentro de la caja fuerte que abriste? —preguntó el maestro con voz pausada al gran Zhang.

Radiante de satisfacción, el gran Zhang contestó con aplomo y seguridad.

—Un fajo de billetes de 100, un anillo de oro, un reloj y un collar de perlas.

Acto seguido el maestro viró hacia el pequeño Li y le hizo la misma pregunta. Gotas de sudor escurrían de la nariz del pequeño Li. Entre tartamudeos y palabras a medias terminó diciendo:

—Em, no sé qué había en la caja, maestro... Usted, emm, sólo me pidió que, mmm, abriera el candado...

El maestro Liu asintió satisfecho en dirección al pequeño Li.

—Bien, bien, ¡muy bien!

Acto seguido, con expresión solemne, anunció que el pequeño Li sería su sucesor. Los espectadores no entendían nada y comenzaron a discutir acaloradamente. El gran Zhang no estaba nada contento.

—¿Pero por qué? ¿Acaso el pequeño Li es remotamente más hábil o más talentoso que yo? —El maestro Liu guardó silencio y, tras darle un par de palmaditas en el hombro al gran Zhang, sentenció.

—Con tu talento e inteligencia puedes abrir tu propia cerrajería y nunca pasarás hambre.

Pero el gran Zhang seguía con un sentimiento de amargura en las entrañas. Creía que merecía una explicación clara y precisa de por qué no había sido él el elegido. El maestro Liu soltó un suspiro y con cierta lástima dijo:

—La razón es que abriste dos candados distintos.

El gran Zhang no entendió.

—Maestro, ¡está desperdiciando un gran talento! Además, ¡yo sólo abrí un candado!

Los espectadores hicieron eco: “¡Así fue, es cierto! El gran Zhang lo hizo a la perfección, ¿no será que el maestro Liu está medio loco?”.

El maestro esbozó una sonrisa.

—Podré estar viejo, pero mi corazón está limpio —dijo con tranquilidad.

Volteó a mirar al gran Zhang y dijo, nuevamente con gran solemnidad:

—Hijo, los que nos dedicamos a este oficio, en la mente sólo podemos abrir un candado a la vez y, más importante aún, en el corazón debemos tener un candado que ningún cerrajero pueda abrir: este candado se llama deseo.

Los espectadores súbitamente entendieron. El gran Zhang se sumió en silencio con el rostro completamente enrojecido.

SOBRE EL AUTOR:

Hou Fashan, presidente de la Asociación de Escritores de Gongyi, provincia de Henan. Ha publicado veintitrés antologías literarias, siete de ellas se han adaptado a cine y televisión y varias otras se han traducido a lenguas extranjeras. Fue galardonado con el Premio *Golden Sparrow* de Microrrelato.

EL CARNICERO

Autor: Zhao Zhiming

Traducción: Juan Pablo Jáuregui

En el reino de Wei había un carnicero inigualable para matar vacas. Había usado el mismo cuchillo para matarlas durante 19 años y aún parecía recién afilado. El rey Hui de Wei oyó hablar acerca de este hombre de inusual habilidad, se llenó de curiosidad y quiso verlo en acción con sus propios ojos. Fiel a su reputación, el carnicero hizo un despliegue de movimientos habilidosos en su demostración para el rey, luego de lo cual la vaca quedó destazada en el suelo: su cabeza, su cola y sus cuatro patas quedaron en un sitio; sus vísceras quedaron en otro, y su carne quedó en otro más, subdividida a su vez según estuviera destinada a ser asada, hervida en tiras, estofada o hervida a fuego lento.

El rey Hui y sus grandes ministros lo miraban pasmados. A continuación, el soberano disfrutó la deliciosa comida de carne de res mientras conversaba con el carnicero.

—Esta habilidad tuya es excelente en verdad. Es una habilidad que viene del Cielo. ¿Estás de acuerdo en que la habilidad que tienes es un regalo de los dioses?

—Yo soy un ser humano, no una vaca. Ése es el favor que me ha dado el Cielo. Pero tal vez ésa es una respuesta insuficiente y poco cortés para Su Majestad. Una respuesta más precisa es que yo domino el arte de destazar vacas simplemente gracias a la habilidad de mi propia mano.

—Oh, entonces ¿cuántas vacas has matado?

—En 19 años he matado 3 863 vacas.

—Todo el mundo dice que has usado ese cuchillo durante 19 años. ¿Alguna vez lo has cambiado?

—Desde que empecé a matar vacas, he usado este cuchillo y nunca lo he cambiado.

—Yo soy muy curioso, así que déjame preguntarte: ¿desde que empezaste a matar vacas, ya eras tan habilidoso como para saber por dónde meter el cuchillo limpio y sacarlo ensangrentado? Todos dicen que los huesos de vaca son más duros que los de cerdo. ¿Al lidiar con ese tipo de huesos, puedes evitar dañar el filo de tu cuchillo?

—Cuando decidí convertirme en carnicero, no toqué un cuchillo durante tres años, sino que sólo me dediqué a observar sin cesar cómo otros destazaban vacas y a estudiar cada una de las partes de los cadáveres. Al principio, veía las vacas como unidades. Después, poco a poco, empecé a verlas como el conjunto de sus partes. Al final, volví a verlas como unidades. Sin importar si estaban caminando, paradas o acostadas, podía ver claramente su esqueleto y sus venas, y me imaginaba destazándolas más de diez mil veces. No fue sino hasta que completé este estudio que empecé a destazarlas de verdad. Me paraba frente a ellas y de inmediato comprendían lo que yo iba a hacer, de modo que, sin ninguna resistencia, bajaban el cuello y yo les clavaba el cuchillo. Se me entregaban así, porque sabían que por mi mano recibirían el menor sufrimiento posible. Luego de que yo las desmembraba, sus ojos aún podían ver los fragmentos de su cuerpo y mostraban con sus lágrimas su renuencia a separarse de él. Al mismo tiempo su cola aún se podía mover y parecía mostrar satisfacción y agradecimiento hacia mi trabajo.

—Muy bien. Yo necesito este tipo de talento a mi lado. Te aseguro que te daré un puesto importante.

El carnicero recibió un trato de caballero del reino, se movía en carruaje, se le dio una bella residencia, se le servía mucha carne y pescado, se le daba buen vino y tenía sirvientes. Hasta su cuchillo recibió un hermosísimo saco de seda para ser guardado ahí. Cada que había un ritual importante de sacrificio a los ancestros o una delegación de otro reino venía

de visita, el carnicero mostraba su gran habilidad para destazar vacas y ganaba innumerables flores y aplausos.

Se volvió una celebridad. No sólo en el reino de Wei era conocido por todos, sino que en otros reinos su reputación eclipsaba incluso la del rey Hui de Wei. Decían cosas como: “Hay un carnicero en el reino de Wei que puede destazar una vaca con un solo corte de cuchillo. Es digno de ser aclamado como un artista perfecto” o “estar en presencia del carnicero es una gran fortuna y no poder ver su acto con los propios ojos es un gran infortunio”.

También los ministros pidieron, uno tras otro, audiencia con el rey Hui y le dijeron que consideraban que el carnicero era un tesoro del reino de Wei, así que era preciso valorarlo y tratarlo muy bien. Por otra parte, los reyes de Qi, Chu, Qin y el resto de los otros reinos ansiaban la presencia del carnicero y planeaban atraerlo a sus cortes ofreciéndole un trato más alto que el que recibía en Wei.

Por su parte, el rey Hui de Wei también pensaba lo mismo, pues sólo destazar vacas era en realidad una afrenta para su talento, pero no se le ocurría una posición más apropiada para concedérsela e impedir que se sintiera tentado por las ofertas de otros reinos.

Finalmente llegó un día en el que al rey se le ocurrió de súbito una extraña idea: hacer que el carnicero matara gente. El carnicero era un maestro de destazar vacas, así que sin duda sería extraordinario matando gente, como una fantástica máquina de precisión. Hizo que un guardia real convocara al carnicero y fingió un tono trivial en la conversación para analizar discretamente la opinión de su interlocutor sobre el asunto.

—Tengo curiosidad: ¿antes de empezar a destazar vacas, mataste algo más?

—He matado ovejas.

—¿Algo más?

—También he matado gallinas, patos y gansos.

—¿Algo más?

—También he matado ranas, perros, erizos y conejos.

—¿Has matado otras aves además de gallinas, patos y gansos?

—Sí, de todos tipos.

—¿Peces?

—También.

—¿Entonces hay algo en este mundo que no hayas matado?

El carnicero se quedó un rato en silencio y luego respondió: —Humanos, únicamente no he matado humanos.

—Si te pido que mates personas, ¿lo podrías hacer?

—Si Su Majestad me ordena matar personas, me convertiré en su cuchillo.

—¿Tienes la certeza de que podrás matar personas con una habilidad semejante a la que has mostrado para destazar vacas?

El carnicero asintió. Era un hombre honesto, no sabía mentir.

—Dijiste que, antes de empezar a matar vacas, pasaste tres años viendo a otros matarlas. Entonces, ¿cuántos años necesitas para comprender completamente la anatomía humana?

—Las cosas del mundo se comprenden por analogía. Me bastará un mes.

—Está bien. Te doy tres meses. Puedes aprender a voluntad en los hospitales y en las plazas de ejecución. También puedes disponer de cuantos reos de muerte quieras para tu estudio.

A partir de entonces el carnicero caminó por todos lados estudiando la anatomía humana. Luego de un mes ya podía visualizar en su mente los cuatro miembros, los cien huesos, los cinco órganos y las seis vísceras. Luego de dos meses ya sabía de memoria los siete estados de ánimo y los seis deseos. Su mirada empezó a parecer la de un buitres, llena de energía oscura, de modo que quien lo veía de frente sentía terribles escalofríos, como si estuviera dentro de un cofre lleno de hielo.

Por lo tanto, todos decían: “Ahora nos ve como veía antes a las vacas”.

Aunque los asustaba y les causaba intranquilidad, lo seguían tratando con especial cordialidad, esperando con an-

sias su primera exhibición de cómo matar a un ser humano. Hasta el rey Hui de Wei quería ofrecer su propio cuerpo para que el carnicero probara en él su cuchillo y lo destazara enfrente de una gran multitud de espectadores. Varias veces le preguntó quién sería la víctima sacrificial, pero el carnicero se negó a responderle, con lo cual el rey pudo notar que el gran artista consideraba de suma importancia mantener en secreto la identidad del candidato.

Finalmente llegó el día que todos esperaban. El maestro destazador más grande de la historia estaba a punto de mostrarle al mundo su perfecta habilidad con el cuchillo, sólo que esta vez no destazaría una vaca, un cerdo o una oveja, sino a una persona, a una persona viva. ¿Quién sería el afortunado?

Todos estaban presentes para el acontecimiento: el rey Hui, los grandes ministros, los mercaderes importantes y los nobles de la capital de Wei. También había muchachas y señoras de la alta sociedad, niños y ancianos. Por una parte, querían ver la gran ocasión con sus propios ojos; por otra, anhelaban en secreto tener el honor de ser los elegidos para el sacrificio.

Apareció el carnicero. Mientras su fiera mirada recorría el salón, todos se hundieron al mismo tiempo en un temible y expectante silencio. El carnicero levantó con ambas manos aquel cuchillo que había usado durante 19 años. Aunque el instrumento estaba envuelto en varias capas de fina seda, su escalofriante voluntad asesina se escapaba a través de la tela, al grado que inspiró en los presentes un largo gemido lleno de pena.

Mientras el público emitía ese lamento, se alzó la mano del carnicero y cayó su cuchillo. Con el poder repentino de un relámpago, se desmembró a sí mismo, dejando la piel y la carne, por un lado, los huesos y los músculos por otro, y los órganos apilados aparte. El gemido colectivo aún no había terminado y el carnicero ya se había convertido en tres montones ordenados e intachables. Su cuchillo parecía estar vivo y, al terminar este magnífico espectáculo, cayó suavemente al suelo tintineando. Para sorpresa de todos, los ojos del carni-

cero aún estaban húmedos y parecían moverse, como si quisieran recordar con precisión la expresión de pavor de los rostros circundantes. Un momento después les brotaron dos lágrimas.

Cuando el espectáculo terminó, todos se dieron cuenta de que el carnicero había entrado al sitio desnudo, como una vaca cuando es conducida al sacrificio. Eso implicaba que, evidentemente, había decidido de antemano que era él quien habría de morir. Además, había sido extremadamente egoísta, porque había dejado que la gente presenciara su última obra maestra, pero la había hecho desaparecer de inmediato, dejándolos con una profunda insatisfacción. Y es que, puesto que el autor de esta obra maestra se había convertido en ofrenda sacrificial, después del carnicero ya no había quedado un carnicero.

En cuanto al rey Hui de Wei, él también se lamentaba amargamente: “¿Por qué el carnicero no me eligió a mí?”. En realidad, más que su impulso de sacrificio, innato a los gobernantes, lo compungía el hecho de no poder gozar a la vez el placer y la justificación de un asesinato.

SOBRE EL AUTOR:

Zhao Zhiming nació en 1977 y es originario de la prefectura de Changzhou, provincia de Jiangsu. Estudió en la Escuela Normal de Nanijing. Es autor de las obras narrativas *Extraña conversación china*, *El hombre sin sombra*, *Mi querido enfermo mental*, *Imaginando a una rana feliz* y *Cuando todo dejó de crecer*. Fundó la editorial independiente Huevo Podrido. Fue galardonado con la duodécima edición del Premio Literario de los Medios Masivos en Lengua China, en la categoría de “nuevas promesas”. Forma parte del Proyecto de Talento Literario Juvenil de la ciudad de Nanjing.

CHICAS DORADAS Y SERPIENTES

Autor: Su Tong

Traducción: Liliana Marcos

1. LA RUBIA Y LA SERPIENTE

3:05 de la tarde y todo se encuentra como de costumbre. La chica dorada llegó a la vieja posada de la estación. Por ahí pasan muy pocas chicas guapas, por lo que todos se sorprendieron. Sobre su hombro inclinado resbalaba su cabello fresco y brillante. Ante la mirada fija de los espectadores, fue a registrarse en la recepción donde trabajaba Lengyan. Era evidente que no había ido lejos de su casa, ni siquiera sabía que necesitaba identificación para registrarse. Ante la insistencia de Lengyan, algo desesperada mostró su identificación. Lengyan miró la identificación y sonrió cubriéndose la boca. La identificación mostraba todo aquello que una chica con cirugía plástica no querría mostrar: ojos pequeños, párpados caídos, nariz chata. La recepcionista Lengyan mantuvo la sonrisa típica de su oficio mientras la veía marcharse.

En su camino hacia la regadera de mujeres, malhumorada le dijo algo a Xiu Hong, la encargada del piso, quien no le respondió. Todo estaba normal, pero tras sólo cinco minutos, escuchó a la chica dorada gritar desesperada:

—¡Serpientes!, ¡serpientes!, ¡serpientes! —La chica dorada abrió la puerta del baño y continuó gritando con horror: —¡Serpientes! ¡Hay dos!

El bulbo de 100 watts la iluminaba. Ella, aterrada, olvidó que estaba en la regadera, es decir, estaba desnuda. Xiu Hong

pensó en entrar y apagar la luz, pero allí había serpientes. ¿Quién iba a atreverse a entrar? Los mirones, sin oficio ni beneficio, se reunieron dizque para ver las serpientes, pero todos miraban a la chica dorada.

Un niño gritó: —¡Está encuerada! ¡Miren, está encuerada!

La chica dorada, mientras intentaba cubrirse detrás de Xiu Hong, gritaba con angustia:

—¡Miren! ¡Miren hasta que se harten! ¡Mañana todos tendrán glaucoma y cataratas!

Finalmente mataron a las serpientes, pero todos se quedaron pensando: “Esto es una posada, no es un zoológico, ¿cómo puede haber serpientes?”.

Antes de siquiera responder esa pregunta, la ciudad se llenó de serpientes y nadie supo de dónde vinieron.

2. KEYUAN, EL GOLPEADOR, Y LIANGJIAN, EL GUAPO

Keyuan le dijo a Dejun, su jefe y el gerente de la empresa Late: —Yo también sé hacer negocios, no sólo vendo mis puños. —Entonces se pelearon; Dejun golpeó a Keyuan y éste, humillado, bajó por el elevador. Observando su silueta reflejada en el acero inoxidable del elevador, imprecaba: —¡Hay que adular! ¡Hay que lamer traseros! ¡Eres un simple esclavo! Y si haces enojar al jefe, luego vas y le besas el trasero. ¡Yo no lo voy a hacer! ¡Jamás! ¿Te atreverías a despedirme? ¿Te atreverías, cabrón? ¿Acaso no sabes qué tipo de persona es Song Keyuan?

¿Y quién era Song Keyuan? Todos los empleados de la posada de la estación lo conocían bien; la estación entera lo conocía. Todos sabían que él era un rufián, pero ahora, con traje y toda la cosa, incluso parecía hombre de bien. ¡Lástima que era tan chaparrito! Todos sabían que trabajaba en la empresa Late, pero nadie sabía ni qué hacía ni de dónde sacaba tanto dinero, aunque todos los rufianes suelen tener mucho dinero. Liangjian, el guapetón, sí sabía de sobra lo que Song Keyuan hacía. Durante muchos días le huyó a Keyuan, pues

tenía algunas deudas. La empresa Late se encargaba de cobrarlas y Keyuan era el cobrador.

Keyuan, el hombre de negocios, encontró al guapo Liangjian en un spa. Empujó a la recepcionista aterrorizada y le dijo a Liangjian, quien aún tenía restos de labial en la cara: —Te pusiste al revés los pantalones.

—Acuchíllame si quieres. Anda, no tengo dinero —dijo Liangjian—. Acuchíllame y completa tu tarea.

—¿Tu vida vale 30 000 yuanes? —Keyuan lo miró con desprecio—. ¿Qué clase de persona crees que soy?

—¿Sabes cuánto dinero debo? —Liangjian recogió un gis, escribió algo en el piso y se lo mostró a Keyuan. Con números arábigos se leía 37 y, seguramente, había muchos otros ceros más. Keyuan sintió un poco de compasión por Liangjian. Vio un tatuaje parecido al suyo en el hombro Liangjian. Varios años antes habían ido juntos al sur de la ciudad a buscar un salón de tatuajes.

Keyuan buscó a la esposa de Langjian, Lengyan, para pedirle que le ayudara a su marido a pagar su deuda. La mujer respondió: —Cuando lo veo, siento asco. Él no es mi esposo. Yo también crecí entre los rufianes de esta estación; no pienses que me puedes intimidar con tus amenazas de muerte.

Los dos hombres volvieron a la estación. En la recepción de la posada, Lengyan, vestida de uniforme, como por arte de magia, puso en su rostro una sonrisa profesional y les dijo a los huéspedes recién llegados: —¡Buenos días!

A Keyuan le reventaron los oídos. —¿Buenos días! ¡De buenos no tiene nada! —Las nuevas practicantes estaban muertas de miedo. Lengyan, pretendiendo que no pasaba nada, les dijo: —Se cree muy gallito y piensa que es importante, pero nadie le hace caso.

3. EL GUAPO SALDA SUS DEUDAS

Keyuan y Liangjian conversaban sentados en la plaza de la estación. Keyuan dijo: —¡Qué pena! Ahora tengo que seguirte

hasta cuando cagas. —La explanada estaba llena de serpientes muertas de todos tamaños. Los ojos de una serpiente bebé brillaban, llenos de desesperanza. Aquellos dos siguieron charlando.

—¡Déjame ir a buscar dinero y así podrás jugar Majong por la tarde! —dijo Liangjian—. ¡Keyuan, si te engaño, que me convierta gusano! Nosotros dos siempre fuimos amigos. Si te ayudo a ti, me ayudo a mí mismo. Puedo resolver muy pronto este lío para que tú puedas jugar Majong en la tarde.

A Keyuan le dio risa. —¿Acaso pretendes saltar desde la torre del Reloj del Milenio? ¡Anda, salta!

Liangjian se fue hacia el Reloj del Milenio aplaudiendo y gritando: —¡Vengan a ver, es gratis! ¡No se lo pierdan! ¡Alguien saltará desde la Campana del Siglo!

Keyuan, con una sonrisa sarcástica en el rostro, lo miró hasta darse cuenta de que la vista de Liangjian se dirigía hacia la posada. Ese día, Lengyan estaba de turno. Keyuan, empapado en sudor, recordó los ojos de Liangjian, donde no había ni una pizca de engaño. Esos ojos se parecían a los ojos de aquella pequeña serpiente muerta, sin esperanza, y sin miedo. “No pasa nada, si vive, bien, y si no, también”, pensó Keyuan.

Ese 10 de junio, poco más de 20 personas vieron con sus propios ojos el magno espectáculo del chulo: el salto postremo de Liangjiang. Nadie tuvo tiempo de taparse los oídos, así que todos escucharon su último grito: “¡Deuda saldada!”. A las 12 en punto, el reloj repetía con estruendo: “¡Deuda saldada! ¡Deuda saldada!”.

4. LA RUBIA Y KEYUAN

La gente de la posada de la estación se dio cuenta de que la chica dorada se había vuelto fea. Día con día, su rostro se marchitaba. Dijo que había llegado a ese lugar para ser modelo de comerciales, por lo que preguntaba por una empresa cuya tarjeta de presentación llevaba en las manos. Todos sabían que había sido engañada.

—¡Es una prostituta! —dijo alguien.

—¡Ustedes son las prostitutas! ¡Todas ustedes son prostitutas! ¡Muy prostitutas! ¡Todas en esta ciudad de doscientas mil personas son prostitutas! ¡Yo no lo soy!

La chica dorada salió maldiciendo la posada. Después de mucho andar, llegó a la empresa Late a buscar trabajo. Dejun la puso a bailar encima de una mesa. Ella bailó, no sin antes advertirles: —¡No jueguen conmigo! —Al final, se tuvo que retirar maldiciendo—: ¡Yo no hago estas cosas! ¡No!

Keyuan vio a la chica dorada con el rostro llenó de lágrimas. Ni siquiera había alcanzado a ponerse las zapatillas antes de salir corriendo de la empresa.

Keyuan se angustió mucho cuando se volvió a topar con ella. Él parecía un árbol sin florecer, en pocas palabras, era impotente y no sabía qué hacer. Buscó a aquella chica dorada con desesperación por toda la ciudad. Cada mañana, al despertar, se ponía la mano allí abajo pensando que era la mano de ella.

Un día, por fin la encontró. —Si aceptas charlar conmigo una noche, puedo darte 200 yuanes.

—¿200 por una noche? Conozco los precios. —La chica dorada lo miró con sarcasmo.

—Yo sé que no te dedicas a la putería. —dijo Keyuan—. Si lo fueras..., yo no podría...

—Tal vez ahora no lo soy, pero después lo seré... —dijo la chica.

—¿Qué serás? —preguntó Keyuan.

La chica, casi como si cantara, pronunció de manera entrecortada aquella humillante palabra: “pu-ta”.

Keyuan se quedó estupefacto. La chica dorada sonrió y casi de inmediato rompió en llanto. Luego dijo: —Puedo hacerla de prostituta una vez, ni modo. ¿Qué tiene eso de extraordinario?

Keyuan le dijo: —Me malinterpretas.

—La gente dice que soy prostituta, pero no lo soy —dijo la chica dorada—. Ahora, tú no quieres que sea puta, pero yo quiero serlo.

5. LA NOCHE

En la más bella y la más hiriente noche de su vida, ambos estaban sentados en el asiento trasero de un taxi. El brazo de la chica dorada abrazaba sus hombros. Él había soñado mucho tiempo esa escena: el brazo tibio y suave de una chica en el suyo, pero todo vino muy de repente. Keyuan sentía que aquel brazo era muy pesado; el corazón de Keyuan también era muy pesado.

La chica le dijo: —Apaga la luz. Incluso si no hacemos nada, apaga la luz; así, nadie puede mirar al otro.

—No es necesario coger —dijo Keyuan—. Podemos charlar en el sofá primero. En ese momento, oyó a la chica decir temblando—: Nunca he hecho esto antes; siento que el corazón se me saldrá del pecho.

Keyuan también estaba temblando. Vio a la chica desabrocharse el suéter mientras levantaba el edredón, lista para escabullirse debajo.

Keyuan le dijo: —No te acuestes.

El miedo desapareció ante el impulso fisiológico y la vergüenza se apoderó de Keyuan. Se puso en cuclillas en el suelo con ambas manos cubriendo su rostro. —No te acuestes. Estoy enfermo, muy enfermo —repitió.

6. ¿POR QUÉ LAS SERPIENTES PUEDEN VOLAR?

Tiempo después... Keyuan se subió al tren. ¿Irá a Beijing o a Tianjin? ¿Quién sabe?, lo único que se sabe a ciencia cierta es que se montó en aquel tren. La gente decía que se venía el cambio de milenio, que 2001 estaba en la puerta y el siglo XXI ya se asomaba. En el tren, Keyuan recordó que el Reloj del Siglo en la plaza de la estación pronto sonaría 2001 veces para anunciar el año 2001. ¡Qué imponente!, ¡qué majestuoso! Sin embargo, nadie recordaría que sólo seis meses atrás un hombre, muy guapo por cierto, había saltado de la torre. Mientras pensaba en esto, quiso abrir la ventana, cuando la mujer a su

lado le recordó que el tren contaba con aire acondicionado y que las ventanas no podían abrirse.

Keyuan dijo: —¡Hijos de puta! ¿Acaso las sellaron para que la gente no pueda oír los campanazos? —El tren partió y Keyuan olvidó rápidamente el Reloj del Milenio. Las luces de la ciudad afuera de la ventana desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

El viento areció al otro lado de la ventana. Keyuan vio algo, como una cuerda, saltar desde el suelo y bailar en el aire. Sintió que era una serpiente. “Pero ¿por qué las serpientes podrían volar?”, pensó. Después de un rato dejó de pensar, buscó el baño, jugó con la cerradura (que se cerró con un clic), se agachó y por fin encontró algo de paz.

SOBRE EL AUTOR:

Su Tong es el nombre de pluma de Tong Zhonggui (Suzhou, 1963), escritor chino que radica en Nanjing. Graduado de la Universidad Normal de Beijing en Literatura China, ha escrito más de 200 relatos y 7 novelas, de las cuales una ha sido traducida al español: *Mi vida como emperador*, que versa sobre un gobernante que nunca existió. *La linterna roja* o *Esposas y concubinas* es su obra más famosa gracias a que fue llevada al cine por Zhang Yimou (entre los 10 premios que obtuvo, destaca el León de Plata en el Festival de Venecia 1991).

LA PESADILLA DEL SR. SANG MUDAN

Autor: A Lai

Traducción: Liljana Arsovska

Durante todo el invierno, Laran Bagsi se recluyó en un retiro para meditar. En la primavera, cuando reapareció, se veía muy diferente: en medio de la frente, más alta y brillante, se asomaba una elevación cual pequeño cuerno que emitía luz sobrenatural. No sólo la apariencia del Gexi¹ cambió drásticamente, también su temperamento se suavizó. Ya no les insistía a todos que estudiaran la filosofía del monasterio y era mucho menos duro con sus discípulos.

El Buda viviente dijo: —Gexi, usted solía hablar por largo tiempo.

El Gexi replicó: —Soñé con el Sr. Sang Mudan.

El Buda viviente respondió: —¡Él regresará!

El Buda viviente se dio cuenta de que extrañaba al Sr. Sang Mudan, mas no sabía si era porque aquél había regresado a la vida secular o porque se había doctorado. El Buda viviente revivió en su mente la escena de años atrás cuando un grupo de estudiantes, hombres y mujeres, fueron a un día de campo: “¿Acaso descendieron aquellos dos caballos blancos del cielo?” pensó. Eran tan blancos y elegantes que no podían ser obra de este mundo. Pero en aquel entonces, ni siquiera tenían cabeza para pensar en eso. Simplemente, con la agilidad y la alegría que sólo la juventud proporciona, se montaron sobre

¹ Gexi o Geshe es un título y rango entre los monjes lamaístas de Tibet.

los caballos y cabalgaron hacía un lago azul zafiro. La calma azul del lago daba la impresión de que el cielo y la tierra habían intercambiado posiciones. Los dos jóvenes dieron gritos de sorpresa.

El Buda viviente me dijo: —Todavía puedo escuchar mi grito y el del Sr. Sang Mudan.

Todos los días, venía a verme con una expresión amable y solemne, seguido por su séquito de monjes que sostenían una jarra de leche con sumo cuidado. Me ofreció un poco de leche y me vio beberla hasta la última gota. Al terminar, soplé en la boca de la jarra de lata, lo que produjo ruidos de miles de mundos. Luego, el Buda viviente me preguntó: —¿Hasta dónde has escrito?

—“Gritaron asombrados por tanta belleza”.

—Nosotros, el Sr. Sang Mudan y yo, gritamos y los Lamas salieron corriendo.

Los Lamas salieron corriendo del floreciente bosque de azaleas como soldados de una emboscada; se sacudían como borrachos, quizás debido a la fuerte fragancia. Más tarde dijeron que la causa de su felicidad era haber encontrado a un sucesor a quien seguir. Recibieron una señal: el decimosexto Buda viviente ya había reencarnado y el decimoséptimo, un chico hermoso, montado encima de un caballo blanco, aparecería junto al lago a principios del verano. Se postraron frente a los caballos, tocaron la suave hierba con sus cabezas y, cuando levantaron la vista, quedaron estupefactos: ¡Delante de ellos había dos jóvenes montados encima de dos caballos blancos! El resto era como en el presagio: las flores emitían un aroma celestial y las gaviotas sobrevolaban el lago. Al parecer, tenían que elegir a uno entre ellos. La mano de Laran Bagsi se extendió hacia el chico que parecía ser más listo y más guapo. Entonces, el Sr. Sang Mudan jaló las riendas y gritó: —¡No!— Luego, las herraduras barrieron las orillas del lago. Una sombrilla dorada ceremonial se extendió sobre la cabeza del Buda viviente y, bajo el auspicio de aquella sombra majestuosa, el joven se embarcó en su prestigiosa carrera de monje.

El Buda viviente me contaba en silencio estos eventos pasados y, por supuesto, ocultaba uno que otro recuerdo embarazoso. Con tono solemne de líder religioso decía: —Luego, el Sr. Sang Mudan se doctoró y eso me dio un gran consuelo. Debo rezar mucho por él. —Sin poder expresar ni aprobación ni desaprobación, esboqué una sonrisa vaga cuando el Buda viviente exclamó—: ¡Lo extraño!

Le dijo lo mismo al Gexi, quien replicó: —Espera, volverá dentro de doce días.

El Sr. Sang Mudan regresó trece días después. Esa vez, el Sr. Sang Mudan traía una tienda y un saco de dormir, una cámara y muchos alimentos enlatados. Decidió no ocupar la casa de antes y puso su carpa fuera del monasterio, encima del pasto donde crecen hongos. Había cambiado un poco. Ya no era la misma persona brillante y despreocupada de antes, tal vez porque ahora era doctor. Invitó al Buda y al Gexi a su tienda y les ofreció frutas enlatadas: pera, manzana, piña, arándano. Llevaba un sombrero de lengua larga y le tomaba fotos a todo: estatuas, murales, instrumentos mágicos, utensilios de la vida cotidiana. El resto del tiempo escribía un libro encima de una caja de latas. Mientras él no estaba, el Buda viviente vio el título del libro: *Mi breve vida de Lama. Entre el cielo y la vida terrenal*. Este título quería decir que caminó durante un tiempo corto hacia el cielo para luego regresar a la vida mundana para siempre. Algo tibio se precipitó en el corazón del Buda viviente, quien fue a verlo de nuevo por la noche. El viejo amigo estaba dormido. En la tienda, se respiraba un dulce olor a fruta que salía de las latas abiertas. La luz de la luna iluminaba el rostro del Sr. Sang Mudan. El sueño de este hombre feliz no parecía fácil, pues tenía el ceño fruncido. El Buda viviente oró por él, el Sr. Sang Mudan suspiró y sus cejas se relajaron.

De regreso, el rocío mojó los pies del Buda viviente.

Al día siguiente, el Buda Viviente fue nuevamente a la tienda y, al no encontrar a su amigo, decidió jugarle una de las travesuras del pasado: busco varias piedras y las metió debajo de las sabanas. El Gexi vio todo. Dijo que el Buda viviente

estaba muy cerca de la iluminación. Solía decirle eso cuando comían juntos. Mientras hablaban, el Sr. Sang Mudan entró y dijo que había tenido una pesadilla la noche anterior. Soñó que el Buda viviente le pegaba una y otra vez.

El Gexi sonrió.

El Buda viviente le dio un puñetazo al Sr. Sang Mudan.
—¿Fue así?

—No sentí dolor, pero sí me pegaste.

—Nos va a dejar, ¿verdad? —dijo el Gexi.

—Sí. —El Sr. Sang Mudan bajó la cabeza—. Me voy.

Después de un largo silencio, el Buda viviente dijo: —He tenido el mismo sueño antes. En aquel entonces, Sang Mudan siempre ponía cosas debajo del colchón de su amigo y, cuando le picaban, soñaba que alguien le pegaba.

Tan pronto como el Buda viviente mencionó este asunto, el Sr. Sang Mudan comprendió todo y se sonrojó.

El Buda viviente le dijo: —Te dejaré fotografiar algo que nadie ha visto. Sabes que nuestra deidad guardiana no puede ser vista por extraños. El Buda viviente empujó una puerta donde colgaban pinturas bordadas y cuatro máscaras que brillaban con el sol. Las cuatro máscaras representan a la misma persona: era Geshe Tashi Pandian, quien, a pesar de sus conocimientos, debido a sus muchas dudas concurrentes, nunca pudo convertirse en Buda.

—Tres de las cuatro máscaras son rostros horribles de las distintas reencarnaciones de nuestro guardián protector y una representa su verdadero rostro.

Aunque el Sr. Sang Mudan, a diferencia del Buda viviente, nunca se comparó con esa deidad, estaba familiarizado con esa historia. A través de la lente, aquella deidad apuñaló su corazón con una mirada obstinada y cuestionadora.

El Sr. Sang Mudan se iba a un país lejano. Con toda la información que sacó de allí, se iba al extranjero a enseñar los misterios de la filosofía oriental. Partía con cierto sentimiento de traición.

A la hora de la despedida, el Buda viviente le dijo: —Te encamino.

Laran Bagsi estaba sentado en postura de loto, con su nueva expresión solemne e indescifrable, y una leve sonrisa en el rostro. Parecía una estatua a través del velo del sol. El Sr. Sang Mudan se arrodilló y se inclinó ante su maestro sintiendo la suavidad y la fragancia de la hierba.

En la tienda, el Buda viviente sacó la piedra de debajo del colchón y dijo: —No volveré a golpearte.

Los dos amigos se rieron.

Por la noche, el Sr. Sang Mudan tuvo insomnio y, cuando logró conciliar el sueño, experimentó una angustia: Sintió que todo el tiempo caía agua sobre su cuerpo y, al despertar, vio que lo que lo bañaba era la luz de luna. Al quedarse dormido nuevamente, tuvo una pesadilla: Soñó que la luna, cual disco de molienda, estaba a punto de aplastarlo. Justo entonces, la luna tomaba el rostro del guardián Geshe Tashi Pandian. El traidor de hace trescientos años retaba al traidor actual: —¡Pelea!

Muchos puños pequeños y grandes caían del cielo; él se revolcaba en su saco de dormir y en cada salto caía en las redadas de aquellos puños. El Sr. Sang Mudan, siempre tan feliz y orgulloso, gimió y suplicó en su sueño.

El Buda viviente vino a la luz de la luna y liberó a su viejo amigo de aquella pesadilla. —Como dije antes, éste es un prado con hongos. Esta noche, el rocío es pesado y los hongos ya comenzaron a brotar entre el pasto. Parecen un escuadrón que pica tu saco de dormir y te causa pesadillas.

El Buda viviente y el Sr. Sang Mudan prendieron una fogata y, poco tiempo después, un aroma fragante de hongos frescos hervidos en leche inundó el horizonte debajo de la luna brillante.

SOBRE EL AUTOR:

A Lai (1959) nació en la provincia de Sichuan, en el seno de una familia sinotibetana. La inspiración de este gran escritor emana de la vida y las costumbres de los tibetanos en China. Actualmente vive en Chengdu y es presidente de la Asociación de Escritores Chinos de la provincia de Sichuan. Entre su

A LAI

magna obra destacan: *Las amapolas del emperador*, *Edén de hongos* (traducida al español y publicada por Siglo XXI), así como numerosas novelas cortas.

Los cuarenta de la cuarentena: antología de cuentos
se terminó de imprimir en marzo de 2022,
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
Calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco,
52170, Metepec, Estado de México.

Portada: Pablo Reyna.

Cuidado editorial: Luis Alejandro Maciel Ortiz.

Tipografía y formación: Ángela Trujano López.

Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.

La edición consta de 500 ejemplares.

Durante la larga cuarentena de esta pandemia producida por la Covid-19 —que ha aquejado al mundo entero y nos ha recluso en nuestras casas y adentro de las fronteras de nuestros países—, los maestros y los alumnos del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, así como varios colegas chinos y latinoamericanos, interesados en acortar las distancias geográficas y aligerar el aislamiento, nos dimos a la tarea de traducir al español más de cuarenta cuentos y novelas cortas de afamados escritores contemporáneos chinos.

Los cuentos de esta antología nos permiten conocer la cotidianidad y el modo de pensar del pueblo que ha cargado a costas el vertiginoso desarrollo de China, el gigante económico, político y cultural del siglo xxi.

Agradecemos el apoyo de la Asociación de Escritores de China para la edición de *Los cuarenta de la cuarentena*, que se publica en el año del festejo de los 50 años del establecimiento de relaciones diplomáticas entre México y China.

Esperamos que esta publicación contribuya al conocimiento de la literatura contemporánea china desde el español y desde El Colegio de México, institución que durante más de medio siglo ha trabajado incesantemente en producir y difundir conocimiento sobre Asia y África para el público hispanohablante.

ISBN: 978-607-564-328-1



9 786075 643281